

biente

iro gobernanta global Sindicatos

smo Equidad Mujeres

acia soluciones transformaci

ovacion jóvenes Social Democr

40 AÑOS, 40 VOCES

IMAGINANDO UN FUTURO DEMOCRÁTICO, SOCIAL Y SUSTENTABLE

*- Juan Carlos Flores Aquino y Elisa Gómez Sánchez -
coordinadores*

progresismo seguridad social

sismo debate Política consabido

erda agenda política ética

o Pensamiento progresista entorno de

ítica líderes emergentes

eración

AUTORES

Mario Álvarez Basilio
Jessica Cascante Pérez
Mario Alberto Domínguez Chávez
Enrique Dussel Peters
Elisa Gómez Sánchez
Iñigo G. Martínez Peniche
Pável Meléndez Cruz
Érika Ruiz Sandoval

Brenda Arenas Ocampo
Penélope Campos González
Enrique Davis Mazlum
Jesús Gallegos Olvera
Claudia Maldonado Trujillo
Jorge A. Pérez Pineda
Rita Marcela Robles Benítez
Fluvio César Ruiz Alarcón

Samuel I. Brugger Jakob
Mariaoliva González Landa
Laura Janka Zires
Octavio Klimek Alcaraz
Liliana López Ortiz
Adriana Puente Montes
Fausto Quintana Solórzano
Ana L. Romero Salcedo

Claudia Edith Anaya Mota
Aram Barra Ramírez
Vanesa González-Rizzo Krasniansky
Deyanira Morán Garduño
Inti Muñoz Santini
Yadira Orozco Heredia
Lilia Saúl Rodríguez
Olivia Zerón Tena

José Carlos Cañas Fernández
Erika Cervantes Pérez
Efraín Delgadillo Mejía
Juan Carlos Flores Aquino
Benito Mirón López
Heladio Ramírez Pineda
Federico Vázquez Calero
Mariana Velarde Aguirre

40 AÑOS, 40 VOCES

IMAGINANDO UN FUTURO DEMOCRÁTICO, SOCIAL Y SUSTENTABLE

Primera edición: 2009

Diseño y portada: Roof Office / Rethink.

D. R. 2009, Características tipográficas, diseño y edición,

Fundación Friedrich Ebert en México

Yautepec No. 55

Colonia Condesa

06140 México, D. F.

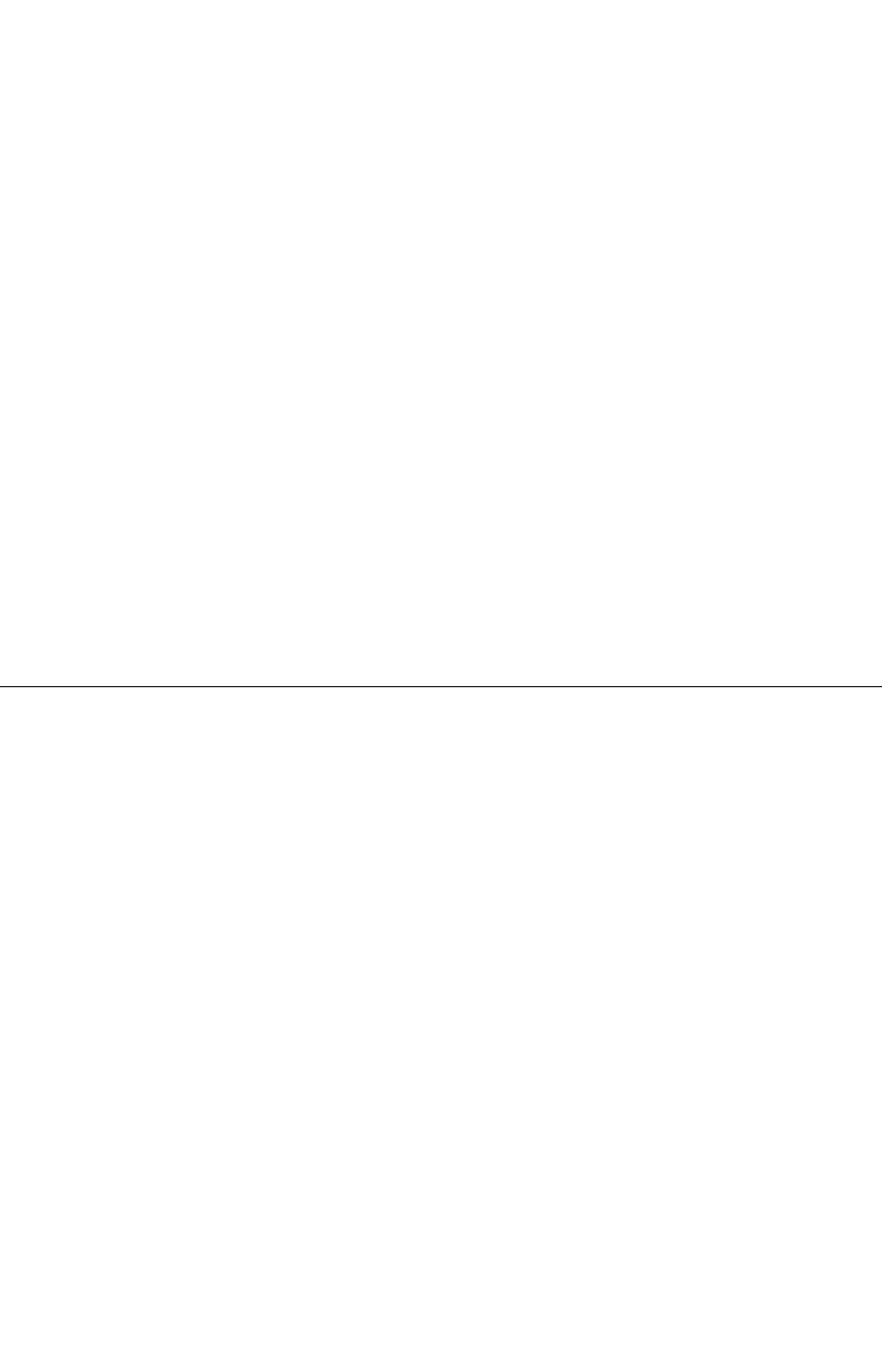
Teléfono: 5553-5302

www.fesmex.org

ISBN 978-607-7833-00-0

Impreso en México

ÍNDICE



PRESENTACIÓN

11 *Svenja Blanke*

I. RELACIONES INTERNACIONALES Y GOBERNANZA GLOBAL

MÉXICO: CRISIS Y NUEVO ENTORNO GLOBAL

17 *Mario Álvarez Basilio*

MÉXICO FRENTE AL ESPEJO: AVATARES DE SU POLÍTICA EXTERIOR

21 *Jessica Cascante Pérez*

PARTIDOS POLÍTICOS HACIA UNA COLABORACIÓN INTERNACIONAL

25 *Mario Alberto Domínguez Chávez*

GOBERNANZA GLOBAL Y RELACIONES INTERNACIONALES EN MÉXICO:

¿UNA VISIÓN ALTERNATIVA?

29 *Enrique Dussel Peters*

PROGRESISMO VÍA INTERNACIONALISMO: UNA RUTA HACIA LA GOBERNANZA GLOBAL

33 *Elisa Gómez Sánchez*

PERSPECTIVAS DESDE LA VISIÓN DEL PENSAMIENTO PROGRESISTA

DE CENTRO-IZQUIERDA

37 *Iñigo G. Martínez Peniche*

GOBERNANZA, JUVENTUD Y SOCIALISMO DEMOCRÁTICO

41 *Pável Meléndez Cruz*

MÉXICO: UN PAÍS EN BUSCA DE IDENTIDAD

45 *Érika Ruiz Sandoval*

II. ECONOMÍA Y SEGURIDAD SOCIAL

CONTRA LA DESVERGÜENZA

53 *Brenda Arenas Ocampo*

SER PARTE DE LA SOLUCIÓN, NO DEL PROBLEMA

57 *Penélope Campos González*

EL IMPULSO DE LA ECONOMÍA Y EL DESARROLLO REGIONAL BAJO
LA SOCIALDEMOCRACIA

61 *Enrique Davis Mazlum*

SOCIALDEMOCRACIA Y LIBERALISMO ECONÓMICO

65 *Jesús Gallegos Olvera*

TOMAR AL UNIVERSALISMO EN SERIO: CLAVES PARA EL DEBATE

69 *Claudia Maldonado Trujillo*

REFLEXIÓN PARA LOS PRÓXIMOS CUARENTA AÑOS

73 *Jorge A. Pérez Pineda*

LA SEGURIDAD SOCIAL: SITUACIÓN Y RETOS

77 *Rita Marcela Robles Benítez*

EL RÉGIMEN FISCO-FINANCIERO DE MÉXICO Y PETRÓLEOS
MEXICANOS

81 *Fluvio César Ruiz Alarcón*

III. MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO SUSTENTABLE

POLÍTICAS MEDIOAMBIENTALES INTEGRALES EN MÉXICO. ¿EN DÓNDE ESTÁN
LOS PARTIDOS DE CENTRO-IZQUIERDA Y HACIA DÓNDE DEBEN IR?

89 *Samuel I. Brugger Jakob*

LA GENERACIÓN DEL CAMBIO CLIMÁTICO: PERSPECTIVAS JUVENILES FRENTE A
ESTE RETO GLOBAL

93 *Mariaoliva González Landa*

CIUDADES PARA CAMINAR

97 *Laura Janká Zires*

UNA VISIÓN DE IZQUIERDA PARA EL DESARROLLO SUSTENTABLE

101 *Octavio Klimek Alcaraz*

LAS OPORTUNIDADES DEL CAMBIO CLIMÁTICO: INVERTIR EN LA REDUCCIÓN
DEL RIESGO DE LOS DESASTRES NATURALES

105 *Liliana López Ortiz*

DEMOCRACIA AMBIENTAL: UNA VISIÓN DE IZQUIERDA

109 *Adriana Puente Montes*

LA RELACIÓN ENTRE EL DESARROLLO Y LA BIODIVERSIDAD: CONVERGENCIA DE
UN COMPROMISO TRANS-GENERACIONAL

113 *Fausto Quintana Solórzano*

CALIDAD DEL AIRE Y CAMBIO CLIMÁTICO: ¿VERDADERA DEMOCRACIA EN MÉXICO?

117 *Ana L. Romero Salcedo*

IV. SOCIEDAD Y CULTURA DEMOCRÁTICA

EL RETO DE LA IZQUIERDA MODERNA ANTE LOS RETOS DE MÉXICO

125 *Claudia Edith Anaya Mota*

SE ME REVENTÓ EL BARZÓN Y SIGUE LA YUNTA ANDANDO:

JÓVENES Y POLÍTICAS CULTURALES PARA UN ESTADO DEMOCRÁTICO

129 *Aram Barra Ramírez*

CULTURA DEMOCRÁTICA, UNA VÍA DE TRANSFORMACIÓN

133 *Vanesa González-Rizzo Krasniansky*

FANTASEANDO CON LA DEMOCRACIA

137 *Deyanira Morán Garduño*

LA POLÍTICA ENTRE TODOS. APUNTES SOBRE CULTURA POLÍTICA PARA UNA
NUEVA GENERACIÓN DE IZQUIERDA

141 *Inti Muñoz Santini*

EL CINE... EN MÉXICO...

145 *Yadira Orozco Heredia*

EL MITO DE LAS IZQUIERDAS UNIDAS

149 *Lilia Saúl Rodríguez*

DEFENSORES EN PELIGRO DE EXTINCIÓN

153 *Olivia Zerón Tena*

V. POLÍTICA Y DEMOCRACIA SOCIAL

MÉXICO EN SU ENCRUCIJADA POLÍTICA

159 *José Carlos Cañas Fernández*

SIN MUJERES NO HAY DEMOCRACIA Y NO HAY DESARROLLO

163 *Erika Cervantes Pérez*

NUEVO FUTURO

167 *Efraín Delgadillo Mejía*

HACIA UNA NUEVA IDENTIDAD

171 *Juan Carlos Flores Aquino*

LA POLÍTICA SOCIAL COMO FACTOR DE CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA EN MÉXICO

175 *Benito Mirón López*

RECUPERAR EL LIDERAZGO Y LA CONFIANZA DE LA SOCIEDAD

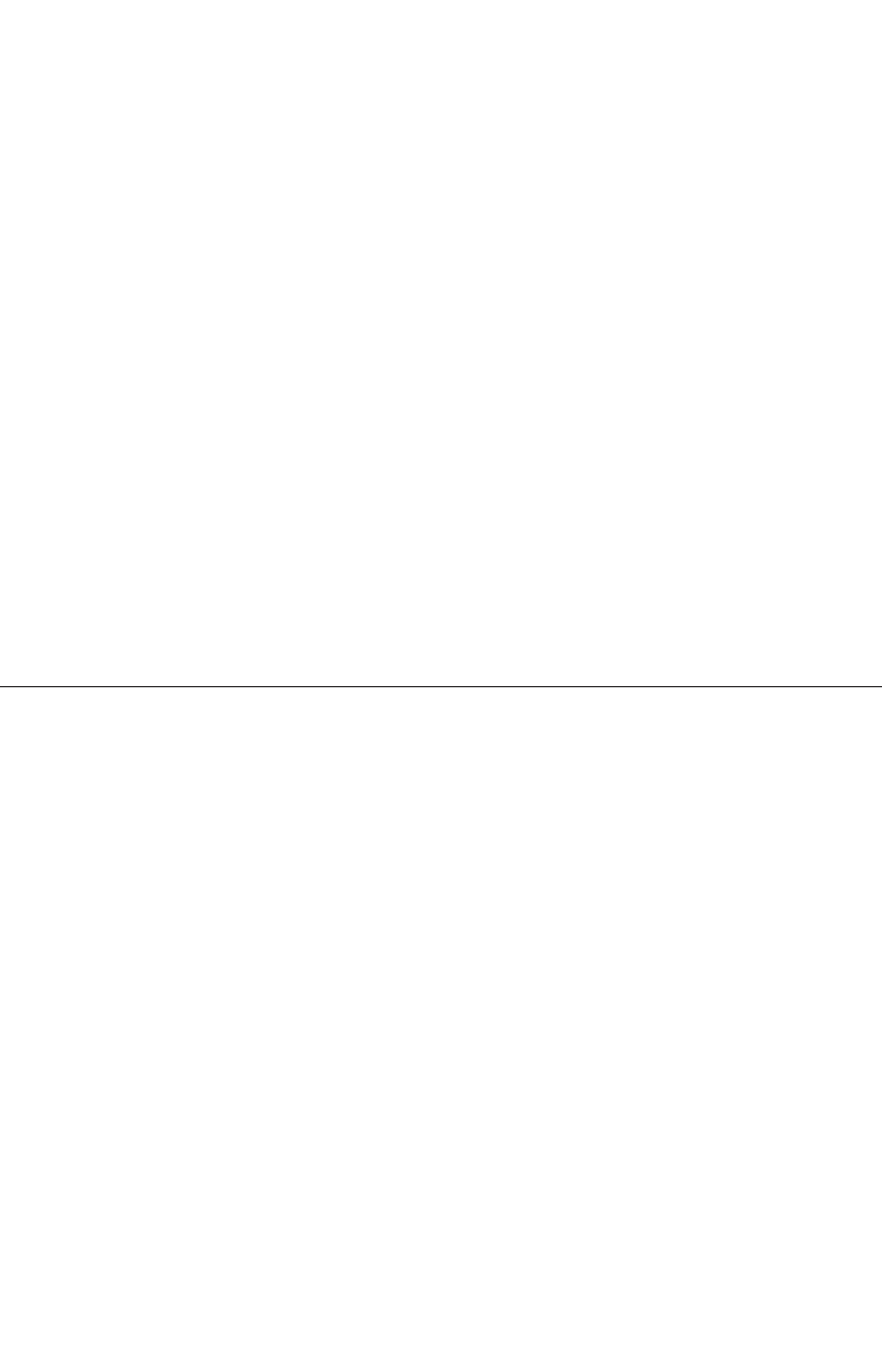
179 *Heladio Ramírez Pineda*

HORIZONTES DE UNA DEMOCRACIA SOCIAL A LA MEXICANA. REFLEXIONES EN
CLAVE PROGRESISTA

183 *Federico Vázquez Calero*

EL FUTURO DE LA IZQUIERDA ES EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA

187 *Mariana Velarde Aguirre*



PRESENTACIÓN

El fortalecimiento del desarrollo y de la democracia es el compromiso fundamental de la Fundación Friedrich Ebert (FES) en México. El país atraviesa por un proceso complejo de cambio político que busca dirigir esfuerzos hacia la instauración de su democracia. En un principio, el cambio político ocurrido en el año 2000 despertó grandes expectativas y construyó la posibilidad de las transformaciones democráticas de manera pacífica. Sin embargo, la lentitud de la consolidación democrática ha despertado cierta frustración de la ciudadanía y le ha alejado de la política tradicional.

Consecuentemente, la legitimidad social de la democracia en la actualidad se enfrenta a altos índices de desconfianza pública que cuestionan su importancia para la libertad política e igualdad ciudadana. Pocos imaginaron que a ocho años del primer gobierno distinto al partido hegemónico, estaríamos frente a un debate sobre una crisis de gobernabilidad democrática. O en las palabras de Carlos Monsiváis: “en 2009 está profundamente en duda la interminable transición a la democracia” porque estamos observando “un país jaqueado por el narcotráfico, escandalizado por las muertes cotidianas, con un Estado copado por el poder del crimen organizado, una sociedad que desconfía de los políticos y los partidos y una economía en crisis.”¹

La Fundación Friedrich Ebert siempre ha buscado contribuir al fortalecimiento de las capacidades de los actores sociopolíticos a través de la generación de ideas, debate y diálogo de la centro-izquierda con el fin de lograr la transformación e innovación en las formas de hacer política y en la política pública. Con esta publicación celebramos nuestro cuadragésimo aniversario como representación en México. Pero en vez de mirar hacia atrás nos interesa imaginar el futuro democrático de México.

Por ello, solicitamos a cuarenta representantes de distintas contrapartes de la Fundación —la academia, los partidos políticos, el sindicalismo, la sociedad civil, los gobiernos y otros representantes de la nueva generación— plantear sus visiones, opiniones e ideas sobre el sistema político mexicano.

¹ Carlos Monsiváis, “México en 2009: la crisis, el narcotráfico, la derecha medieval, el retorno del PRI feudal, la nación globalizada” en *Nueva Sociedad*, núm. 220 (Marzo-Abril 2009), pp. 42-59.

Con *40 años, 40 voces: Imaginando un futuro democrático, social y sustentable* se ofrece un espacio alternativo y plural para reflejar, discutir y dar insumos más allá de la política cotidiana. Desde la perspectiva de líderes emergentes y representantes de una nueva generación preocupados por el camino actual de la política.

La democracia no puede ser impuesta a la fuerza, sino que es tarea de toda la sociedad. Los actores civiles son el capital social de una sociedad. Pero no se debe abusar de ellos para salvar déficits democráticos estructurales nacionales o internacionales o como hoja de parra de Estados débiles y no funcionales. Es la formulación política de demandas sociales que transmiten organizaciones civiles y políticas.

Los líderes emergentes de tendencia progresista que escriben en este volumen transmiten demandas y preocupaciones fundamentales para la construcción de un México más democrático, justo, social y libre. Se imaginan una sociedad más incluyente, un futuro verde, un pluralismo que genera creatividad, una sociedad más armónica con igualdad de oportunidades. Para lograr estas visiones proponen un panorama de políticas públicas posibles.

Por nombrar sólo algunos en el ámbito nacional, subrayan la educación creativa que invita al pensamiento libre, la redistribución de riquezas, los medios comunitarios y alternativos, la inversión “verde”, las empresas sociales que siguen la lógica de un modelo económico de productos y redes locales para alimentar la población infantil, una producción económica con valor agregado. Y para la política internacional de México, se nota el llamado de varios autores y autoras de no quedar atrapado en el pasado. Se propone una cooperación estratégica con otros países de la región sin dogmatismos, mayor financiamiento en energías renovables, un nuevo régimen fiscal y un debate sobre la identidad del país para evaluar quién es México y qué quiere ser en el escenario internacional.

Felicito a los y las autores por sus contribuciones ricas en ideas y propuestas e invito al lector y a la lectora a escuchar estas voces que piden a la izquierda mexicana desempeñar un papel fundamental en estos cambios necesarios. Porque como dice la profesora Erika Ruíz “sería la única parte del espectro político que podría conciliar la apertura hacia el exterior con la fortaleza del Estado en el interior, como lo pide la sociedad a gritos.”

Svenja Blanke

I. RELACIONES INTERNACIONALES Y GOBERNANZA GLOBAL

MÉXICO: CRISIS Y NUEVO ENTORNO GLOBAL

Mario Álvarez Basilio

La primera década del siglo XXI se nos ha mostrado no sólo como un inicio secular más, sino como la oportunidad de una nueva era. A los cambios vertiginosos que ha provocado la revolución tecnológica y las inminentes amenazas del cambio climático, se suma la crisis del sistema financiero internacional, provocado por los excesos de la especulación, con sus consecuentes efectos en la economía real de todos los países. Al terminar el primer decenio de este siglo nos encontramos frente a una gran encrucijada que nos coloca, en todo el mundo, ante la necesidad de tomar grandes decisiones que sin duda implicarán nuevos retos para la construcción de una nueva gobernanza global.

Gobiernos y sociedades tienen frente a sí la posibilidad de dejar atrás el modelo del unilateralismo y fortalecer el diálogo y la cooperación para enfrentar los nuevos desafíos. El futuro de la humanidad dependerá de trabajar necesariamente juntos para solventar la crisis financiera y retomar el camino del crecimiento a fin de abatir la pobreza, avanzar radicalmente en acciones concretas para mejorar el medio ambiente y enfrentar el cambio climático, impulsar una solución negociada a los conflictos regionales que amenazan la paz mundial, combatir el terrorismo y las actividades ilegales que amenazan la seguridad de muchos países y fortalecer el funcionamiento efectivo de las instituciones internacionales.

Por el tamaño de su economía y de su población, por su posición geoestratégica, por su contribución histórica a la paz y a la cooperación internacional, pero sobre todo para poder impulsar sus propios intereses nacionales y contribuir al bienestar de sus habitantes, es decir, para su propio devenir y viabilidad como país, México debe tener un papel clave en la construcción de este nuevo mundo. Alcanzar ese objetivo corresponde no sólo al Ejecutivo Federal, sino al conjunto de actores que contribuyen a nuestra participación en la escena internacional: el Congreso de la Unión, los gobiernos de los estados, las organizaciones sociales, el sector privado, el sector académico y la amplia y participativa comunidad mexicana en los Estados Unidos.

Para aportar a la nueva gobernanza global, la política internacional de México debe enfocarse en tres grandes temas: la reconstrucción financiera internacional, el medio ambiente y el diseño de las nuevas instituciones internacionales.

Sin embargo, no se puede perder de vista la condición básica: el reto más grande en América Latina en su conjunto, y de México en particular, sigue siendo el de la pobreza y la distribución del ingreso. En promedio, el 40% de la población más pobre de México recibe alrededor del 15% del ingreso total, mientras que los recursos captados por el decil de los hogares más ricos superan el 34% de los ingresos¹. Es muy probable que la crisis financiera internacional, con sus consecuencias inmediatas: menor actividad económica interna y pérdida de empleo, reducción en las inversiones, contracción de exportaciones, menor flujo de turismo, caída de las remesas, no sólo revierta algunos avances en la distribución del ingreso alcanzados en la última década, sino que agrave aún más la situación.

Para hacer frente a esta situación, en distintas naciones del mundo se está generando un consenso con respecto a la importancia de que el Estado recupere algunas de las funciones olvidadas en décadas recientes -el Estado como factor de la solución y ya no más como el problema- como una política social más activa y eficiente, su papel como verdadero regulador y como motor del crecimiento económico a través de la inversión en infraestructura y el impulso de las industrias nacionales, en particular, de las pequeñas y medianas empresas. Hay acuerdos también con respecto a establecer políticas de protección al empleo y de revisar a profundidad los sistemas de pensiones.

México debe transitar por este camino enfrentando a los grandes intereses que se oponen a una mayor regulación y solventando las dificultades burocráticas que impiden una aplicación efectiva de los recursos públicos para crear empleo y bienestar. Es decir, la defensa del acceso al ingreso de la sociedad mexicana, como el objetivo fundamental de la etapa crítica, por encima de las tendencias neoliberales a privilegiar el rescate del capital financiero. Al mismo tiempo, a nivel internacional,

¹ Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares* (ENIGH), Julio 2007.

se ha declarado la “muerte” del Consenso de Washington que consideraba al mercado como el gran rector del desarrollo económico.

En este sentido, México debe participar activamente en la construcción de un nuevo modelo tomando una posición clara que: a) aproveche los avances y la experiencia de organizaciones internacionales como la OIT, el PNUD, la OCDE e incluso el Banco Mundial, el BID el FMI; b) impulse el combate al proteccionismo que pudiese generarse en naciones desarrolladas y que podría afectar la exportación inclusive de materias primas; c) fortalezca las políticas de protección a los trabajadores migratorios en Estados Unidos, amenazados por la recesión y actitudes “nacionalistas”; d) coordine a nivel internacional sus políticas monetarias y fiscales para fomentar la estabilidad y combatir los paraísos fiscales; e) trabaje en la construcción de los nuevos “estándares globales” que la comunidad internacional está desarrollando para promover negocios globales más transparentes y con reglas éticas, combatir la corrupción, establecer fórmulas de operación para empresas multinacionales y combatir el lavado de dinero; f) replantee su política de cooperación internacional dando pasos al frente para convertirse, de lleno, en un país donante bajo los estándares del Comité de Asistencia al Desarrollo de la OCDE; g) pero sobre todo, una estrategia de fortalecimiento de las competencias de la fuerza de trabajo y de producción que coloque a las mexicanas y a los mexicanos (en este orden) en la posibilidad de aprovechar los retos de la encrucijada y de incidir en las redefiniciones del modelo.

La crisis financiera nos ha hecho reflexionar sobre el modelo de desarrollo que hemos seguido en los últimos años. Constituye una gran oportunidad para plantear un crecimiento económico que sea verdaderamente sustentable. Para ello debe impulsar en los foros internacionales nuevos estándares que fomenten la inversión “verde”, no a través de “fondos” que difícilmente podrán ser recabados ante la escasez de recursos económicos, sino de políticas públicas coordinadas que premien el uso de tecnologías y productos amigables con el medio ambiente.

Finalmente, considerar que la reciente elección del Presidente en los Estados Unidos y los pasos que está emprendiendo para poner fin a una política exterior unilateral basada en el poder “duro” por una que, en

principio, ha puesto el diálogo y la negociación como los instrumentos de una nueva política “suave” basada en la diplomacia, abre también un espectro de oportunidades que México debe saber aprovechar para proponer cambios sustanciales al funcionamiento, la democratización y la apertura de los organismos internacionales.

¿Hacia dónde va México? es una pregunta frecuente en diversos ámbitos y espacios, profesionales, académicos, políticos o empresariales. Las respuestas van desde su definición como una fortaleza económica blindada y con una democracia en plena forma que avanza sin tropiezos, hasta el reconocimiento de sus vulnerabilidades y la consecuente defensa frente a los embates que recientemente lo han identificado como un “Estado fallido” (*failed state*) sin posibilidad de dirigir el rumbo.

Sin embargo, el problema no estriba en una defensa reaccionaria, ni en la búsqueda de una definición única de lo que el país es, sino en el reconocimiento de su pluralidad, su peso específico, sus características, capacidades, aportaciones y afinidades con la sociedad mundial, como resultado de un diagnóstico compartido que permita orientar los pasos que México debe dar, tanto en lo interno como en lo internacional.

El país, por su geografía y su desarrollo histórico, basó su política exterior en un anclaje defensivo frente a diversas amenazas como la expansión territorial de las potencias —en particular de los Estados Unidos, el cobro violento de las deudas y las reparaciones por guerras intestinas, o el reconocimiento de sus gobiernos. Ello se reflejó en la manera de relacionarse con el exterior y de asumirse frente a los demás; una cuestión de identidad respecto a lo que es el país, a dónde quiere ir y los medios para lograrlo.

Algunos pensadores mexicanos como Octavio Paz han reflexionado sobre la compleja identidad nacional y sobre las repercusiones que ello ha tenido en la forma de asumirse y actuar dentro y fuera del país. El uso de máscaras y el recurso permanente a la simulación frente a lo que queremos, podemos y buscamos hacer no ha escapado nuestra actuación internacional, la cual en las últimas décadas se ha visto enfrentada al dilema de seguir los principios consagrados en el artículo 89 constitucional o buscar una actuación más pragmática para el logro de los intereses nacionales. Sin embargo, seguimos siendo un país con una identidad confundida en el crisol de nuestra riqueza; con reticencia a

asumirnos como lo que somos y en función de ello definir el rumbo de la política exterior.

Hoy México se enfrenta a un mundo en el que han surgido y se consolidan potencias medias como la India, China, Brasil o Sudáfrica; en el que Rusia recobra espacios de influencia y contrapeso internacional, y en el que su ubicación como país latinoamericano en América del Norte, lo confronta con la necesidad de definir el rumbo, determinar prioridades, alianzas, objetivos y estrategias para lograrlos en las situaciones y oportunidades contemporáneas. Sus atributos permiten afirmar que es una potencia media con capacidad de jugar un rol influyente en la política internacional: es la onceava economía del mundo, con un PIB de casi 900 mil millones de dólares anuales; por el tamaño de su población -106 millones de personas- ocupa también el onceavo lugar y por el tamaño de su territorio ocupa el décimo lugar.

Asimismo, México es un país cuya geografía, industria, desarrollo económico y comercial le han permitido suscribir tratados comerciales con más de 40 países, lo cual se traduce en una derrama económica anual superior a los 500 mil millones de dólares. Sin embargo, dentro de esta capacidad comercial subyace la profunda imbricación que la economía mexicana tiene con la de los Estados Unidos, su mayor socio comercial, lo cual se traduce en una enorme dependencia y en una compleja relación en la que también intervienen factores políticos, sociales, culturales y de seguridad, entre otros.

México tiene ante sí realidades y pertenencias complejas como la de ser un país latinoamericano, cuya geografía e historia lo han ligado a su vecino del norte en una condición de socio “no par”, lo cual lo obliga a definir nuevas formas de entender su vecindad e interdependencia con la potencia en diversos planos. Esa situación, a su vez, lo confronta con la necesidad de trascender el paradigma defensivo y reactivo que ha caracterizado su política exterior, para asumirse como el país que es y, con base en ello, buscar las alianzas y estrategias que le permitan actuar de manera sistemática y consistente en la consecución de sus intereses.

Como parte de ese esfuerzo, México tiene que reinventar su relación con América Latina y dar pasos para trascender la histórica rivalidad y desencuentro con Brasil, quien puede ser visto como un

potente aliado para impulsar intereses comunes como el vínculo entre desarrollo y seguridad y la necesidad de mejorar la distribución de la riqueza y las oportunidades en los países latinoamericanos. Igualmente, México debe ubicar nuevas ventanas de oportunidad mediante la relación y fortalecimiento de sus lazos con diversos países del mundo con los que, no sólo puede fomentar el comercio, sino un intercambio de apoyos y alianzas respecto a intereses compartidos.

Al respecto, destaca también la necesidad de que la política exterior de México sea congruente y sistemática a fin de alcanzar mejores resultados y mayor credibilidad por parte de sus socios y aliados; así como consistente en las alianzas con diversos grupos políticos, económicos o comerciales, pues ello redundará en una mejor tasa de retorno respecto a los esfuerzos que busque impulsar sobre diversos temas e intereses.

Si bien México es una economía emergente que forma parte de la OCDE, del grupo de las cinco mayores economías en desarrollo agrupadas en el G5 (Brasil, China, India, Sudáfrica y México) e incluso, ha sido jubilado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) como receptor de cooperación, es un país con enormes desigualdades sociales, precaria distribución del ingreso y se ubica en el lugar 51 del “Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas”. De ahí que sea necesario desarrollar una política exterior consciente del país que se tiene y de las áreas en torno a las cuales deben construirse sinergias para impulsar los intereses nacionales, lo cual se traduzca en un mayor bienestar y justicia para la población.

México no puede seguir siendo un país reactivo, inconsciente de su identidad, sus capacidades y sus carencias. Todo ello debe ser ponderado al delinear los objetivos y las estrategias de su política exterior, así como la definición de foros y aliados en torno a los cuales puede impulsar sus objetivos. Se trata de hacer compatibles los principios y los intereses con el peso y el tamaño del país en el mundo para poder desplegar su potencial de la manera más productiva y congruente posible.

México está llamado a ser un actor de primera línea en la construcción del mundo del siglo XXI, sirviendo como puente entre el mundo en desarrollo y las grandes economías, sin olvidar su pertenencia a América Latina y sus intereses compartidos, al tiempo de reconocer y explotar

su condición de potencia emergente y socio indispensable de los Estados Unidos, con capacidad de diálogo con los países más poderosos. El país debe también ser un interlocutor en los múltiples foros internacionales en los que se abordan cuestiones tan diversas como la nueva arquitectura financiera internacional, los esfuerzos a favor del medio ambiente, la protección de los derechos humanos, los nuevos paradigmas para proteger a las poblaciones de crímenes de lesa humanidad y genocidio, así como las estrategias para reconstruir países carentes de instituciones y desarrollo como Haití.

México debe despojarse de la camisa de fuerza que la inercia reactiva puso a su política exterior a fin de ubicarse en el mundo de nuestros días, caracterizado por nuevas y complejas amenazas, desafíos y oportunidades a los que sólo podrá hacer frente de manera sistemática, coherente y con pleno reconocimiento de su identidad y lugar en el mundo.

PARTIDOS POLÍTICOS HACIA UNA COLABORACIÓN INTERNACIONAL

Mario Alberto Domínguez Chávez

La Internacional Socialista (IS) es una de las organizaciones más importantes a nivel mundial. Reúne a partidos políticos de centro-izquierda, figurando entre ellos muchos que son gobierno actualmente en países de Europa y Sudamérica, principalmente, y otros que han gobernado exitosamente y que por divisiones internas y otros factores han perdido el poder, como lo fue en el 2005 el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) ante la Unión Demócrata Cristiana (CDU), partido de derecha.

A nivel internacional, nos damos cuenta cómo la izquierda dividida no logra llegar al poder. Simultáneamente, en otros casos pierde el poder estando en el gobierno. Pero es claro que la centro-izquierda es una opción real de gobierno con responsabilidad social. Podemos ver casos exitosos como el de Noruega, Finlandia, Suecia o España e incluso en países emergentes con buenos índices de desarrollo humano como lo son Chile, Brasil y Argentina, en menor grado.

La política internacional es primordial para lograr las alianzas estratégicas necesarias que permitan ejecutar los programas de gobierno con una visión global del desarrollo social y económico de las naciones. Por ello, los partidos políticos de muchas naciones participan activamente en organizaciones internacionales que permitan impulsar sus relaciones y fortalecerse internamente.

Por tal motivo, no debe ser ajeno a partidos emergentes en México participar con organizaciones internacionales de manera activa si se quiere pensar en dar un salto hacia la internacionalización y colaboración con organizaciones de la misma ideología política. Pensar en términos de colaboración global, puede fortalecer su estructura interna y a su vez, permitiría actualizar en el siglo XXI el sentido de las causas sociales que estas fuerzas políticas enarbolan.

La ideología socialdemócrata sostenida en este tipo de foros internacionales y apreciando cada uno de los logros obtenidos por gobiernos que la practican, ha llamado la atención de muchos partidos que incluso no son propiamente de centro-izquierda. En el caso de México, ahora el

Partido Revolucionario Institucional (PRI) se declara socialdemócrata e incluso es miembro de la IS. Por su parte, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), también pertenece a la IS pero hasta en este punto se dividen las corrientes al interior, entre quienes apuestan por una izquierda radical o una corriente socialdemócrata.

Entre los partidos emergentes encontramos a Convergencia, que desde su nacimiento estipula en sus estatutos ser de ideología socialdemócrata. Por eso resulta muy importante que participe con organizaciones internacionales como la IS. Pues no se puede ser ajeno a las relaciones internacionales y la gobernanza global en un mundo donde la colaboración internacional es fundamental para el crecimiento y la ejecución de mejores políticas.

El territorialismo y el cacicazgo son enemigos para transitar y ser verdaderamente una fuerza democrática. Los partidos políticos emergentes deben tener una orientación más global, es decir, colaborar con organizaciones internacionales y partidos políticos de otros países que permitan impulsar la democracia en nuestro país; de tal forma, que también al interior de éstos, las prácticas democráticas sustituyan a las autoritarias, convirtiéndolos en auténticos ejes de acción y participación ciudadana que posibiliten la transformación de la sociedad.

México debe dirigirse hacia el desarrollo y el crecimiento económico, fortaleciendo su democracia y las instituciones gubernamentales con un compromiso social; se debe construir una gran coalición de fuerzas de centro-izquierda que tenga la capacidad de cohesión y negociación para lograr vencer a la derecha política representada por el Partido Acción Nacional (PAN) en las próximas elecciones intermedias del 2009 y la presidencial en el 2012. De lo contrario, se estará trabajando inútilmente para que partidos como el PRI se fortalezcan como lo ha venido haciendo en las últimas elecciones estatales y retorne a la presidencia.

En la actualidad, el gobierno del Presidente Felipe Calderón se empeña en imponer políticas neoliberales que nos han llevado a tantas crisis en las últimas tres décadas; este modelo económico que se gestó y fracasó en EE.UU. lo ha obligado a la postre a replantear su economía, mediante la intervención y regulación del gobierno para palcar la crisis. La pregunta obligada es: ¿Qué espera el Presidente de México para cambiar el rumbo y regular nuestra economía?

El papel de los líderes emergentes, en el fortalecimiento de la democracia mexicana, debe ser de vital importancia en el impulso de las prácticas democráticas desde los espacios ganados en las diversas esferas de gobierno en todo el país y en los diversos sectores que coexisten en la sociedad; no se puede ser candil de la calle y obscuridad de la casa. Por ello, resulta fundamental para quienes se erigen como socialdemócratas, evitar la viejas prácticas autoritarias, clientelares y de simulación que los partidos en el poder hoy en día practican, lastimando a su militancia y a los ciudadanos que depositan su confianza en las buenas prácticas y el buen gobierno.

Nuestra democracia incipiente necesita más que nunca de liderazgos emergentes que sean capaces de transitar hacia un Estado más democrático, lo cual sólo es posible a través de la política como instrumento ante el gran vacío que generan los medios de comunicación, principalmente la radio y televisión quienes crean candidatos y gobernantes, pero no liderazgos reales con capacidad política y compromiso social; como ejemplo de tal circunstancia, conocemos el caso del expresidente Vicente Fox, vendido como un candidato creado por la mercadotecnia con una envoltura de frituras fenomenal, pero sin contenido político sólido, y lo que es más grave, sin compromiso con los mexicanos.

Por ello, la centro-izquierda juega un papel importante en el escenario político en los pesos y contrapesos de las distintas fuerzas, por ende, los partidos emergentes como Convergencia inclinan la balanza en momentos cruciales, como quedó claro con el movimiento en defensa del petróleo, donde sin radicalismo alguno y con responsabilidad histórica, se suma al movimiento encabezado por el PRD, mostrando capacidad y liderazgo ante el PAN, que actualmente gobierna.

Ante la división eminente del perredismo es vital para el país contar con liderazgos emanados de la sociedad y de los partidos llamados emergentes como un medio de contención y equilibrio entre los bandos, no con la finalidad de fortalecer a unos u otros, más bien, es la oportunidad de unir en un gran bloque a la centro-izquierda mexicana que en los últimos años ha padecido la división que tanto daño le hace al país ante los embates de la ultraderecha menos talentosa pero mejor organizada.

Las fuerzas de centro-izquierda serán capaces de contribuir aún más al progreso del país en la medida que socaven los liderazgos caciquiles y mesiánicos que no permiten transitar a la democracia interna en los partidos, para así, lograr proyectarla hacia la ciudadanía dentro de su quehacer político y recobrar la confianza de los ciudadanos.

Hace falta mucho camino por recorrer. La partidocracia en la cual nos encontramos inmersos mantiene secuestrada las posibilidades de que ciudadanos puedan ser candidatos a cargos de elección popular; bajo este esquema los verdaderos liderazgos quedan al margen de las decisiones cupulares de los partidos; en este sentido, la democratización de la política en todos sus niveles, pero de manera inaplazable al interior de los partidos políticos, puede ser el factor determinante para reencauzar la vida partidaria, abrirse a la colaboración con otras fuerzas a nivel internacional y reencauzar el porvenir del país a través de sus fuerzas progresistas.

GOBERNANZA GLOBAL Y RELACIONES INTERNACIONALES EN MÉXICO: ¿UNA VISIÓN ALTERNATIVA?

Enrique Dussel Peters

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) define el concepto de “*governance*” -local, nacional y global- como “el marco de reglas, instituciones y prácticas que establecen límites y dan incentivos para el comportamiento de individuos, organizaciones y empresas. Sin una *governance* fuerte, las amenazas de conflictos globales pueden ser una realidad en el siglo XXI...” (UNDP 1999: 8). Más allá de esta definición formal, el debate en torno a la gobernanza global (GG) desde al menos la década de los noventa refleja que (Dussel Peters 2002; Maggi y Messner 2002):

1. El concepto busca plantear la problemática actual y en el contexto del proceso de globalización en torno a que la política presenta constantemente una creciente brecha y rezago con respecto a los acontecimientos económicos en términos de finanzas, inversión, comercio, temas fiscales e industriales, de investigación y desarrollo, así como de políticas sociales y vinculadas a la abolición de la pobreza. En momentos de crisis —como la actual a nivel global- esta “brecha” es clara y la capacidad de programación, coordinación y control de la política luce más limitado que nunca. La GG busca así entonces recuperar el ámbito de la política, y no sólo para socializar deudas en períodos de crisis (sic).
2. Explícito y de gran relevancia en la GG también es el ámbito de la sustentabilidad, y reconociendo que la forma de producción y consumo actuales no pueden continuar en el mediano plazo. Se requieren así de cambios importantes en los patrones de producción y consumo, así como de gastos y financiamiento de nuevas fuentes energéticas. La crisis ecológica actual que vivimos (IPCC 2007) ha enfatizado este aspecto de la GG.
3. Por último, la GG parte de que los aspectos anteriores deben abordarse desde una perspectiva local, nacional y global —el ámbito “glocal”- es decir, sólo uno de estos ámbitos no es suficiente. Reuniones y acuerdos en Río de Janeiro y de Kyoto, entre otros, ya reflejan desde la década de los noventa estos consensos.

Los planteamientos anteriores son de la mayor relevancia para un planteamiento de relaciones internacionales alternativas para el México actual, al menos desde un par de perspectivas.

En primera instancia, en torno a la experiencia doméstica socioeconómica en México desde finales de la década de los ochentas, caracterizada por un profundo proceso de polarización y exclusión, en el cual sólo algunos hogares, empresas, clases económicas, ramas y Estados han logrado sobreponerse a los masivos retos ante el nuevo proceso de competencia, mientras que la mayor parte de la socioeconomía se encuentra en niveles semejantes a inicios de los ochentas y subsumida en la informalidad y crecientemente en la ilegalidad. La propuesta de la GG, así, invita a plantear una estrategia de largo plazo de inclusión y que incorpore aspectos socioeconómicos y ecológicos.

En segundo lugar, el concepto de GG exige una perspectiva “glocal”, es decir, partiendo de las experiencias mexicanas, lograr un acercamiento y consenso con otros países en la región y a nivel global. Ello implica entonces retomar un proceso de diálogo cuyo liderazgo México en la actualidad ha perdido (en términos de relaciones malas o distantes con Cuba, el MERCOSUR y tensas con Estados Unidos en la actualidad): el diálogo con otros países latinoamericanos y Estados Unidos en términos estratégicos y en el corto, mediano y largo plazo.

En tercer lugar, y considerando la posición socioeconómica y de liderazgo de México en América Latina al menos, México debe hacer un esfuerzo doméstico –fiscal y particularmente por parte de las élites económicas y políticas- mucho más significativo tanto en términos de la sustentabilidad como de cooperación con terceros países en la región. Hoy por hoy este esfuerzo es ínfimo y refleja la ignorancia –pero también debilidad- sobre la temática en México en las élites económica y política.

¿Qué implica lo anterior desde una perspectiva de alternativas políticas en México? El planteamiento de la GG en general contradice los esfuerzos actuales –y al menos de las administraciones desde finales de los ochentas- de buscar crecientemente *funcionalizar* las relaciones internacionales bajo criterios aparentemente económico-comerciales y de corto plazo. Así, pareciera que sólo Estados Unidos –y en menor medida la Unión Europea, Japón y Canadá- juegan un papel relevante,

mientras que el resto de América Latina, Asia y otros continentes han perdido relevancia en términos absolutos. Los costos de esta falta de visión -por ejemplo con América del Sur y Asia- han sido inmensos.

Crítico en el contexto anterior es profundizar y contextualizar mediante estrategias concretas y puntuales las relaciones internacionales de México bajo esta perspectiva de gobernanza global. Ello requiere entonces de sobrellevar mitos y dogmatismos diversos -tanto en la relación con países como Cuba, Estados Unidos y otros latinoamericanos- y lograr relaciones internacionales de cooperación y sustentables en el largo plazo.

Por el momento la población en México -pero tampoco sus élites económico y política- no ha percibido que en el mediano y largo plazo las sociedades -e individuos- requerirán hacer un esfuerzo de financiamiento mucho más alto en términos de nuevas y alternativas energías renovables, lo cual también tendrá implicaciones económicas y fiscales enormes, considerando que la energía pudiera llegar a costar una parte significativa del ingreso (individual y nacional). Debates y diálogos puntuales -técnicos y políticos- son críticos para preparar a la sociedad a tomar estas medidas políticas en el corto y mediano plazo.

Para darle contenido concreto y alternativo a estos aspectos es fundamental un proceso de diálogo y definición entre expertos, políticos, concedores e iniciativa privada y que reconozca, como punto de partida, la existente y creciente polarización socioeconómica en la mayor parte de los países, incluyendo México, y la necesidad de sobrellevar la misma. Es en este contexto que movimientos sociales, partidos políticos y otras formas sociales pueden jugar un papel significativo, sobre todo para sobrellevar esta racionalidad aparentemente económico-comercial imperante desde finales de la década de los ochentas en las relaciones internacionales.

¿Pueden nuevos líderes jugar un papel importante en este proceso? Sin lugar a dudas, y particularmente en buscar desmitificar dogmas y lograr diagnósticos y propuestas en tiempo y espacio acorde a los planteamientos de la GG, entre otras. La tarea, sin dudas, no es sencilla para estas nuevas generaciones, ya que por un lado deben lidiar con la crisis y creciente inoperancia de los partidos políticos en general, la falta

de diagnósticos generales y puntuales que permitieran una estrategia alternativa puntual, así como establecer y crear nuevas instituciones que logren este diálogo y definición. Por otro lado, pareciera también que un cambio generacional también pudiera promover esta nueva calidad de diagnóstico y de toma de decisión crítica.

PROGRESISMO VÍA INTERNACIONALISMO: UNA RUTA HACIA LA GOBERNANZA GLOBAL

Elisa Gómez Sánchez

Como actual Directora de Diálogo Político e Internacional de la Fundación Friedrich Ebert (FES) en México, me complace enormemente participar en esta publicación que reúne a cuarenta líderes emergentes que, de manera libre y franca, comparten sus opiniones sobre el desarrollo político y social del país. Además de formar parte de un conjunto de proyectos que se están llevando a cabo en el marco de la celebración de los 40 años de la FES en México, este libro es para mí una muestra seria del reconocimiento que la Fundación hace al trabajo y pensamiento de los jóvenes. La FES no sólo los respeta y confía en ellos, también apuesta a que las nuevas generaciones tengan un rol determinante en la construcción de sociedades más justas y democráticas. En este sentido, esta publicación pretende crear un espacio de diálogo y reflexión entre actores sociopolíticos jóvenes identificados con el pensamiento progresista, cuyas ideas se espera tengan incidencia en la toma de decisiones a favor del desarrollo y bienestar del país. Dicho lo anterior entro en materia: ¿Cuál es la visión de las relaciones internacionales y la gobernanza global para el progresismo? ¿Cuál es la posición de México frente al mundo? ¿Qué papel juegan los líderes emergentes en este escenario? Intentaré dar algunas respuestas a estas interrogantes.

Los problemas globales que enfrenta la sociedad internacional de nuestros días representan una realidad compleja e inevitable que requiere de una toma de conciencia y atención urgente. No hay duda de que la solución a problemas como el deterioro ambiental, la pobreza, la inseguridad, la violencia, la proliferación de armas y el crimen organizado, entre otros, sólo puede darse a partir de acuerdos multilaterales impulsados por acciones e intereses colectivos y no por decisiones individuales o unilaterales que evaden los consensos y los acuerdos negociados democráticamente. Esta aseveración no es más que el reconocimiento de que todas las acciones humanas se encuentran estrechamente vinculadas y, que en una situación de interdependencia como la que se vive hoy en día, los problemas afectan a todo el mundo, independientemente de donde se hayan originado. Cabe

destacar que la mayoría de estos problemas presentan sus consecuencias más graves en los países pobres debido a su fragilidad y vulnerabilidad, entre otras razones.

Frente a este contexto, la *gobernanza global*, entendida como un marco mínimo de principios, reglas y procedimientos, sustentado en una diversidad de instituciones necesarias para resolver problemas mundiales, se erige como la única posibilidad de garantizar el desarrollo de la humanidad de una forma digna y sustentable. Ello, considerando que los Estados por sí solos son incapaces de abordar adecuadamente los diferentes asuntos globales, sobre todo si éstos carecen de la estructura mínima necesaria para responder. Así, dicho marco establecido y respetado a través de *regímenes internacionales* incluye el compromiso de una compleja red de gobiernos estatales, organizaciones internacionales y actores de la denominada *sociedad civil global*. En este sentido, los principios que deben regir todas las acciones (individuales, colectivas, estatales, regionales y mundiales) se refieren a la responsabilidad compartida, la participación activa, la sustentabilidad y la solidaridad mundial. El mejor ejemplo de un régimen internacional fundamentado en estos principios es sin duda el Sistema de las Naciones Unidas, el cual si bien es imperfecto y requiere ser reformado, sigue siendo la mejor plataforma para la convivencia pacífica entre todas las naciones.

Desde una visión progresista, la gobernanza global debe centrarse en tres ejes fundamentales: el desarrollo sustentable, los derechos humanos y la democracia. La construcción de una sociedad mundial basada en estos ejes exige la coordinación y suma de esfuerzos en todos los niveles –local, nacional y transnacional– y de todos los actores. A escala internacional una de las herramientas más eficaces en esta lógica es la cooperación internacional para el desarrollo, la cual debe concebirse como una acción que complementa y apoya políticas y estrategias encaminadas al progreso y desarrollo social de los Estados pobres, principalmente. Por su parte, el reconocimiento de que vivimos en un mundo cada vez más interconectado exige que los seres humanos tengan una visión plural y cosmopolita. Esto implica que las batallas, como la promoción y defensa de la democracia y la justicia social, ya no pueden darse de forma aislada; por el contrario, se trata de batallas más allá de las fronteras nacionales, cuyas victorias nunca serán alcanzadas si se desarrollan sólo al interior de un país. Con base en

esta perspectiva, el *internacionalismo*, concebido como una vocación universalista que mantiene referentes externos, debe ser un principio básico en el quehacer político y un principio característico y prioritario del pensamiento progresista contemporáneo.

Ante este escenario, hacia dónde va México. La respuesta a esta interrogante es, lamentablemente, incierta y con pocas perspectivas. Más allá de la falta evidente de una política exterior de Estado que vincule y adapte las estrategias de desarrollo nacional al dinamismo y exigencias del ámbito externo, lo cual de entrada ya es algo inaceptable y reprochable; la sociedad mexicana en su conjunto peca de algo más grave: una visión parroquial que impide comprender al mundo, que niega el hecho de que formamos parte de una sola comunidad (global) y, por ende, que evade comprometerse seriamente con las causas colectivas (que finalmente son propias). Frente al mundo, México se presenta como un actor temeroso que se resiste a asumir el liderazgo que le corresponde. Su posición geoestratégica y potencial económico, más que una ventaja que guíe el rumbo del país, en ocasiones parece ser una fuente de confusión e indefinición: ¿Cómo negociar con nuestro vecino del norte (la potencia mundial)? ¿A qué región pertenecemos: América del Norte o América Latina? ¿Debemos ser miembro de la OCDE? ¿Qué implica ser un país emergente? ¿Cuál es nuestra responsabilidad como miembro del G-20?

El caso de la centro-izquierda mexicana no escapa a esta realidad, particularmente, lo que respecta a los políticos y partidos. Estos últimos subestiman u omiten el factor internacional en sus estrategias. Basta analizar el contenido de sus agendas programáticas o el presupuesto designado a sus dependencias encargadas “supuestamente” de los asuntos internacionales. Es justamente en este punto, donde yo encuentro una de las más fuertes debilidades y vacíos de los partidos progresistas mexicanos. Ahora bien, es también en este punto donde la participación de los líderes emergentes puede ser trascendental, para dar un giro modernizador a nuestra visión de mundo. Nuestra generación, más adaptada a las nuevas tecnologías de la información y con mayores posibilidades de viajar o incluso estudiar en el extranjero, está en mejores condiciones para conectar la realidad nacional con la internacional, para abrir la mirada al mundo y para ampliar los horizontes. En otras palabras,

para desarrollar un verdadero internacionalismo. Los retos van desde la consolidación de una opinión pública interesada en entender y analizar las relaciones internacionales hasta la inclusión con seriedad de los temas globales en las agendas políticas. En esta medida, el pensamiento progresista de los líderes emergentes en México puede contribuir ampliamente al progreso y bienestar del país.

Qué posiciones de México frente al mundo desearía ver impulsadas por los actores sociopolíticos de centro-izquierda. Doy algunos ejemplos muy generales: en el ámbito multilateral, un México que participe más intensa y sistemáticamente en Operaciones de Mantenimiento de la Paz de la ONU; a escala subregional, un México responsable, comprometido y solidario con las naciones centroamericanas; en América Latina, un México que busque el diálogo y la creación de alianzas con Brasil; hacia el norte, un México que guíe, en la medida de sus posibilidades, el proceso de integración norteamericano; en sus relaciones con Europa, un México que ofrezca contenido y de sentido a la Asociación Estratégica con la Unión Europea; en fin, un México progresista a través de una participación internacional activa. Si bien dichas posiciones son definidas en última instancia por el Poder Ejecutivo, éstas también deben ser asumidas por todos los actores: sindicatos, organizaciones sociales, estudiantes, ciudadanos, líderes de opinión, intelectuales, etc. La intervención eficaz y democrática de todos los actores en la construcción de un mundo mejor es justamente la esencia de la gobernanza global. Hacia esa dirección debemos conducir nuestros esfuerzos. Un buen ejemplo de ello es el trabajo de la FES.

PERSPECTIVAS DESDE LA VISIÓN DEL PENSAMIENTO PROGRESISTA DE CENTRO-IZQUIERDA

Iñigo G. Martínez Peniche

Hay ciertos momentos en el sistema mundial que representan cambios de época. Destaca el fin de la Segunda Guerra Mundial, en donde se construyó el orden internacional que habría de prevalecer durante más de cuarenta años, o la caída del muro de Berlín, que puso fin a la confrontación bipolar. En estos años estamos viviendo nuevamente un cambio de época. Pero a diferencia de lo ocurrido en los ejemplos anteriores, no hay certeza del rumbo que tomará la política internacional ni de los actores que habrán de encabezar la nueva fase de la humanidad.

Así, la crisis económica y financiera global actual, sumada a las crisis energética y ambiental ya presentes desde hace algunos años en el mundo, están llevando a la mayoría de los países a replantear las políticas neoliberales que en su momento fueron introducidas en prácticamente todo el mundo. En Estados Unidos, el Estado retoma el control de poderosos sectores económicos e instituciones financieras. En China, se anuncian inversiones multimillonarias en el mercado interno para intentar paliar la recesión que sin duda sacudirá su economía. En Europa, lentamente se comienzan a construir respuestas que permitan replantear el proceso de integración en marcha.

Donde no pareciera haber mayor preocupación por cambiar las cosas es en México. La tecnocracia neoliberal que ha gobernado el país durante los últimos 25 años sigue creyendo que la política exterior debe imponerse, no construirse democráticamente con los distintos actores involucrados. Se mantiene una fe ciega en que el libre comercio, la inversión extranjera, la desregulación y la subcontratación traerán “milagrosamente” el crecimiento y el desarrollo económico. Se persiste en poner todos los “huevos en la canasta” de Estados Unidos, desechando el largo anhelo de diversificar nuestras relaciones internacionales. Se reedita la estrategia internacional de derechos humanos de presentarse ante el mundo como un “candil de la calle”, siendo oscuros en la casa. Se continúa con la obcecación privatizadora y con la entrega de las industrias estratégicas del

país a intereses extranjeros, subordinando ya no sólo la política energética basada en los recursos de origen fósil, sino ahora también la vinculada con las energías renovables.

El pensamiento progresista de centro-izquierda debe influir en la construcción de un amplio debate para aclarar a la gente las diferencias entre los intereses que representan las empresas transnacionales, tanto mexicanas como extranjeras, y aquellos de los ciudadanos. Se necesita la construcción de liderazgos sólidos y legítimos que reflejen los intereses de la gente, no los de la clase gobernante.

Por ello, vincular los objetivos de política exterior con el desarrollo nacional debería ser el mandato fundamental de cualquier gobierno de centro-izquierda. Para ello, es preciso construir un programa sencillo pero coherente, que integre algunos principios y acciones de política exterior que garanticen una mayor participación de los ciudadanos en los asuntos internacionales, el respeto a los derechos humanos y al ambiente, la soberanía nacional sobre los recursos estratégicos y la cooperación internacional para el desarrollo equitativo.

El proceso de democratización por el cual ha atravesado nuestro país durante los últimos años y la mayor pluralidad del sistema político no se han visto reflejados en la construcción ni en el manejo de la política exterior. La participación de los distintos actores interesados en los asuntos internacionales no sólo no ha sido estimulada por las administraciones neoliberales, sino que se ha buscado bloquear las posturas disidentes. Se ha impuesto una conducción unilateral que anula las posibilidades de avanzar hacia la corresponsabilidad, el equilibrio y la rendición de cuentas en política exterior.

Una política exterior de centro-izquierda está basada en la transparencia, en el diálogo y en la participación. Es respetuosa de las posiciones de los distintos actores con intereses en el ámbito internacional. También estimula los mecanismos de control, balance y colaboración entre los poderes del Estado. Y se construye con la opinión de todos los sectores involucrados en las tareas internacionales. En suma, es una política exterior de Estado.

Se han cumplido 15 años de la implementación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Sus resultados nos

permiten observar con claridad que el modelo de desarrollo orientado hacia el exterior, legalizado por el tratado, y en donde sólo un puñado de empresas transnacionales de la región resultaron ganadoras, está llegando a su fin. El TLCAN se ha convertido en uno de los principales lastres para el desarrollo autónomo de nuestra nación. Los resultados están a la vista: nulo crecimiento económico, pérdida de millones de empleos, destrucción de la agricultura, aumento de la emigración, dependencia tecnológica y subordinación de la ley ambiental a las reglas de la inversión, entre otros. Una política exterior de centro-izquierda está orientada en construir un modelo de cooperación regional equitativo y diferenciado, en donde se tomen en cuenta los distintos grados de desarrollo de las naciones participantes y donde se reduzcan las brechas en los niveles de vida entre los socios. Requiere también de una clase gobernante con liderazgo, capacidad y valentía para acompañar el proceso de cooperación con reformas que combatan los monopolios improductivos, que impidan los cacicazgos en sectores básicos como la educación y que estimulen y apoyen a los sectores productivos para competir en mejores condiciones en el exterior, etc.

La política de promoción de los derechos humanos de las administraciones neoliberales en México ha resultado en una farsa. Ninguna nación debe condicionar su política en esta materia a los dictados o caprichos de otro país, por poderoso que éste sea. Mucho menos debe renunciar al ejercicio de los principios de su política exterior por beneficios económicos, provocando la pérdida constante de prestigio e integridad moral. No es factible defender posiciones progresistas en organismos internacionales cuando al nivel interno se siguen violando de manera sistémica los derechos humanos. ¿Cómo exigir a Estados Unidos la protección y el respeto de los derechos fundamentales de nuestros connacionales cuando en nuestro país se abusa cotidianamente de los derechos humanos inmigrantes centroamericanos? Una política exterior de centro-izquierda es respetuosa de los derechos humanos en cualquier parte del mundo, en cualquier circunstancia y ante cualquier presión.

Otro de los rasgos de nuestra época es la crisis energética y ambiental que enfrenta, cada vez con mayor intensidad la humanidad. El sistema de acumulación capitalista cuenta con una capacidad limitada de reconversión para transitar de un esquema de explotación basado en

los recursos de origen fósil hacia uno fundado en las energías renovables, que pueda permitir un balance energético más equilibrado, eficiente y favorable al ambiente.

Actualmente, la situación mundial en cuanto al uso de la energía resulta de la lucha de dos tendencias opuestas. Por un lado, la demanda es cada vez mayor; además, hay signos de que su crecimiento se va a acelerar. Por otro lado, la oferta de energía —al menos de petróleo— se reduce año con año. Ante esta situación, una de dos cosas tiene que ocurrir: o encontramos una nueva fuente de energía que permita aumentar la oferta, o modificamos la forma de vida de la humanidad o del país, para adaptarnos a una vida con menos energía disponible. En el caso de México, las reservas de petróleo amenazan con extinguirse pronto y los peligros asociados con la privatización de este vital recurso continúan latentes. No nos estamos preparando para la inevitable transición energética que sustituya los combustibles de origen fósil por fuentes alternas de energía.

Una política exterior de centro-izquierda reafirma la soberanía sobre sus recursos naturales, más cuando éstos son fundamentales para el desarrollo independiente de la nación, pero al mismo tiempo, busca la cooperación internacional en ciencia y tecnología para la obtención de energías “limpias” como una manera de enfrentar los desafíos ambientales y energéticos de la próxima generación.

Éstos son, en suma, algunos de los principios que una política exterior de centro-izquierda debe contener.

Después de la caída del muro de Berlín, el mundo unipolar hizo predominar un modelo político, económico y sociocultural que a veinte años manifiesta su fracaso, encontrándose ahora en agonía. La derrota de este modelo es evidente, irreversible e irresponsable. El liberalismo económico, los instrumentos jurídicos internacionales impuestos como tratados y las convenciones y acuerdos suscritos al amparo de una irreverente superioridad de Norteamérica hacen aún más irresponsables las desastrosas consecuencias en los países sumergidos en el abandono y olvido de un multilateralismo prácticamente inexistente con organismos mundiales como la ONU incapaces de responder a una nueva realidad ante los enormes retos de nuestra era. En este sentido, la socialdemocracia, el socialismo democrático o la izquierda no han sabido generar un modelo original que sienta las bases de un nuevo pacto social con rostro humano y que erradique la discriminación, segregación, marginación y pobreza en la que viven más de 2,800 millones de personas en todo el mundo (PNUD 2008).

Sin una estrategia mundial incluyente y participativa que combata la pobreza, la injusticia y la hambruna de manera integral y contundente, en poco tiempo no habrá gobernanza global posible. Por tanto, inútil sería encomendar el rescate del mundo a instituciones internacionales débiles, ausentes, faltas de autoridad e incapaces de tomar decisiones de raíz. No es espontáneo que durante la pasada década -coincidiendo con Noam Chomsky-, Sudamérica haya sido la región más progresista del mundo al generar instrumentos de integración regional como la iniciativa del Banco del Sur, la Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe (ALBA) y la Unión de Naciones de América del Sur (UNASUR), que propone establecer un Parlamento sudamericano en Cochabamba, Bolivia, entre otros.

El caso a seguir en el camino a la consolidación democrática es la reciente victoria de Mauricio Funes y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador. Ello conllevó una contundente

derrota a una campaña del miedo y desprestigio mediático que la derecha acostumbra a los modelos progresistas que avanzan en América Latina. Como bien dicen los salvadoreños -y el pueblo mexicano debería entenderlo: “la esperanza venció al miedo”.

Este ejemplo que América Latina nos da es estratégico en la construcción del México del siglo XXI, porque nos marca el espíritu libertador de la creación de una vida político-social democrática. En este sentido, la creación de ciudadanía en combinación con esquemas de representación compartida coadyuva a eliminar de tajo la desigualdad, la marginación, el analfabetismo, la corrupción y la inseguridad en la que han conducido a nuestro país los malos gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y del Partido Acción Nacional (PAN).

La gobernanza global debe entenderse desde el multilateralismo con una visión que dignifique la soberanía productiva. En la medida en que los países crezcan y se fortalezcan, las regiones y el mundo lo harán también. Hay que partir de la protección a nuestros productores, su producción y economía nacional. Sin esta pre-concepción, no podremos integrarnos o arriesgarnos a enfrentar una globalización rampante que lo único que hace es socializar las pérdidas y concentrar el 90% de la riqueza en tan sólo el 20% de la población mundial.

México tiene un papel estratégico, un camino lleno de esperanzas y expectativas fundamentadas por un pueblo productivo y generador de conocimientos. Recordemos que según las Naciones Unidas, los jóvenes representamos casi el 20% de la población continental tanto de África y Asia como de América Latina.

En nosotros está la esperanza del mundo. En este sentido, no sólo hay que estar convencidos que la juventud es importante, sino que es realmente quien debe generar una revolución de conciencias e ideas. La izquierda y el mundo progresista están obligados a que los jóvenes también tomemos decisiones dentro de la administración pública y accedamos a representaciones populares de manera activa y responsable. Obligando a los políticos tradicionalistas a reivindicar la política como una virtud y no lo que conocemos los más de 34 millones de jóvenes que vivimos en este país y más de 1,300 millones de jóvenes que habemos en el mundo. Renunciar a esto es destinarse al fracaso, la improductividad política y el pobre desarrollo en todos los sentidos.

Los gobiernos de Bolivia, Paraguay, Nicaragua, Ecuador, Brasil, Chile, Uruguay, Venezuela y ahora El Salvador han dado muestras de ello. Así como los gobiernos de Perú, Panamá, Argentina y Guatemala que avanzan cada vez más en el pensamiento y los movimientos progresistas que hay en el mundo y están obligados en estos momentos de crisis a dar un giro de 180°, es el tamiz de una generación que potencialmente construye una nueva democracia. Y en la medida que participemos los jóvenes conscientemente, fortalecemos nuestras democracias también.

La Revolución Democrática en México debe saber que el futuro de su movimiento tiene la imperiosa necesidad de transformarse, regenerarse y formar nuevos cuadros políticos y de administración que permitan sortear estas crisis. En materia internacional, hemos de hacer conciencia de los instrumentos de solidaridad internacional en los que se participa. En mi caso, he hecho una labor cada vez más comprometida con las relaciones internacionales por medio de la Unión Internacional de Juventudes Socialistas (IUSY) de la cual desde 1991 formo parte y que cuenta con 140 organizaciones de más de 100 países desde su fundación en 1907. En esta honrosa responsabilidad y en mi carácter de Vicepresidente Mundial, he hecho énfasis en la importancia de los intercambios con los gobiernos progresistas emergentes como Bolivia, Nicaragua y recientemente con El Salvador. He impulsado retomar el trabajo en Centroamérica y Norteamérica (con los movimientos sociales y sindicales progresistas), así como el intercambio de propuestas y políticas públicas de dichos gobiernos para las juventudes mexicanas.

El Partido de la Revolución Democrática (PRD) comparte la reivindicación necesaria y actual que representan los principios de política exterior que México ha enarbolado a lo largo de sus relaciones diplomáticas con las naciones. La agenda es extensa. Condenar el unilateralismo prepotente y la construcción del muro fronterizo que avergüenza las relaciones internacionales causadas por un gobierno sin legitimidad y autoridad moral con un espíritu de sujeción y subordinación al poder del mercado. Condenar la militarización de cualquier frontera, que conculca los derechos humanos y laborales de los migrantes. Por supuesto, la exigencia del carácter pacífico que debe jugar México en el concierto de las naciones y la condena tajante a la invasión de Irak y

los pueblos oprimidos del Medio Oriente, propugnando además por el reconocimiento sin menoscabo del Estado Palestino y la solidaridad con el pueblo saharauí.

La renegociación inmediata y responsable del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y el de América Central (CAFTA). La exigencia a los países industrializados para implementar el Protocolo de Kyoto de 1997. Estemos alerta de los cambios necesarios en seguridad social, educación, salud y migración en Estados Unidos con el gobierno de Barack Obama. Pugnemos por el fin del bloqueo económico a Cuba y la autodeterminación y no ingerencia con los pueblos latinoamericanos, contemplando la máxima juarista que indica que el respeto al derecho ajeno constituye la paz. Además, la prescripción del Plan Colombia y el fin de la opresión de indígenas y campesinos en ese país y la solución pacífica de las controversias, la igualdad jurídico política de los Estados.

Por todo lo anterior, es fundamental participar de manera protagónica en los mecanismos reivindicativos como el Foro de Sao Paulo (FSP), el Foro Social Mundial (FSM), la Internacional Socialista (IS), la Internacional Socialista de Jóvenes (IUSY), el ALBA y el Parlatino. América Latina debe convertirse en el escenario más próspero para las alternativas y soluciones reales, de un mundo que no tenga opresores ni oprimidos, como un sueño libertador bolivariano.

En cualquier libro de texto sobre América Latina, México ha merecido siempre un capítulo en solitario. Esto es porque el país no ha transitado por las mismas etapas históricas que sus vecinos regionales. Así las cosas, México, si bien comparte el pasado colonial con el resto de los países iberoamericanos, empezó una andadura distinta, particularmente al término de la Revolución Mexicana, momento en el que se instauró un régimen sui generis, que nunca fue una dictadura y que, a falta de mejores términos, alcanzó sólo el calificativo de *dictablanda*.

Contrario a lo que se hubiera pensado, ese régimen consiguió sobrevivir más de setenta años en el poder y llevó a México de ser un país subdesarrollado, de obreros y campesinos, a uno que, en su momento, fue descrito como el país en vías de desarrollo más globalizado, al haber abrazado sin pudor la ola liberalizadora de la segunda mitad de los ochentas y los años noventa. Más aún, desde 2000, año en que se consiguió la alternancia en el poder, en buena medida concedida por el régimen anterior, se habla de una transición democrática sin precedente en la historia latinoamericana.

Sin duda, la transformación de México ha sido radical y esto, por obvias razones, ha repercutido en sus relaciones internacionales. Del país cerrado al exterior, casi autárquico, con una política exterior basada en los principios de la Carta de Naciones Unidas, con un Estado omnipresente y aferrado al nacionalismo revolucionario y a la “revolución institucionalizada” del partido hegemónico, México ha pasado a ser una de las economías más abiertas del mundo, como evidencia el gran número de tratados de libre comercio firmados con cuanto país o conjunto de países lo haya permitido, incluidos el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, firmado con Estados Unidos y Canadá, y que implicó un giro de 180 grados en su política exterior, y el Acuerdo Global, firmado con la Unión Europea.

De igual forma, de la autarquía se pasó a depender casi totalmente de las importaciones y exportaciones, así estas últimas hayan dejado de ser eminentemente petroleras para incluir manufacturas.

Los principios que, durante décadas, marcaron la política exterior de México y le permitieron al país y a sus diplomáticos adquirir un lugar preeminente en los organismos internacionales cedieron el paso a “nuevas” formas de hacer política exterior, a nuevas agendas y a nuevas alianzas, a pesar de que están consagrados en la Constitución. Del Estado mexicano de antaño, tras la aplicación a rajatabla del Consenso de Washington, no quedó ni la sombra; en muchos casos, ya no se trata de un Estado ausente, sino de uno inexistente. En cuanto a la ideología de fondo, del nacionalismo revolucionario o del oxímoron de la “revolución institucionalizada”, tampoco queda nada; en su lugar, ha aparecido un popurrí de ideas que, para la mayoría de los mexicanos, y más aún en su realidad cotidiana, tienen poco sentido: democracia, derechos humanos, Estado de derecho...

Así las cosas, México parece haber quedado atrapado en sus múltiples transiciones y no tiene ni identidad ni rumbo claro que le permitan establecer relaciones con el exterior que redunden en beneficios para su población. Si se parte del tema de la identidad, cuesta trabajo colocar a México en categoría alguna. A pesar de los esfuerzos por hacer del país uno de los tres miembros de América del Norte, ni sus ciudadanos ni los observadores externos pondrían a México en esa región, o al menos no a bote pronto, ni siquiera porque más del 80% del comercio del país se lleva a cabo con esa región o porque unos veinte millones de mexicanos residen al norte del río Bravo.

Si se intenta colocar a México en América Latina, la historia reciente del país revela que no sólo no se ha acercado a sus contrapartes latinoamericanas, sino que quizá se ha alejado aún más, particularmente a partir de su gran apuesta para pertenecer a América del Norte. En consecuencia, México no ha transitado por el mismo camino que ha llevado a América Latina a virar a la izquierda, moderada o populista, como se esperaría en países democráticos con grandes rezagos y desigualdad sociales como éste, y tampoco está en la vanguardia del discurso internacional latinoamericano.

México no es el país más pobre ni del mundo ni de su propia región, pero tampoco es el más rico; de ahí que algún ocurrente pensara que el mejor papel que podía desempeñar este país en el escenario

internacional era el de “puente” entre Norte y Sur, entre ricos y pobres, entre América del Norte y América Latina. El único problema de esa idea es que, para ser puente, tiene que haber quien reconozca al país como tal, lo cual está lejos de ser el caso. América del Norte no necesita a México de mediador para hablar con la América del Sur, como se demuestra día a día con la renovada relación entre Estados Unidos y Brasil. En el caso del diálogo entre ricos y pobres, a pesar de ser miembro de G-5 o del G-20, México no figura en las nuevas agrupaciones, se trate de los BRIC (ni manera de meter una *M* en tan peculiar acrónimo) o de la descollante Asia. Tal parece que la autopercepción de “país amigo” o “país bisagra” (¡vaya término desafortunado!) es otra de esas características que México no comparte con nadie más.

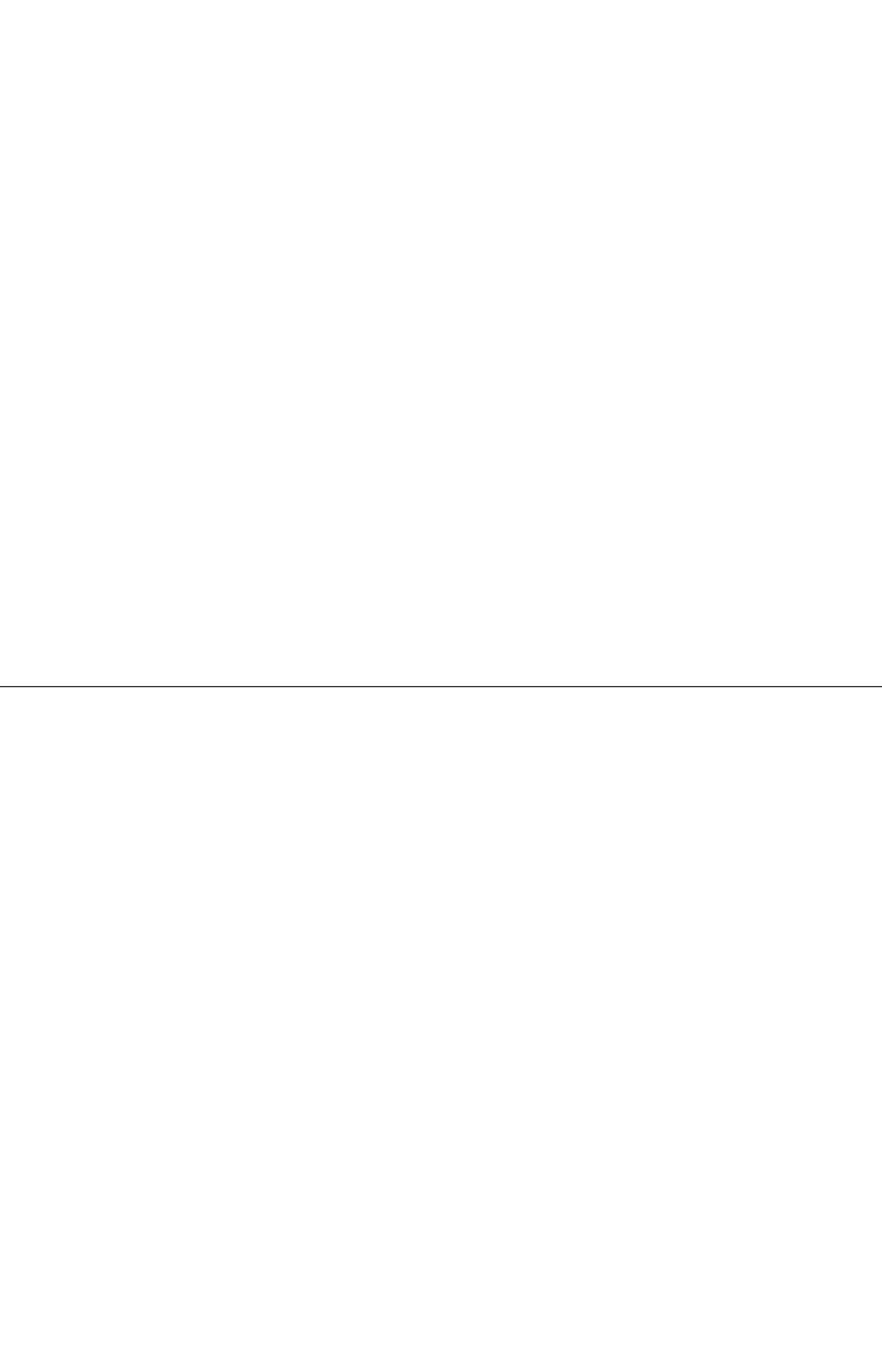
Si en este momento se hace una evaluación del papel internacional de México, queda claro que cualquier opción de liderazgo quedaría, si no cancelada sí pospuesta, dado el marasmo en el que se encuentra el país. Esto es particularmente cierto si se piensa en cualquiera de los nuevos temas de la agenda global: medio ambiente (no ha sido ni es aún una prioridad), migración (no basta con ser el mayor exportador de personas de América Latina para participar en esa conversación, y menos si se padece de “esquizofrenia migratoria” a juzgar por el doble discurso en la materia, dependiendo de si se trata de la frontera norte o de la frontera sur), narcotráfico (tener al Ejército en las calles implica que el Estado se jugó ya la última carta, sin que por eso se pueda augurar un buen final), derechos humanos (las violaciones a los derechos humanos en el país son ostensibles, recurrentes y crecientes, por lo que un discurso de defensa de estos derechos de cara a la galería internacional goza de poquísima credibilidad), operaciones de mantenimiento de la paz (un Estado atado a su pasado y con la soberanía como valor máximo difícilmente puede ser un socio creíble en este rubro), etcétera.

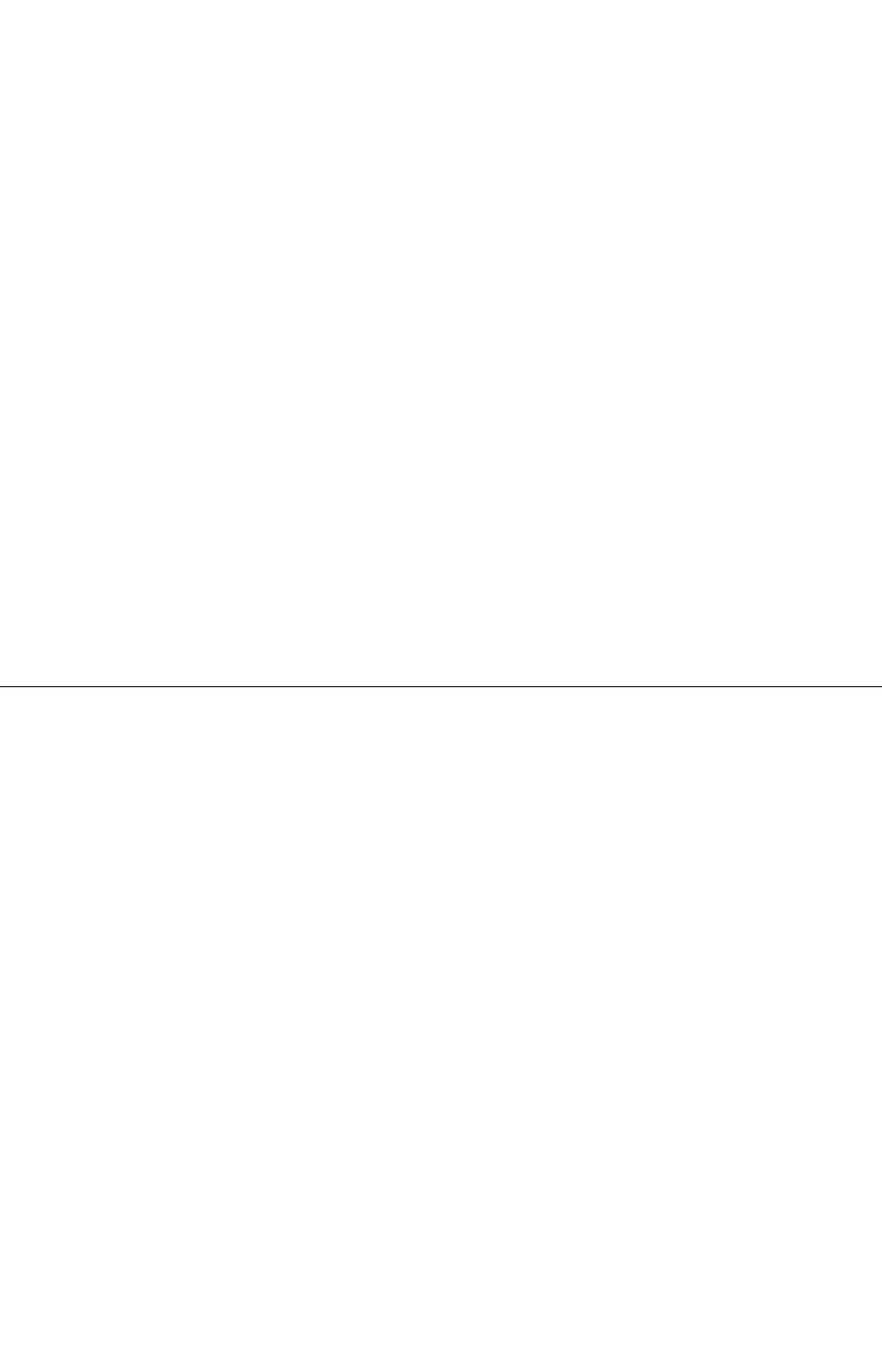
Ante este escenario, creo que es fundamental que el país parta de una profunda evaluación de quién es y qué quiere ser en el escenario internacional. Para eso, el único camino es la educación, pues no será sino hasta que los mexicanos estemos seguros de quiénes somos (un pueblo mestizo) y a dónde vamos (los vínculos con Estados Unidos no pueden más que crecer en el mediano y largo plazos, sobre todo con la gran cantidad

de familias transnacionales que ya existen) cuando podremos encontrar un rumbo claro. En ese sentido, la centro-izquierda debería desempeñar un papel fundamental, pues sería la única parte del espectro político que podría conciliar la apertura hacia el exterior con la fortaleza del Estado en el interior, como lo pide la sociedad a gritos.

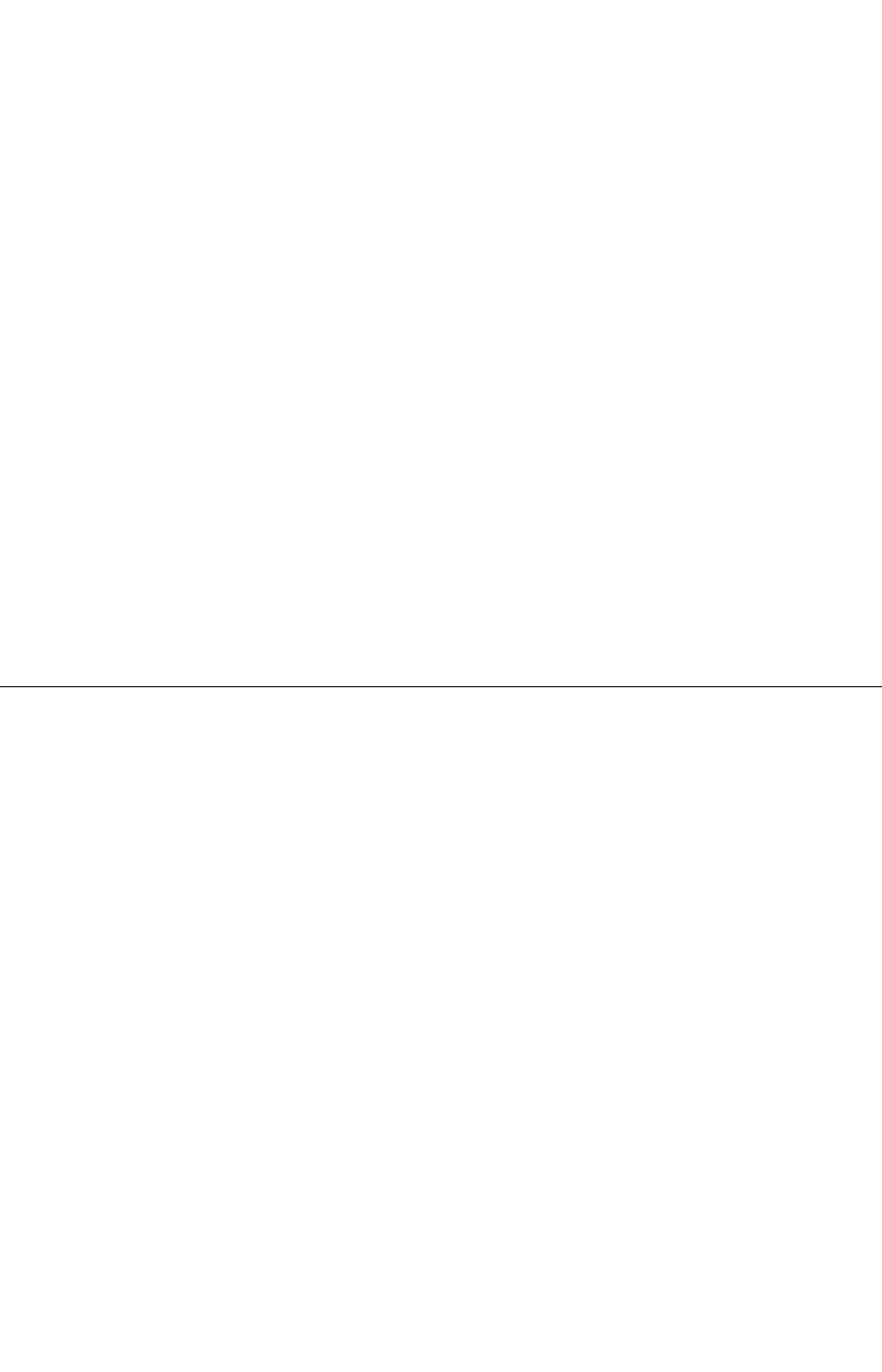
No obstante, la tarea no será sencilla. A pesar de lo cerca que pudo haber estado el Partido de la Revolución Democrática (PRD) de ganar la Presidencia en 2006, tras la resaca del conflicto electoral lo que quedó fue una izquierda mexicana atomizada, debilitada, desprestigiada, atada a sus delirios y lejos de la realidad, amén de desprender un sospechoso tufo a naftalina. También quedó una democracia que, en vez de esperaranzar, desilusiona y parece un lujo absurdo en un país con cincuenta millones de pobres, una desigualdad en la distribución del ingreso que permite que co-existan en el mismo espacio los miembros de la lista *Forbes* con las más lacerantes condiciones de vida, y una clase media que tiende a la desaparición, lo cual pone en entredicho, más que ningún otro rasgo del país, la supervivencia de la democracia. Si a esta mezcla se añade el flagelo del narcotráfico y del crimen organizado, la corrupción de todos los colores políticos, la ingobernabilidad en el país y el muy profundo cambio en los valores de la sociedad mexicana, que ha pasado de creer en la cultura del esfuerzo y del trabajo a pensar que el único signo de éxito está en tener dinero, y si éste llega fácilmente, mejor, es difícil albergar alguna esperanza.

Empero, ese es el país que le tocará vivir a la generación de líderes emergentes. Nosotros no tendremos el recuerdo de los años de “vacas gordas” como tuvieron nuestros padres, pero de nosotros depende que México encuentre por fin la manera de hacer que sus vínculos con el exterior le beneficien. Esto no será posible si no conseguimos que los mexicanos se “internacionalicen” de verdad, que tengan contacto con el exterior y aprendan más sobre el mundo que les rodea, y que se dejen de importar “recetas” para encontrar nuestro propio camino en el mundo que viene.





II. ECONOMÍA Y SEGURIDAD SOCIAL



CONTRA LA DESVERGÜENZA

Brenda Arenas Ocampo

El debate sobre el papel del mercado y del Estado se ha vuelto una discusión casi teológica en nuestro país. Hasta los economistas más liberales han olvidado que la preocupación principal de Adam Smith hace tres siglos era explicar por qué el 10 por ciento de la población eran los más ricos y el 90 por ciento restante estaba en la pobreza.

México viene de un largo proceso de ajuste. Como muchos otros países, el nuestro no pudo retraerse a un entorno mundial que exigía una profunda transformación de las estructuras productivas y de las actividades del Estado en el terreno económico. No somos de los países más pobres del mundo pero sí de los más desiguales. Una sociedad dividida entre una élite cosmopolita y con amplios niveles de información y, por el otro lado, comunidades sumidas en la marginación, el atraso y con muy escasas perspectivas para salir de su condición. Incluso ahora, se están generando nuevos abismos de desigualdad entre quienes tienen acceso a las modernas tecnologías de información y quienes no la tienen.

A las endémicas crisis económicas de 1982, 1987 y 1995 hay que agregar ahora la de 2009, donde los costos de la apertura con el exterior y el modelo globalizador se están haciendo sentir con toda crudeza, lo que ha significado el naufragio de la banca e industria nacionales.

En lugar de modernizar la economía y frente al dilema de desmantelar el basamento económico-social o enfrentar la quiebra total de las finanzas públicas, optamos por lo primero con muy altos costos. Al replantear las fronteras entre lo público y lo privado, también se redimensionó el papel del Estado en la economía, quedando como mero árbitro de una lucha cada vez más injusta.

A pesar de las evidencias de que el modelo sólo concentraba más riqueza y aumentaba la desigualdad social, los gobernantes se burlaron de quienes no confiaban en la “sabiduría” de los mercados y su mano (supuestamente) invisible, o en la “sabiduría” de los financieros de Wall Street y sus maravillosos instrumentos financieros para sacar dinero *¿de la nada?* En algún momento ofrecieron la mágica prosperidad

para todos. Y lo que vino fue... otra crisis. Ahora tenemos que pagar la terca sordera.

La crisis pone en riesgo los endeble avances sociales y económicos alcanzados por México en más de dos décadas de lento crecimiento pero de grandes ganancias para el capital privado. ¿Cuántas veces hemos visto este panorama? ¿Cuántas generaciones han quedado con aspiraciones frustradas? Y luego hay quien se sorprende por la rampante descomposición social de la cual saca ventaja el crimen organizado.

No pueden superar esta grave crisis quienes son parte y responsables de ella, quienes siempre terminan ganando cuando la mayoría siempre pierde. No pueden reconstruir el Estado mexicano quienes no han mostrado ni capacidad ni voluntad para transformarlo.

Los muros se derrumbaron en la ex URSS y en Europa Oriental y en México no hubo tiempo para el balance. Pasamos del viejo izquierdismo lombardista y estalinista al igualmente viejo *nacionalismo revolucionario*, la ideología oficial diseñada para construir una caricatura de Estado de Bienestar que en realidad ha sido la justificación de los poderes fácticos para el usufructo y beneficio económico, corporativo, clientelar y mediático.

Los grupos financieros y conglomerados económicos, todos, se presentan como encarnación de los intereses de la nación. Apelan a la ciudadanía pero hacen y permiten exactamente lo que les conviene y están dispuestos a hacer caso omiso de las normas y reglas del juego si no les sirven para sus fines. Se graduaron en la "*Maestría de los Intereses Particulares*". En la actualidad, un amigo de alguna destacada familia empresarial acostumbra ser importante para "progresar" en la vida. Ese es el *modus operandi* tradicional clave para entender nuestra crisis actual.

Hablar de economía no es sólo referirnos a tasas de interés, inflación y déficit público. Por el contrario, hablar de economía es pensar en la gente, lo que requiere para mejorar la calidad de vida en su empleo, en su nivel de ingreso, en su educación, en su salud. Economía y sociedad son a la vez, puntos de salida y de llegada. Necesitamos orientar el esfuerzo en construir una libertad verdadera que se obtiene cuando las personas tienen satisfechas las necesidades básicas y cuando se les brinda a todas y todos, desde el principio de su vida, la oportunidad de forjarse un lugar digno en la sociedad. En palabras del Nobel

Amartya Sen, la economía debe servir para escoger una existencia más plena, más satisfactoria, más valiosa y máspreciada.

La economía es un factor demasiado importante como para dejarla sólo en manos de los especialistas. La economía puramente pragmática en la que no están en juego las preocupaciones por la sociedad, cae en el cinismo y su peor cara es la insensibilidad, el oportunismo y el espíritu depredador.

Hace falta reflexión, un debate franco y honesto, sistemático y profundo con la premisa de encontrar los mejores caminos para la equidad, la prosperidad y la redistribución, sin caer en espejismos. Podemos y debemos imaginar caminos diferentes que resulten enriquecedores y no empobrecedores a ultranza como parecen aceptar la mayor parte de las políticas actuales. Es nuestra tarea, como nuevos sujetos sociales, trazar un mejor rumbo hacia un modelo social y de desarrollo completamente diferente. Tengo la certeza de que somos capaces de demostrar que tenemos un proyecto viable de cara al futuro. Está en nosotros contrarrestar el avance del cinismo.

SER PARTE DE LA SOLUCIÓN, NO DEL PROBLEMA

Penélope Campos González

No sólo desde el momento en que decidí aceptar la maravillosa oportunidad de expresar mi opinión en este texto, sino desde que elegí mi vocación profesional y mi forma de vida, un cuestionamiento en específico me ha asaltado: ¿Puede una política económica con una visión de centro-izquierda contribuir al progreso de la nación? Desde mi formación de economista en la Máxima Casa de Estudios de nuestro país, complementada con mi vocación de izquierda, no sólo creo que puede decirse; estoy absolutamente convencida que es una obligación de la izquierda plantear la manera de procurarlo.

¿De dónde partir? Identificar correctamente los problemas es el primer paso para plantear las soluciones adecuadas. En el caso de la problemática económica, la situación es complicada en la medida en que confluyen factores sociales, culturales y políticos tanto internos como externos. Las olas de violencia, de inseguridad, de crisis social y sobre todo de crisis económica deben entenderse como una fuerza que funciona como la fiebre del cuerpo social, no una enfermedad sino un síntoma, un aviso. La tarea de todos los actores político-sociales-económicos es enfrentar el planteamiento como una batalla sin tregua, donde la defensa ante un “enemigo común” proporciona una sensación de cohesión y solidaridad en los integrantes de la sociedad, sean individuos, comunidades o Estados federales. En este caso, el “enemigo común” debe ser la pobreza y la desigualdad social.

Es, desde mi punto de vista, necesario atacar los problemas en su globalidad puesto que los planteamientos progresistas en materia económica involucran ordenamientos no sólo monetarios, fiscales, productivos, comerciales, etc. Por el contrario, ponen el énfasis en las políticas sociales que se interrelacionan con el mejoramiento en la calidad de vida de la población, la disminución de las brechas de desigualdad de oportunidades, la seguridad social, etc., bajo la clara premisa de que cualquier política económica que excluya estos indicadores podrá hacer crecer la materia económica pero jamás alcanzará un justo desarrollo social. No es gratuito el rechazo

que se experimenta en las distintas regiones del país y que necesariamente tiene relación con la centralización de poderes y la forma de irradiar la justicia y la economía en el resto del país. En el camino que seguimos, es notable cómo el gobierno al pensar en planes de desarrollo, segmenta al país desde sus políticas y la aplicación de las mismas en regiones, sectores y poblaciones prioritarias y no prioritarias. Esto al denominarlas de “desarrollo estratégico” y elaborar planes de desarrollo y atención que lejos de encadenar los procesos productivos de esas llamadas regiones y sectores estratégicos o incorporar plenamente a dichas poblaciones, lo que logran es aumentar la desigualdad en las oportunidades de desarrollo al formalizar programas meramente asistenciales.

Económicamente hablando es de reconocerse que el norte del país sigue su propia dinámica de producción con patrones definidos y especializados de comercio fronterizo que poco o nada tienen que ver con el resto del país. Y en tanto, existe en la región del sureste una marcada desintegración respecto del país en su conjunto, ante el sentimiento de aprovechamiento únicamente en la generación eléctrica y la producción de hidrocarburos y el total olvido y marginación de comunidades completas que carecen hasta de los servicios más básicos. En el mejor de los casos, estas desvinculaciones regionales pueden llegar a reflejarse en medidas de política económica. En el peor de los escenarios, nos encontramos ante zonas “de nadie” donde la violencia, la inseguridad y el crimen organizado toman el control.

Es para evitar este camino de desintegración social y económica que la izquierda democrática del siglo XXI debe aspirar a tener tanto un poder político capaz de redistribuir la riqueza como un mercado económico capaz de generarla. Y esto sólo será posible en la medida en que se logre movilizar, en un mismo sentido, a la sociedad en general: a empresarios, políticos, líderes de opinión y dirigentes sociales. ¿Cómo lograrlo? Debemos ser sinceros, la transformación profunda que necesita México, nacida de una autocrítica sin reservas y del mejoramiento de las estructuras de nuestra vida social, política y económica, requiere necesariamente de valor. En tanto continuemos con el temor social al cambio, veremos repetir una y otra vez los patrones de pequeños sectores sociales poderosos (empresariales o políticos, nacionales e internacionales) que en

aras de mantener el orden establecido en beneficio de sus intereses personales, aparentarán mejoras “davidosas” que en realidad son insignificantes y mezquinas.

Primeramente, permear en la sociedad la idea generalizada de organización con un mismo fin, incluso si es el beneficio propio, no es tarea sencilla. El desprestigio de las clases políticas y las instituciones burocratizadas del país hacen hoy por hoy necesaria la presencia de líderes de opinión, aparentemente desvinculados de estos sectores (son contados los casos en que personalidades dentro de ellos que son aceptados lo suficiente para poder llevar a cabo este papel) pero con la sensibilidad social honesta y suficiente para que logren. Con la ayuda de los medios masivos de comunicación, introducir poco a poco la firme convicción democrática de que el esfuerzo conjunto es el mejor esfuerzo. El saneamiento de nuestras instituciones, el impulso a la democracia plena en el entendido de que todos los que participamos somos igualmente valiosos en las áreas en que nos desempeñamos, el incremento en los niveles de educación para que los avances tecnológicos escalen todas las capas sociales y faciliten o mejoren los procesos productivos y la calidad de vida, el combate a la corrupción y a los índices de criminalidad y el énfasis en los sectores desprotegidos de nuestra sociedad. Pero sobre todo, el cumplimiento irrestricto de la ley en todos los niveles sin impunidad (hay que olvidarnos de una vez por todas de que “en México todo se vale”). Éstos son los planteamientos de un pensamiento progresista capaz de modificar los patrones establecidos.

Es tarea imposible enumerar cada acción a seguir para que la transformación nacional sea una realidad, la lista de los obstáculos para ello es más grande aún. Sobre todo en un país donde hay más futbolistas con mejor percepción económica que investigadores y científicos. Pero esto es parte del reto a vencer, el énfasis que la centro-izquierda pone da manera prioritaria en todos sus planes de desarrollo al fomentar la educación activa garantizada a todos los individuos para así mejorar el acceso a oportunidades de movilidad social y encontrar soluciones reales a problemas reales. Pero sobre todo, para entender incluso con modelos matemáticos científicos, que es sólo mediante el beneficio común que el beneficio personal cobra sentido. Eso es lo que debe motivar a amplios sectores de la sociedad a

pensar que impulsar el cambio no es arriesgarlo todo, es el camino a ganar para todos. ¿Creo que la izquierda mexicana es capaz de todo esto? Sí, sí lo creo. Esto se ve en la medida en que como individuo social y actor político identificado con una visión de izquierda, me comprometo a trabajar cada día para ello. Me comprometo a ser parte de la solución y no del problema.

EL IMPULSO DE LA ECONOMÍA Y EL DESARROLLO REGIONAL BAJO LA SOCIALDEMOCRACIA

Enrique Davis Mazlum

En septiembre del 2000, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y los líderes del mundo aprobaron los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM). Éstos abarcan desde la erradicación de la pobreza y el hambre, la enseñanza de primaria universal, la promoción de la igualdad entre los sexos y la autonomía de la mujer, la reducción de la mortalidad de los niños menores de 5 años, el mejoramiento de la salud materna, el combate al VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades y la sostenibilidad del medio ambiente, hasta la creación de una asociación mundial para el desarrollo, cada uno con metas y fechas definidas al año 2015.

En el 2000, los países involucrados presentaron un análisis de la situación en la que se encontraba cada uno y un plan para lograr los ocho objetivos trazados. A la fecha sólo en dos de los ocho objetivos México ha logrado la meta establecida: lograr la educación primaria universal y la reducción de la mortalidad infantil en niños menores de 5 años en dos terceras partes. Es importante destacar que los programas para cumplir estos objetivos fueron implementados durante gobiernos priístas, los cuales dejaron una serie de programas funcionando que ayudarían en el cumplimiento de los otros seis ODM, todo esto antes de diciembre del 2000.

Cuando los ocho objetivos fueron trazados y las metas establecidas por los distintos gobiernos, así como la fecha para su cumplimiento, no se podían considerar factores externos como los ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001 en Estados Unidos, la crisis económica del 2008 en ese mismo país, el Tsunami del 2004 en el Océano Indico, la violencia exacerbada por el crimen organizado o narcotráfico y las distintas guerras. Cada uno de estos eventos tiene un impacto en el mundo y obliga a los distintos gobiernos a replantear las estrategias que debe llevar a cabo, para cumplir con las responsabilidades a sus ciudadanos y con el resto del mundo. Bajo el modelo del libre mercado, la crisis económica del 2008 en Estados Unidos ha afectado al mundo y en especial a nuestro país.

De una forma muy sencilla podemos decir que esto se debe a varias características: la primera es que compartimos más de 3,141 kilómetros de frontera; la segunda es que hay una interacción constante entre los ciudadanos de ambos países y; la tercera es que hay un intercambio comercial del cual dependen muchas familias que viven del lado de México.

La crisis ha llevado a la disminución en el consumo diario de los norteamericanos y ha reflejado directamente en la industria automotriz y de vivienda de ese país. Esta situación tiene un efecto dominó que influye directamente en México y lo podemos observar directamente en el sector de las maquiladoras establecidas en la frontera norte. A raíz de la crisis económica el consumo de carros en Estados Unidos disminuyó y la producción se ha reducido en las fábricas de carros y en las maquiladoras de la industria automotriz. Sólo en el estado de Tamaulipas hay más de 15 mil trabajadores despedidos entre el segundo semestre del 2008 y lo que va del 2009, en su mayoría ligados a la industria automotriz. Esto refleja un sistema económico dependiente de la situación económica del vecino del norte y afecta a miles de personas que ganan lo mínimo para sobrevivir.

El modelo de libre mercado demostró que los pobres se hacen más pobres y los ricos se hacen más ricos, lo más grave es que no existe ningún mecanismo para prevenir la crisis económica que inició en el 2008. Es un modelo basado en la postura del Presidente Ronald Reagan de "*Trickle Down Economics*", en el cual se esperaba cerrar la brecha entre pobres y ricos a través de la creación de grandes empresas. En donde las grandes empresas recibirían incentivos fiscales y con esto se pensaba generar empleos y así una distribución de la riqueza con los empleados. Lo que está demostrado es que este modelo no ayuda a las personas a salir de la pobreza, ya que estas grandes empresas siguen generando riqueza, la cual no se distribuye con los empleados. Las personas trabajan por sueldos que apenas les alcanza para alimentar a su familia, difícilmente tendrán dinero para comprar una vivienda o darle a sus hijos un poco más de lo básico. El resultado se observó a nivel macroeconómico, pero no a nivel microeconómico. Ernest F. Schumacher, economista defensor en su primera etapa los modelos de la macroeconomía, con el tiempo fue uno de los principales críticos que explicaba que no servía de nada tener

cifras macros positivas, si en la gente no se reflejaban los cambios. En 1973, Schumacher planteó en su libro “Lo pequeño es hermoso” que el desarrollo económico se debía realizar desde el ámbito local, en donde lo primero era la alimentación (autosustentabilidad) y, posteriormente, la comercialización de los excedentes para generar empleos locales.

Muhammad Yunus, Premio Nobel de la Paz 2006, a través de distintos programas como son el sistema de microcréditos y las empresas sociales, retoma los planteamientos de Schumacher y los complementa impulsando a las empresas sociales, las cuales tienen como objetivo ayudar en el desarrollo regional y deja muy claro que maximizar las ganancias no es el objetivo de las empresas sociales. Ejemplo es la empresa social que surge entre Grameen y Danone, la cual se enfoca en la producción de yogurt fortificado para combatir la desnutrición de niños en Bangladesh, que viven en pueblos marginados. Como solución las fábricas de yogurt son lo más pequeñas posibles, así se establecen en varias regiones, utilizan exclusivamente productos locales, no gastan en publicidad, los envases son biodegradables y se venden a un costo que cubre los gastos, así como una ganancia que se puede reutilizar para que el proyecto siga creciendo o en otras empresas sociales. Con esto, se cubren tres objetivos: se alimenta a la población infantil, se ayuda a disminuir la desnutrición y se generan empleos locales.

Tomando en cuenta los puntos de vista de Schumacher y Yunus, en México debemos replantear qué tipo de modelo económico requerimos. Es necesario desarrollar un sistema económico que cubra las necesidades internas del país, como prioridad ligada a los ODM. En las diferentes regiones del país se deben impulsar mecanismos que favorezcan a la sociedad, que ayuden a cerrar la brecha económica regional y que se homogenice el nivel económico entre el norte, centro y sur del país. Estas regiones deben tener los siguientes objetivos: la autosustentabilidad de las regiones; la producción de suficientes alimentos dentro del país para alimentar sanamente a nuestra población; la transformación de los productos primarios con valor agregados listos para comercializar y tener mejores ganancias; el impulso a la investigación, destinándole más presupuesto y; el impulso a proyectos regionales con la tecnología apropiada a la región.

Los legisladores deberán de impulsar a través de iniciativas de ley el desarrollo regional, la investigación y un sistema educativo que fomente tolerancia, diálogo y sensibilidad humana, basados en dos pilares: justicia y desarrollo social. Esta responsabilidad del progreso del país, al final recae en los partidos políticos identificados con una ideología de centro-izquierda.

SOCIALDEMOCRACIA Y LIBERALISMO ECONÓMICO

Jesús Gallegos Olvera

Hoy la desigualdad y la inseguridad se universalizan con una vertiginosidad impresionante. Esto debe tener un límite. No es aceptable su continuidad ante un panorama de languidez en la sociedad mundial. Por ello, me permito afirmar que propuestas para el *desarrollo*, la *prosperidad* y la *estabilidad* han hallado espacio de crecimiento y éxito en las premisas que la *socialdemocracia* ofrece. Éstas consideran, entre otras cosas, que la *democracia* y sus correlatos de *progreso*, *modernidad* y *bien común* se cimientan en un ámbito estatalizado y no a la inversa como considera el *liberalismo político-económico*. En este sentido, la socialdemocracia fundamenta una estrategia que establece un movimiento *reformista*, *gradualista* e *institucional* que hoy es viable e indispensable para la *governabilidad* y la *felicidad* universalmente anheladas.

Así, establecer un acercamiento para revisar y explicar los alcances de la ideología, la doctrina y la práctica socialdemócrata en el plano internacional, en general, y en México, en particular, son propósitos que debemos seguir. Sin embargo, el éxito de la socialdemocracia depende de su victoria en dos frentes: el primero ante la izquierda tradicional, marxista y revolucionaria, y el segundo ante la derecha con sus postulados liberales en lo económico y conservadores en lo político. Hoy, considero, es imperativo definir su ubicuidad y pertinencia para evaluar su consistencia e identificar su proyección en la escena política de México, lugar en el que diversos actores —algunos sin convicción y otros, peor aún, superficialmente— se definen como socialdemócratas.

Una revisión de los fundamentos en que se expresa la socialdemocracia da cuenta de valores (ideales) y principios (modelos de organización política-social) caracterizados por su historia de oposición a los excesos del liberalismo económico y de corrección de la izquierda radical. Los primeros dan cuenta de una defensa y promoción de la *igualdad*, la *libertad*, la *justicia* y el *progreso* para la totalidad de la sociedad. Los segundos se ejemplifican en la renuncia a la violencia, el seguimiento del reformismo institucional y su gradualismo pragmático.

La socialdemocracia, en mi opinión, debe continuar con la negación de la *lucha de clases* como la premisa organizativa de un proyecto alternativo al capitalista. De hecho, debe enfatizar la urgencia por fortalecer la *colaboración entre clases*. Es decir, no se rompe con la división social marcada por la antinomia entre ricos y pobres, pero urge por la *construcción de un Estado social y democrático* en que se garanticen derechos y bienestar tanto para las mayorías pobres como para las minorías oligárquicas. En este sentido, apropiarse del Estado burgués con base en la participación de sus procesos democráticos-institucionales es una estrategia consabida para la socialdemocracia. La socialdemocracia debe continuar con su apuesta por el cambio a través del pacifismo institucional y no con base en la violencia.

En el plano de la ideologización de grupos sociales, considero que las posibilidades de éxito para la socialdemocracia se ubican en el trabajo a dos niveles y en dos ritmos; es decir, lo nacional y lo internacional, lo inmediato y el largo plazo. No obstante, la unificación de las relaciones sociales se establece como tema de agenda pendiente, porque para aquella se requiere tanto superar el escollo ideológico que supone la lucha de clases marxista que apuesta a la igualdad de condiciones a través de la revolución como la cancelación del dominio excesivo de un grupo social sobre todos los demás.

La socialdemocracia debe limitar y evitar los excesos de un ejercicio autoritario del poder político y en consecuencia, defender el fortalecimiento del Estado de derecho, democrático, pluralista, con una rectoría de la dimensión económica que fomenta ya no sólo la redistribución de la riqueza sino la mayor creación de ésta. La defensa de un Estado de derecho es un eje fundamental para conseguir la estabilidad que se proyecte en el bienestar de la sociedad en que se ejerce. En definitiva, la vigencia de la socialdemocracia se fortalece por su carácter *incluyente*, que le brinda opciones para formar gobiernos de coalición.

Defender y promover la mejora de un Estado libre a través del sufragio universal, la legislación eficiente, la defensa real de los derechos civiles y el respeto por la misión del ejército nacional son algunos de los principios establecidos por el movimiento socialdemócrata para

consolidar un tipo de desarrollo pacífico. Promover el acercamiento a las instancias institucionales como estrategia general, para participar después en el reordenamiento de las fuerzas económicas y sociales significa dar cuenta de un proceso reformista, para muchos lento y lleno de obstáculos, condenado al fracaso, pero inevitable y urgente. Por ello, pensar en términos socialdemócratas no es acción que se circunscribe a un ámbito nacional, local, sino que debe proyectarse a un nivel planetario. Si bien, en paradoja, la internacionalización de la socialdemocracia se logra en función de su consolidación local-regional.

Finalmente, con la escena de crisis global se hace necesaria la intervención del actor estatal consolidado en sus premisas de benefactor que habían sido declaradas muertas. Hoy en los Estados Unidos, en Inglaterra y en otros países los gobiernos establecen una participación activa que limita los efectos negativos de la crisis financiera largamente anunciada. En este sentido, en aquellos países donde existió un amplio apoyo al neoliberalismo antiestatista acompañado de un conservadurismo político, hoy se establece el regreso del Estado, del gobierno, para dar orden al caos propiciado por los actores privados. En México, la *guerra* contra el narcotráfico, la eliminación de la inseguridad y la crisis financiera se establecen como las justificaciones de un Estado fuerte.

En este escenario, la socialdemocracia debe participar con propuestas que consoliden la unión social, la confianza y el orden para cumplir con los objetivos declarados de gobernabilidad, competitividad y prosperidad. En México, si la socialdemocracia realmente pretende ser gobierno, es indispensable que establezca con transparencia qué se defiende y cómo beneficia a una sociedad cansada de promesas incumplidas.

“Political innovations need to be supplemented not only by arguments from fairness, but also need to be compatible with given situations and current problems”.

Claus Offe

Para la izquierda contemporánea es ya un lugar común hablar de los efectos perversos de la “crisis del Estado de Bienestar” o “del costo social del modelo neoliberal”. Vistas con cuidado, estas afirmaciones son tan imprecisas como estériles para una discusión seria sobre el futuro de la protección social en México. En primer lugar, en México, como en la mayoría de los países en desarrollo, nunca ha existido un Estado de Bienestar. Tuvimos, en cambio, un sistema de seguridad social trunco y regresivo que, para fines de siglo XX, tendía a exacerbar las desigualdades en vez de combatirlas y a un costo prohibitivo para la hacienda pública. Este desarrollo incompleto del sistema de seguridad y protección sociales se explica, al menos en parte, por el desafortunado maridaje de nuestra ambiciosa -y visionaria- legislación social con el modelo clientelar-corporativo que dio sustento al régimen de partido hegemónico. También, hay que reconocerlo, se debe a las profundas transformaciones de la estructura demográfica y productiva del país y las implicaciones de nuestra inserción en el mercado mundial de capitales. En cualquier caso -seamos francos- en México nunca se ha tomado al universalismo de los derechos sociales en serio.

En la práctica, hemos ido renunciando a la aspiración universalista de nuestra legislación, sumando parches aquí y allá, con programas sociales efímeros y débilmente conceptualizados que han caído, con la posible excepción del programa Progres-Oportunidades, en la tentación clientelar del manejo político-electoral, la ineficacia y el descrédito. A pesar de innegables avances en el intento de focalizar, evaluar y mejorar la progresividad del gasto social, nos encontramos todavía a medio camino; a la espera de una visión integral sobre el papel del Estado en la protección social universal de los ciudadanos, *qua ciudadanos*, que trascienda la mera administración de derechos *exclusivos* del asalariado o beneficios *condicionados* a los pobres, los adultos mayores y grupos vulnerables en general.

Esta discusión pendiente es ya inaplazable. Para ser exitosa, deberá anclarse en el universo de la factibilidad política y la propuesta concreta mucho más que en la retórica. Deberá partir de las condiciones de mercado vigentes, y no aquellas que los nostálgicos de la economía cerrada y estado-céntrica siguen idealizando. Deberá entender los cambios en la estructura familiar y la dinámica productiva y migratoria del país, en vez de reciclar el modelo de familia y trabajo asalariado permanente de la posguerra. Deberá tomar a los incentivos y la capacidad fiscal del Estado en serio y ponderar cuidadosamente los efectos de diversas alternativas de reforma. ¿Cómo responder a semejante reto? ¿Quién debe enarbolar esta causa?

En mi opinión, esta es la misión histórica y el imperativo político de una izquierda responsable y comprometida. Imaginar, construir y negociar, en un mundo de pluralidad política e integración económica, una propuesta de política social concreta anclada en el universalismo y la efectiva actualización de los derechos sociales en México. Para ello, son tan importantes el pragmatismo como la audacia y la imaginación. Se requiere la voluntad de *entrarle al toro por los cuernos* y discutir seriamente cómo hemos permitido que el Estado y las políticas públicas –aquello que debiera sernos común– se hayan convertido en un espacio adicional para la reproducción del privilegio y las desigualdades sociales.

Todo parece indicar que la coyuntura actual ofrece una ventana de oportunidad única para detonar una defensa política, económica y moral del universalismo y erigir al concepto de ciudadanía en el epicentro de nuestro sistema de protección social. En primer lugar, la crisis del sistema financiero global y el creciente escepticismo frente a las virtudes de los mercados autorregulados –especialmente el de capitales– han obligado a una revisión conceptual y política del papel del Estado en la economía, la socialización del riesgo y la protección social. Este momento de reapertura crítica y de revisión de modelos coincide también con el incipiente reconocimiento de los límites de los programas focalizados como instrumentos aislados de política pública. Las evaluaciones rigurosas de programas sociales considerados exitosos revelan muy modestos resultados, dada la ausencia de una visión integral de política social y las condiciones cambiantes del entorno económico que exacerbaban la vulnerabilidad de los hogares. Están también la constante preocupación por la manipulación

político-electoral de los programas -en detrimento directo de su progresividad- y la consecuente reducción del ciudadano vulnerable a la infancia política y la movilización clientelar, por un lado; y los peligros potenciales de mantener regímenes diferenciados para los sectores formal e informal de la economía ¹, por el otro. Finalmente, añadiría la crisis de programa, identidad y liderazgo que aqueja a la izquierda en México como un elemento adicional de oportunidad política. Una propuesta de política pública visionaria, razonada, y cuidadosamente diseñada (que pueda ser atractiva para los ciudadanos) podría ser el elemento aglutinador de las fuerzas de centro-izquierda que permita el posicionamiento electoral que requiere una reforma de esta envergadura. Sería, al menos, un elemento mucho más útil y constructivo como factor de cohesión que los liderazgos “carismáticos” o la retórica “contestataria”.

Ahora bien, un contexto propicio y la afinidad electiva de diversas propuestas de universalización, como el ingreso mínimo ciudadano o la unificación de los sistemas de protección social (paquete único de aseguramiento o beneficios) con el pensamiento progresista de diversa raigambre no son, en modo alguno, suficientes para iniciar este importante debate. La carga de la prueba está en manos de la izquierda y tendrá que sustentarse en una discusión profunda y responsable de las dimensiones, implicaciones y consecuencias de una apuesta decisiva por el universalismo y la ciudadanía social.

Cualquier posibilidad de liderazgo en esta materia dependerá de la construcción de un espacio de factibilidad política, económica y administrativa de las alternativas y del análisis cuidadoso y objetivo de las precondiciones fiscales y los efectos económicos de corto y mediano plazos de semejante reforma. Como ha señalado Claus Offe en su defensa del ingreso universal ciudadano ², deberá primero destruirse -con argumentos y

1 De acuerdo con un conocido y persuasivo argumento, este sistema dual ha conducido a un sistema errático de protección, ya que genera un subsidio implícito a la economía formal, castiga los salarios de este sector, altera decisiones de inversión productiva con efectos multiplicadores y erosiona el sustento fiscal de las políticas redistributivas y de protección social del Estado. Cfr. Santiago Levy, *Good Intentions, Bad Outcomes: Social Policy, Informality and Economic Growth in Mexico*, Washington, Brookings Institution Press, 2008.

2 “Basic Income and the Labor Contract”, *Basic Income Studies-An International Journal of Basic Income Research*, The Berkeley Electronic Press, Abril, (2008), vol.3, núm.1, pp.1-30.

evidencia sólidos- la presunción de imposibilidad fiscal que ensombrece con frecuencia a este tipo de discusiones. La defensa a la protección social universal como principio será estéril en ausencia de una propuesta concreta del universalismo como objetivo asequible de política pública, *aquí y ahora*, y el reconocimiento de sus alcances y límites dadas las condiciones estructurales del país. Para ello, necesitamos respuestas concretas a los múltiples argumentos económicos, políticos y morales en contra de la idea de universalismo y, muy especialmente, su viabilidad.

La factibilidad se construye con respuestas puntuales y contundentes a preguntas muy complejas, con una idea tan clara del lugar al que se quiere llegar, como del camino que será necesario recorrer: ¿Qué entendemos por universalismo como principio normativo y como categoría de política pública? ¿Cómo podemos operacionalizarlo? ¿Cuáles son los costos fiscales y el universo temporal de implementación de una reforma universalista? ¿Cuáles son sus implicaciones macroeconómicas inmediatas? ¿Cuáles podrían ser sus efectos en los mercados laboral y de capitales? ¿Qué incentivos –virtuosos y negativos- puede detonar en las decisiones productivas? ¿Cuáles son las ventajas y desventajas concretas de la propuesta frente al *status quo*? ¿Cuáles serán los efectos redistributivos inmediatos e intergeneracionales? ¿Qué rigideces imprimiría un sistema así en el proceso presupuestal frente a vaivenes en el ciclo económico? ¿Qué elementos mínimos resultan imprescindibles en el corto plazo y cuáles tocará resolver a la siguiente generación, con la experiencia y el aprendizaje adquiridos? La lista es larga y los desafíos son enormes. Mi propuesta es que empecemos, por lo pronto, tomando al universalismo en serio.

REFLEXIONES PARA LOS PRÓXIMOS CUARENTA AÑOS

Jorge A. Pérez Pineda

La Fundación Friedrich Ebert (FES) en sus 40 años en México ha sido testigo vivo de cambios importantes en la economía y sociedad mexicana: el fin del modelo de *industrialización por sustitución de importaciones* (ISI) liderado por el Estado que abarcó de 1950 a 1970; un proceso de crisis, ajuste y recuperación y un cambio estructural acontecido de 1970 a 1986, que permitiría la adopción del *modelo con orientación al exterior* (OE) ¹, desde 1986 al presente, basado en los principios del *Consenso de Washington* -también llamado decálogo neoliberal- que enfatiza el papel del mercado en la economía a través de procesos de privatización y liberalización económica.

Los procesos económicos acontecidos marcaron una transición en que muchos de los aspectos de la economía como la provisión de algunos servicios y empresas públicas, pasaron de manos del Estado a ser privatizados, por lo que cada vez más, la sociedad civil empezaría a resolver por sí misma problemas que ni Estado ni mercado estaban resolviendo, sobre todo los enfocados a la resolución de temas asociados a la pobreza: educación, salud, vivienda, etc., donde la red de seguridad y cobertura social era ineficiente.

Este panorama sirve de marco para abordar dos cuestionamientos iniciales: ¿Hacia dónde va o debería ir México? ¿En qué medida es capaz la centro-izquierda de contribuir al progreso del país? Respecto al primero, el cambio de paradigma local refleja los debates teóricos e ideológicos enfatizados en las últimas tres décadas sobre el papel del Estado y el mercado en la economía, mismos por donde, como muchos países del mundo, México ha transitado pendularmente, sin ubicar un consenso claro como lo han hecho en otras latitudes del mundo, donde se habla de: terceras vías, social-democracias, socialismo del siglo XXI o neoestructuralismo, como alternativas al neoliberalismo o economía de mercado.

¹ La incorporación de México al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio en 1986 (GATT por sus siglas en inglés, hoy Organización Mundial de Comercio), a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos en 1994 y el inicio de tratados de libre comercio con varios países, son parte de este proceso.

En ese camino, rodeado de crisis internas y externas recurrentes (1982, 1987, 1994, 1997, 2009), la sociedad civil mexicana, sus partidos políticos y sus instituciones se han transformado y han salido reforzadas, tomando nuevos roles, más participativos, ganando espacios y creando redes, activos de cambio social. Es en la consolidación de estos roles, a través de reformas y el establecimiento de un marco jurídico *ad hoc*, por el que México deberá seguir transitando, basados preferentemente en un modelo económico con identidad mexicana, aún ausente, pero no imposible.

Respecto a la segunda, es en esa búsqueda, que la centro-izquierda del país tiene un papel clave y una responsabilidad suprema, pues mientras no logre un consenso de valores, agendas y prioridades entre las distintas corrientes, no habrá claridad sobre el camino que debe seguir México, ni en materia económica, ni política, ni social, y por tanto sobre un rumbo como nación. Sin ello, difícilmente podrán aspirar a que sus plataformas electorales sean reconocidas por los votantes, la clase política y empresarial del país e internacional. Estamos hablando de que en la medida que sean capaces de transmitir *certidumbre* a los mercados e instituciones, de generar *credibilidad* hacia la sociedad, *transparencia* de sus institutos y una *agenda común* hacia el votante, se contribuirá al progreso de la nación, como lo hiciera la izquierda española en el momento de la transición en torno al partido comunista a finales de los años setenta.

Aparece aquí un cuestionamiento más: ¿Cómo lograr que el pensamiento progresista influya en la toma de decisiones? Quizá el primer paso sea siguiendo aquel adagio: *“predicar con el ejemplo”*. Da la impresión que el pensamiento progresista es una moda, una postura intelectual, pero no valores e ideas que se ejerzan, que se vivan, y que por tanto trasciendan y permeen en la sociedad. El pensamiento progresista influirá en la toma de decisiones cuando las distintas corrientes ideológicas de este corte hagan su trabajo en casa, y con ese ejemplo salgan a la calle a pedir el voto de sus simpatizantes, es decir, cuando la sociedad vea que en votaciones internas hay transparencia, equidad y se aceptan los resultados, y no impugnaciones que traen divisiones. Si además hay flexibilidad ante el cambio, ante nuevas ideas y nuevas formas de hacer política, y no se copian modelos anquilosados, ni adoptan posturas estáticas ni costumbristas, y se respeta la alternancia y el disenso, se podrá actuar acatando el mandato popular de *“mandar obedeciendo”*.

Finalmente: ¿Cuál es o debe ser el papel de los líderes emergentes en el fortalecimiento de la democracia mexicana? Quizá el más importante es contribuir al cambio desde su trinchera, innovando, trasladando el pensamiento progresista a su ámbito de acción. Así deberá garantizar que una serie de valores y principios se cumplan, trabajando en torno a ellos, tales como: la libertad, la justicia social, la seguridad pública, el respeto a la democracia, la transparencia, el Estado de Bienestar, la promoción del desarrollo económico, no sólo del crecimiento, garantizar el acceso a educación, salud y vivienda, mejores oportunidades y empleos, respeto a la cultura y las tradiciones. Adicionalmente, se deberán incorporar los temas de una agenda internacional siempre cambiante y dinámica pero con temas y problemas comunes como: la pobreza, los problemas de género, raza, minorías étnicas y grupos vulnerables, el medio ambiente, el uso eficiente de recursos no renovables como el agua y el petróleo, la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo, y mejores reglas para el funcionamiento del comercio mundial, las finanzas internacionales y la paz.

Sólo cuando exista una visión socialmente responsable en nuestros líderes y se impregne de ésta a la ideología de centro-izquierda, habrá una mejor democracia, basada en el respeto, la civilidad, y la educación, para aspirar así al progreso, enarbolando liderazgos que antaño tuvo México en América Latina y el mundo, hoy más evidentes en países como Brasil.

Para ello habrá que retomar el ideario, desde la economía, de Schumpeter, Keynes, Hirschman, Lance Taylor, Marc Lavoie o Amartya Sen. Desde una visión latinoamericana, las reflexiones de Prebisch, Cardoso, Dos Santos, Noyola, Fajnzylber y Sunkel, contribuirán a mirar de nuevo hacia dentro sin menoscabo de la globalización, desde la filosofía política y la sociología, Bobbio, Sartori, Baudrillard y Fukuyama permitirán entender las contradicciones que conceptos como libertad y democracia pueden generar, y finalmente desde el derecho y la filosofía, bases de todo orden y acuerdo social, Rousseau, Rawls, y Habermas, nos ayudarán a darle bases sólidas a un pensamiento progresista en pro de una economía más humana y que provea de seguridad de todo tipo al individuo.

LA SEGURIDAD SOCIAL: SITUACIÓN Y RETOS

Rita Marcela Robles Benítez

Durante los últimos seis años he participado de manera activa en la defensa y promoción de los derechos humanos, principalmente los laborales. Esta actividad implica también investigar y documentar la situación laboral de trabajadores y trabajadoras en el país, lo que ha permitido acercarme a ellos para poder conocer desde sus propias experiencias las circunstancias laborales que los rodean y la manera en que éstas han impactado su vida personal y familiar.

En este tiempo, también he sido testigo de cómo la precarización laboral se va convirtiendo en una realidad que permea en todos los aspectos de las relaciones de trabajo y que se ha traducido en la anulación de derechos fundamentales, dejando a cambio bajos salarios, aumento de la jornada laboral, incremento en los accidentes de trabajo y reducción en los derechos de seguridad social, entre otros. Asimismo, he visto cómo los gobiernos, tanto federal como locales, colocan por encima de los derechos de las y los trabajadores los intereses de grandes inversionistas o empresarios, encubiertos en un falso discurso de crecimiento económico y de consolidación de la democracia.

Como sabemos, estas circunstancias han profundizado de manera alarmante la polarización económica de la población en México, haciéndose cada vez más reducido el número de ricos y aumentando de manera considerable el número de personas que viven en pobreza ¹, situación que seguramente se agravará con la actual crisis económica que se vive a nivel mundial y que por ahora ha arrojado al desempleo a por lo menos 538 mil trabajadores que laboraban en el sector formal. Sobra decir que esta situación implica grandes retos políticos, económicos y sociales no sólo en México, sino también a nivel mundial. Mismos que nos llevan a replantear el actual sistema democrático, así como las políticas económicas y sociales que se desarrollan en su interior.

1 De acuerdo con una investigación realizada por el Colegio de México, de agosto de 2006 a julio de 2008 la población en pobreza patrimonial aumentó en 7 millones, con lo que el número de pobres se ubicó en 52 millones de personas. En el mismo periodo, la cifra de mexicanos en pobreza alimentaria o extrema alcanzó 19 millones (son quienes cuentan con 20 pesos al día para sus necesidades alimentarias).

Como he señalado, la seguridad social no se ha quedado al margen de la precarización. Por lo menos en nuestro país, ha sufrido tres reformas que la han transformado de manera considerable (dos en la Ley de Seguro Social en 1995 y 2004, respectivamente, y una más en la Ley del ISSSTE en 2007), pasando de un derecho a una mercancía que, con relación a las pensiones, juega bien en la bolsa de valores incrementando considerablemente las ganancias de las Administradoras de Fondos para el Retiro (AFORES), a cambio de las “minusvalías” que reducen el monto de las subcuenta de retiro de trabajadores y trabajadoras ².

La justificación de estas reformas ha sido la existencia de una crisis financiera dentro del instituto que requería una solución inmediata. Las variables que se han considerado para implementar los cambios se han basado en la existencia de una transición epidemiológica y demográfica. Es decir, la población mexicana está pasando, por un lado, de las enfermedades infecto-contagiosas a las de tipo crónico-degenerativo y, por el otro, de una mayoría de jóvenes a una mayoría de ancianos. Ambas situaciones incrementan los costos de la seguridad social y, por lo tanto, la condenan a ser inviable en el futuro.

Sin embargo, considero que estos argumentos no son suficientes, ya que las decisiones en cada reforma, se han tomado sin cuestionar el modelo económico sobre el que se desarrolla el derecho humano a la seguridad social ³. Como sabemos, la base del funcionamiento del sistema está en la creación de empleos estables y remunerados que permitan aportar las cotizaciones obrero-patronales, además del presupuesto que el Estado tiene obligación de aportar a la seguridad social. Pero si el salario base de cotización se ve golpeado por la contención salarial impuesta desde la década de los ochentas, aunado a que no se generan empleos estables y el

2 En marzo de 2009, la Cámara de Diputados, apoyada en un análisis del Centro de Estudios de las Finanzas Públicas, explicó que hasta enero pasado sólo se han recuperado 30 mil 868.57 millones de pesos de las pérdidas que por 102 mil 428.6 millones de pesos sufrieron los ahorros de trabajadores y trabajadoras, mientras que las Afore registraron utilidades en enero de 481 mil 168.90 millones de pesos, gracias a que aumentaron el cobro de las comisiones.

3 La seguridad social ha sido reconocida como derecho humano en la Declaración Universal de los Derechos Humanos: *“Toda persona como miembro de la sociedad tiene derecho a la seguridad social, y a obtener mediante el esfuerzo nacional y la cooperación internacional, habida cuenta de la organización y de los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.”*

Estado reduce el gasto social, tenemos entonces que el problema que atraviesa el sistema de seguridad social es generado por un modelo económico que ha demostrado su incapacidad para mejorar el nivel de vida de las y los trabajadores y que es fuente de constantes violaciones a sus derechos humanos. Pero además, permite prever la situación que enfrentarán miles de personas al momento de llegar a la edad de retiro y darse cuenta que el ahorro generado durante su vida laboral, no fue suficiente para garantizar una vejez digna. Con esta situación, los principios sobre los que se constituye el sistema de seguridad social (equidad, solidaridad, justicia social) pierden vigencia y nos hace pensar en un grave retroceso, que implicaría la desprotección de trabajadores y trabajadoras tanto en su vida activa como al momento de su jubilación.

Si consideramos que históricamente los grandes conflictos sociales se han generado a partir de una marcada desigualdad social y que, de hecho, la seguridad social es resultado de ello, esto me hace pensar que la situación que actualmente atravesamos como país nos lleva hacia un nuevo conflicto social en el que el reto será lograr satisfacer de manera efectiva las necesidades de 52 millones de personas que viven en pobreza y que en consecuencia viven una sistemática violación a sus derechos humanos, incluida la posibilidad de acceder a los derechos de seguridad social.

Esto necesariamente implica repensar el modelo económico prevaleciente, así como las políticas públicas que se han desarrollado en torno a él. Implica que los partidos políticos, principalmente los de izquierda, vuelvan a poner en el centro de las grandes discusiones a los hombres, a las mujeres y a todas aquellas minorías, que han sido afectados por las grandes desigualdades que se han gestado en busca de un “desarrollo” económico o de una “modernización” del Estado.

Actualmente, la creencia de la democracia como el mejor de los sistemas posibles continúa siendo una realidad y aspiración social que es compartida por muchos gobiernos en el mundo. Es común escuchar que gobernantes y organizaciones políticas presuman de representar mejor que nadie los intereses mayoritarios de ciudadanos y ciudadanas, así como de respetar las reglas fundamentales de los regímenes participativos y libres.

Sin embargo, la realidad de la mayor parte de la población nos demuestra lo contrario. Por ello, creo que un reto más que se nos presenta como país es repensar el tipo de democracia que queremos construir, ya que la democracia no termina en la elección de los representantes de gobierno. La democracia va más allá e implica la participación de todas y todos en la búsqueda de alternativas que permitan alcanzar mejores condiciones de vida para la población. Implica el respeto de las leyes vigentes tanto por autoridades como por la sociedad en conjunto e implica también el acceso efectivo a la justicia y el combate a la impunidad y a la corrupción. Releyendo este documento me doy cuenta de que son muchos los retos que tenemos enfrente, por lo que hay que comenzar a trabajar, ese es el reto mayor.

En torno al significado de las políticas hacendarias, se confrontan implícitamente diferentes concepciones. Por un lado, están quienes consideran que la recaudación fiscal y el presupuesto de egresos son las dos caras de un simple flujo de caja que, entre otras cosas, sirve para garantizar los servicios del Estado y la estabilidad de las principales variables macroeconómicas. Frente a esta concepción, existe una visión anclada en la izquierda, que sitúa a la política recaudatoria y de gasto, como un importante elemento articulador de las diferentes mediaciones que estructuran, codifican y regulan los diferentes tipos de relaciones al interior de una sociedad.

Cuando el Estado logra una conjugación socialmente legitimada de las formas políticas y jurídicas de la soberanía, con la política hacendaria, podemos decir que estamos en presencia de un régimen fisco-financiero a parte entera. En este caso, se asegura una adecuada correspondencia funcional entre las políticas de desarrollo económico, el destino del presupuesto y la recaudación fiscal. Desde esta perspectiva, el Estado debe ser considerado a la vez como un actor económico y como agente constitutivo del espacio de la actividad económica, por medio del conjunto de políticas públicas puestas en marcha. El tipo de relación que se establece entre el Estado y la actividad económica está orientada políticamente, lo que no le impide tener una racionalidad propia, consistencia institucional y organizacional, ni ser un campo de inversión material.

La relación entre finanzas públicas y desarrollo depende naturalmente del destino del gasto público; pero también del lugar conferido a las finanzas privadas en la relación entre el Estado y los sectores productivos. Si el financiamiento privado no logra imponerse como intermediario obligado entre el Estado y la economía productiva, la limitante financiera se debilita a favor de una limitante social. De tal suerte que la política económica se encuentra más ligada a un acuerdo institucionalizado a través de las diversas mediaciones políticas instauradas al seno del propio Estado.

Ahora bien, la lógica política y la económica se comunican a través de la mediación de ciertas construcciones monetarias, jurídicas e ideológicas que en conjunto constituyen un espacio mixto situado entre el orden político y el económico, el cual, al integrarse en forma coherente, se convierte en el núcleo duro de un modo de regulación socialmente legitimado. El Estado puede entonces participar directamente del régimen de acumulación conforme a las modalidades por él mismo establecidas. En estas circunstancias, la estructura del gasto público depende de la orientación ideológica subyacente en quienes definen las políticas públicas.

En el caso de México, la relación del Estado con el sector petrolero ha ido abriendo mayores espacios al financiamiento privado, ya que los recursos económicos generados por nuestra industria petrolera han sido utilizados como substitutos de una reforma fiscal progresiva, es decir, que haga que pague más quien más tiene o gana. Las mayores beneficiadas han sido las grandes empresas que resultan gravadas en una proporción muy inferior al promedio que pagan entes similares al fisco en los países miembros de la OCDE. Ni que decir del capital especulativo. Para decirlo rápido, el régimen fiscal que padece Pemex es una especie de mecanismo indirecto de apropiación privada de la renta petrolera, por parte del gran capital. En este contexto y luego de meses de expectación, el 8 de abril de 2008, Felipe Calderón envió al Senado su iniciativa de reforma en materia energética. Las propuestas partían de un diagnóstico presentado unos días antes y en el que se delineaba una supuesta quiebra técnica y económica de Pemex.

A partir de ahí, la propuesta de Calderón planteaba la entrega del crecimiento futuro del sistema de refinación, ductos y terminales de almacenamiento y distribución, a manos privadas. Asimismo, en lo que constituía el resquicio para darle la vuelta al espíritu constitucional, el artículo 45 de la iniciativa presidencial de Ley Orgánica de Pemex pretendía otorgar, sin licitación pública, contratos que tuvieran el propósito de “desarrollar innovaciones tecnológicas”. Esto no significaba otra cosa que la posibilidad de disfrazar como contratos lo que serían en realidad alianzas estratégicas en aguas profundas.

Por otro lado, el artículo 46 de la misma iniciativa, señalaba que Pemex podría “celebrar contratos en los que se pacte una remuneración

fija o variable; determinada o determinable, con base en las obras y servicios especificados al momento de la contratación o que el desarrollo del proyecto exija con posterioridad”. Este artículo dejaba en claro que el gobierno buscaba darle un sustento legal a ciertas formas de contratos de riesgo pues son los únicos donde los ingresos no son conocidos ni estimados de antemano.

Esto cobra relevancia si consideramos que, en la actualidad, la ideología dominante, apuntalada por las grandes firmas consultoras, la banca internacional y ciertos medios universitarios que mezclan hábilmente teorías jurídicas y económicas; pretende imponer una visión de la economía y la sociedad basada, entre otras premisas fundamentales, en la pretensión de que la profundización de la lógica financiera permite un mejor reparto del riesgo y una mayor eficacia económica.

Finalmente y tras un arduo proceso legislativo en el cual la izquierda mexicana jugó un papel protagónico, el 28 de octubre se aprobó la reforma energética. Se trata de un paquete de 7 dictámenes aprobados que contiene reformas a diversas leyes y la creación de otras. Es conveniente señalar que, como resultado de la aprobación de las leyes en referencia, las propuestas del Ejecutivo Federal y del PRI que buscaban abrir mayores espacios a la iniciativa privada en el sector petrolero, quedaron eliminadas.

En este sentido, podemos afirmar que lo aprobado por el Congreso no viola la Constitución, no privatiza la industria petrolera nacional y sí, en cambio, refuerza el combate a la corrupción a través de la creación de los Comités de Auditoría y Transparencia y con la intervención, en cualquier momento, de la Auditoría Superior de la Federación.

A manera de conclusión, podemos señalar que, como pocas veces en la historia del país, el régimen fisco-financiero del sector petrolero será determinante no sólo para el régimen de acumulación general, sino también para marcar la pauta de la dimensión política de la regulación económica en el modelo de desarrollo. Dada la gran importancia que tiene como factor constitutivo de uno de los principales referenciales socioculturales, el sentido de los cambios en la arquitectura institucional del sector marcará en gran medida las transformaciones posibles en la naturaleza misma del Estado, en tanto que espacio fundamental de codificación de

las relaciones sociales. De ahí, que conseguir un acuerdo nacional que implique que esos cambios vayan en un sentido incluyente y con una sólida visión nacionalista y de Estado, sea uno de los grandes retos que como mexicanos de izquierda tenemos en los próximos años.

III. MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO SUSTENTABLE

POLÍTICAS MEDIOAMBIENTALES INTEGRALES EN MÉXICO. ¿EN DÓNDE ESTÁN LOS PARTIDOS DE CENTRO-IZQUIERDA Y HACIA DÓNDE DEBEN IR? *

Samuel I. Brugger Jakob

En 1992 se celebró en Río de Janeiro, Brasil, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (CNUMAD), en la que se aprobaron tres instrumentos: la Declaración de Río, el Programa 21 y los principios relativos a los bosques. En el presente ensayo tratamos de exponer las razones por las cuales consideramos que los partidos de centro-izquierda deberían retomar los compromisos adquiridos en las declaraciones para integrarlos en sus programas como asunto prioritario. Hemos observado que cada vez se legisla más a favor del medio ambiente, sin embargo, creemos que aún falta mucho para promover leyes y programas integrales entre distintos campos, específicamente, entre desarrollo y medio ambiente y desarrollo, equidad de género y pueblos indígenas.

Este trabajo consta de tres secciones. En la primera exponemos los principios de la Declaración de Río que consideramos es necesario volver a integrar en los programas de los partidos. En la segunda sección se presenta un breve análisis sobre dónde están los partidos de centro-izquierda de México en relación a los temas medioambientales. Queda claro que sólo podemos aportar una opinión general y que no podemos exponer a detalle la situación que cada municipio y cada estado gobernado por los partidos de centro-izquierda enfrentan en la actualidad. En la última sección reflexionaremos sobre el rumbo donde creemos que deberían ir los partidos, proponiendo lo que consideramos políticas medioambientales integrales.

En 1992 se celebró en la ciudad de Río de Janeiro la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo. En la conferencia se aprobaron tres instrumentos: la Declaración de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, el Programa 21 y la declaración de principios para un consenso mundial respecto a la ordenación, la conservación y el desarrollo sostenible de los bosques de todo tipo.

* Las opiniones expresadas en este trabajo son conclusiones derivadas del análisis con mis compañeros Nancy Dávila, Patricia Vásquez y Carlos Perzabal, por lo que consideré redactar el texto en plural.

El principio 1 subraya la convicción de los Estados de que los seres humanos son el elemento central del medio ambiente y del desarrollo y, por tanto, refleja un enfoque antropocéntrico que recoge el derecho humano fundamental que garantiza una vida digna. Todos los demás principios se desarrollan con el fin de aplicar este principio. De tal forma, en un país como México donde más del 50% de la población viven en condiciones de marginación queda claro que la Declaración de Río aún no ha tenido éxito. El derecho al desarrollo se entiende como una síntesis de los derechos humanos existentes, tales como el derecho a un nivel de vida adecuado, al más alto nivel de salud posible, a la educación, a la vivienda, al trabajo, y a la alimentación. De esta forma, el derecho a un medio ambiente saludable y sustentable implica en la Declaración de Río políticas para combatir la pobreza. Una política de desarrollo que no incluya las dimensiones humana, social y cultural sólo perjudicará el medio ambiente.

El principio 10 incluye la participación de la ciudadanía en la protección del medioambiente, por lo que cada ciudadano debe recibir información adecuada y oportunidad de participación. Tanto la Declaración de Río como el Programa 21 remarcan la importancia de la participación de todos los grupos y hacen hincapié en incluir a las poblaciones indígenas, mujeres y otros grupos desfavorecidos sobre todo en el ámbito político.

Haciendo una breve revisión sobre las iniciativas que más sobresalen, según el boletín semanal de Impacto Legislativo durante 2008 y lo que ha transcurrido de 2009, aparecen 18 iniciativas medioambientales. Aunque si bien, aún no compiten en cantidad con las de otros segmentos como pueden ser: “Políticos, Institucionales y Administración Pública”, “Económicas y Financieras” o “Justicia y Seguridad Pública”, tampoco se trata de una cantidad despreciable. De estas 18 iniciativas ocho fueron propuestas por los partidos de centro-izquierda, es decir, prácticamente la mitad. Sin embargo, ninguna de las iniciativas se puede considerar que haya sido pensada de modo integral o transversal.

A nivel estatal y municipal la impresión que tenemos es similar. Se redactan diversas leyes medioambientales y se fomentan programas “verdes” pero que no están relacionados de forma horizontal con el resto de las políticas. Pensamos que leyes o reglamentos focalizados en una demanda específica, como el programa de separación de basura que

impulsa el GDF, para funcionar necesitan articular una visión global que fomente entre otras cosas una cultura, así como una formación y capacitación para cada uno de los programas. Ejemplos donde exista una política integral medioambiental son pocos. Uno de ellos es Coacalco de Berriozábal (EdoMex), considerado uno de los municipios más ecológicos y uno de los diez mejores lugares para vivir en México, según un estudio del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). En este municipio se fomentó una política integral que incluyó: ahorro de energía, campaña de educación ambiental, recolección de residuos y tratamiento de agua. Si bien cada municipio y cada estado tiene sus propias características y demandas, no es posible simplemente adoptar programas, pero sí creemos que se debe considerar como un ejemplo de política medioambiental integral.

Aunque como ya lo hemos mencionado, han habido mejoras sustanciales tanto en la formulación de leyes ambientales, así como en los programas gubernamentales, creemos que falta una visión más integral de las políticas medioambientales con otras políticas. Nos enfocamos a tres principios de la CNUMAD que consideramos centrales para que los partidos de centro-izquierda incluyan en sus programas en todos los niveles de gobierno en las próximas legislaturas:

A) Principio 4: “A fin de alcanzar el desarrollo sostenible, la protección del medio ambiente deberá constituir parte integrante del proceso de desarrollo y no podrá considerarse en forma aislada.” En nuestra opinión es el punto más relevante de la CNUMAD, ya que resalta la importancia de la integración, la interrelación y la interdependencia del medio ambiente y el desarrollo del país. Los componentes ambientales, sociales y económicos se deben legislar de manera integrada para conseguir un desarrollo sostenible. De tal manera habría que considerar al medioambiente como un eje transversal en los programas sociales y de desarrollo económico, así como en la legislación.

B) Principio 20: “Las mujeres desempeñan un papel fundamental en la ordenación del medio ambiente y en el desarrollo. Es, por tanto, imprescindible contar con su plena participación para lograr el desarrollo sostenible.” Los programas sociales a favor de la equidad de género deberían incluir programas de capacitación para la protección del medio ambiente y promover trabajos orientados en esta dirección. De esta manera,

se lograría por un lado reducir cada vez más la desigualdad y al mismo tiempo se promovería la educación ambiental dentro y desde los hogares.

c) Principio 22: “Las poblaciones indígenas y sus comunidades, así como otras comunidades locales, desempeñan un papel fundamental en la ordenación del medio ambiente y en el desarrollo debido a sus conocimientos y prácticas tradicionales. Los Estados deberían reconocer y apoyar debidamente su identidad, cultura e intereses y hacer posible su participación efectiva en el logro del desarrollo sostenible.” A nuestro parecer no sólo se deben fomentar programas y leyes que protejan las culturas de las poblaciones indígenas, sino que éstas se deberían promover por la relación directa que guardan con los recursos naturales y que han integrado diversos aspectos de la sostenibilidad.

Siendo más concretos con el principio 20 y 22 creemos que la idea que surgió en Poznan, Polonia, de pagar a las comunidades marginadas para que se vuelvan guardianes de la tierra y de los bosques sería una iniciativa de hacia dónde deberían ir las políticas sociales y de desarrollo económico de los programas de los partidos de centro-izquierda de forma integral. De esta manera, el medio ambiente estaría implícito en las políticas de manera transversal y se fomentaría la creación de una cultura de sustentabilidad no sólo para las generaciones actuales, sino también para las futuras.

LA GENERACIÓN DEL CAMBIO CLIMÁTICO: PERSPECTIVAS JUVENILES FRENTE A ESTE RETO GLOBAL

Marioliva González Landa

Hace 30 años que la preocupación internacional acerca del cambio climático se tradujo en la primera conferencia internacional realizada en Ginebra en 1979 por la Organización Meteorológica Mundial (OMM). Desde entonces, innumerables conferencias locales, regionales e internacionales se han llevado a cabo. Es decir, nuestra generación ha crecido con el tema del cambio climático como un referente cultural, social y científico. Esta nueva generación de jóvenes es la más representativa a nivel mundial en términos de población. Y si bien constituimos un motor de cambio, la verdad es que el bono poblacional que representamos dentro de unos años será solamente un referente histórico desaprovechado.

A nivel mundial, aunque somos la generación más preparada, enfrentamos los índices históricos de desempleo más alto, los mayores índices de pobreza y a nivel latinoamericano un alto índice de violencia. Esta falta de oportunidades se agrava por la crisis internacional y los efectos sociales y económicos del cambio climático. La mayor cantidad de población juvenil se encuentra en los países menos industrializados, es por esto que la mayoría de los jóvenes a nivel global sufren las consecuencias de las políticas económicas y políticas del mundo y de sus propios países. Esto es particularmente importante para tomarlo en cuenta debido a que los países en desarrollo deberán crear mecanismos de adaptación y aprovechar los diferentes mecanismos de mitigación contra el cambio climático, incluyendo a su población joven.

De acuerdo a las proyecciones del Banco Mundial (BM), la mayoría de las regiones han alcanzado ya el pico máximo de población joven; solamente el Sur de Asia (que lo alcanzará en 2030) y África Subsahariana (que lo alcanzará en 2050) continúan incrementando su población joven. Ello es fundamental, ya que indica que para el resto de las regiones el bono poblacional puede convertirse rápidamente en un pagaré incobrable si no se toman las políticas públicas adecuadas para potenciar el motor de cambio que la juventud representa. El tiempo apremia.

Y es que si bien ya desde 1968 se hablaba desde el Club de Roma de los límites del crecimiento y el medio ambiente, la juventud aún no obtenía un papel relevante en los foros internacionales. Poco después, en 1972 en la Conferencia de Estocolmo, y en el Informe Brundtland “Nuestro Futuro Común” en 1987, se enfatiza la necesidad de tomar en cuenta a las generaciones futuras, de la relación existente entre consumo y pobreza, así como los riesgos de seguir desgastando al planeta, todo bajo el concepto del desarrollo sustentable. Sin embargo, es hasta la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro 1992, 24 años después de iniciada la discusión, que los jóvenes son tomados en cuenta de manera explícita. Así lo muestra el documento derivado: La Agenda o Programa 21 que habla del consumo, la vulnerabilidad de los ecosistemas y la necesidad de la participación de la sociedad civil, haciendo énfasis en los Jóvenes y Niños en su capítulo 25.

Posteriormente, en 1995 se firma en la ONU el programa de Acción Mundial para los Jóvenes, con 10 esferas de acción que iban desde la educación, salud, hambre, delincuencia juvenil y equidad de género, hasta pretender estrechar el diálogo intergeneracional entre los jóvenes y la sociedad adulta, para integrarlos más a los procesos de participación en todos los niveles, desde el local hasta el internacional. Este diálogo intergeneracional buscaba la cohesión social mediante la apertura y ruptura de viejos paradigmas, sin embargo, 14 años después, el cambio no ha sido completamente efectivo en la inclusión social de los jóvenes, mientras tanto, el potencial juvenil en términos de innovación y desarrollo se ha ido perdiendo.

Esto es particularmente alarmante, ya que aunque hay interés de los distintos grupos de jóvenes en asegurar un futuro más sustentable para ellos mismos, los gobiernos de los países menos industrializados no han explotado este potencial al no visualizar claramente la relación de la población juvenil con el tema del medio ambiente. Juventud y medio ambiente son dos grandes temas que confluyen y que provocan sinergias importantes. Es fundamental que los jóvenes incidan en el mayor reto para el planeta, el cambio climático.

Hoy en día, el grueso de los jóvenes en la región latinoamericana se interesa en el tema del medio ambiente, y la participación juvenil es diferente que hace treinta o cuarenta años. Las *ciberacciones*, por ejemplo, hacen que

la participación también sea más individualizada, principalmente por medio de Internet a lo que se refiere a la juventud urbana. Por ejemplo, en México, la Encuesta Nacional de la Juventud muestra que alrededor del 80% de los jóvenes se interesa en participar en temas de medio ambiente, aunque no necesariamente se involucren activamente dentro de las organizaciones juveniles.

En este sentido, la participación juvenil en temas de medio ambiente es incipiente y aún no se ha consolidado. La mayoría de los jóvenes visualiza su participación en temas ambientales como una manera de alejarse de actividades políticas, ya que los políticos les merecen opiniones negativas (84% de los jóvenes mexicanos no se interesa o se interesa poco por la política)¹. Ello abre una ventana para una incidencia ciudadanizada, lo que debiera promover la participación de la sociedad civil en el tema ambiental, como de hecho comienza a ocurrir. Pero en el caso de los jóvenes, las organizaciones juveniles no se constituyen formalmente o tienen un periodo de vida corto (3 años), lo que limita el impacto que la juventud como sector, tiene en las políticas públicas enfocadas al medio ambiente.

A nivel internacional, los espacios de negociación de los jóvenes en las conferencias internacionales son limitados e informales, por lo que son fácilmente destituidos. Es necesario incrementar la presencia juvenil en estos foros de discusión. Los jóvenes de los países desarrollados dieron ya el primer paso, ya se cuenta con delegados juveniles, pero es necesario empoderarlos, lo que no sólo fortalecerá su posición, sino que abrirá la puerta a una mayor representación en el futuro. Lamentablemente, la participación juvenil a nivel internacional es menor cuando viene de países menos industrializados en comparación con las delegaciones juveniles de países ricos. Por dar un ejemplo, en la Conferencia sobre Cambio Climático de Naciones Unidas (COP 14) en Poznan, Polonia, de 500 jóvenes participantes, había solamente 3 latinoamericanos. Si bien la cifra es alarmante por sí misma, además hay que hacer notar que ninguno de ellos vivía en años recientes en su país de origen, radicando actualmente en Estados Unidos o Europa, por lo que además, obedecían a agendas de organizaciones internacionales que no respondían a intereses latinoamericanos.

1 Instituto Mexicano de la Juventud, *Encuesta Nacional de Juventud 2005*.

Esto se debe a distintos factores, especialmente a la falta de recursos e interés político para enviar delegaciones que incluyan a jóvenes representando a jóvenes. Y es que si bien estos mecanismos de inclusión son perfectibles, son espacios importantes ganados por la participación juvenil organizada. Es necesario continuar trabajando para animar a los gobiernos de países menos industrializados a incluir y a apoyar a jóvenes en las negociaciones internacionales.

Como conclusión, me gustaría puntualizar en la necesidad de incluir a jóvenes dentro de las estrategias de mitigación, adaptación y educación acerca de los inminentes efectos del cambio climático, que no serán reversibles y nos afectarán directamente en el futuro cercano, que los gobiernos deberán incluir a jóvenes en el desarrollo de estas políticas y todas las relacionadas con el desarrollo y combate a la pobreza de manera integral, y además se deberán de crear fondos y canales para fomentar a la participación juvenil y a la creación de más organizaciones juveniles que además enriquezcan la vida democrática de este país.

En la medida que esto suceda, México podrá aprovechar lo poco que queda de su bono poblacional, y acceder a un desarrollo sustentable para su sociedad y una mejor calidad de vida para sus habitantes. Finalmente, me gustaría agradecer a la Fundación Friedrich Ebert (FES) su apoyo a la constitución de liderazgos juveniles progresistas, en los que he sido partícipe y beneficiaria en varias ocasiones, y que además me ha brindado las herramientas necesarias para desarrollarme en distintos ámbitos. Muchas felicidades a la Fundación en estos primeros 40 años de actividades en México.

CIUDADES PARA CAMINAR

Laura Janĳa Zires

El éxito de las ciudades como espacios habitables, amables y lugares que invitan para vivirse y recorrerse depende en gran medida de la calidad de sus espacios públicos y las condiciones que éstos doten a sus habitantes para caminar tanto por movilidad como por el puro hecho de caminar. Construir ciudades pensadas en las personas que las caminan debe ser prioridad en la agenda de toda ciudad si la misión es ofrecer oportunidades de vida equitativas. En este sentido, la calidad de sus calles debe ser inherente a opciones democráticas y saludables de movilidad y sociabilidad. En una sociedad como la nuestra, donde la mayoría de la población caminamos, es de suma importancia revertir el concepto del que la camina como sujeto de clase inferior hacia una visión positiva y pro-activa del mismo. Para esto se deben de crear las políticas y prácticas necesarias que apoyen la construcción de ciudades más incluyentes con tendencias de transformación hacia una sociedad más accesible y activa.

Hoy en día el caminar se ha vuelto una actividad casi imposible de realizar en la mayoría de las ciudades mexicanas, que como muchas, han vivido un desarrollo descontrolado y rápido, generando ambientes hostiles e inalcanzables para sus caminantes. Frente a la desmedida expansión urbana, las opciones de movilidad y de acceso a las actividades cotidianas han promovido el “crecimiento” de una sociedad orientada al automóvil frente al transporte público de calidad y opciones de movilidad no motorizada (caminar o ir a pié); el abandono de los espacios públicos como ambientes activos y de integración social y proliferación de espacios privatizados y excluyentes, han creado ciudades a las que sólo se puede acceder y alcanzar en coche y ambientes inseguros, aburridos e inhóspitos para los que nos gusta pasear y recorrerlos a pié. Las personas que caminamos por necesidad o por placer, la gran mayoría de la población, hemos sido relegados en la manera en que se ha planeado el desarrollo urbano y permitido el crecimiento incontrolado de la ciudad.

El impacto de este patrón de desarrollo tiene dos vertientes en el caminar; caminar como medio de transporte y caminar por el placer de caminar y recorrer la ciudad. Caminar como medio de transporte, en la mayoría de

los casos por necesidad, se ha convertido en una tarea de suicidas: Tan sólo en la Ciudad de México se mueren 3.6 peatones al día según la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal. La dinámica de movilidad de las ciudades mexicanas ha favorecido la velocidad y las necesidades de los automovilistas frente a las necesidades básicas de los que caminan. El “ordenamiento” que nos reparte y segrega como población, genera infraestructuras que no sólo amplían el espacio vehicular sobre el peatonal (más carriles, menos banquetas; menos altos, más puentes peatonales), sin que resuelvan de manera efectiva el problema de movilidad y accesibilidad para nadie. Las calles siguen sufriendo un creciente congestionamiento, y con éste, el número de accidentes por viajero. Las opciones de movilidad para los que caminan y se mueven en transporte público son cada vez más limitadas e ineficientes. Los trayectos, cada vez más largos y tardados, amplían las posibilidades de encuentro entre los vehículos y los que caminan, momento en el cual el peatón tiene que luchar la mayoría de las veces por su derecho a cruzar la calle o tan sólo caminar de manera continua y efectiva. *“Hablando de los peatones, en un sólo día me iba a arrollar 2 veces una moto y una bicicleta, ¿porqué pasas entre la banqueta y el microbús o pesero? ¿Por qué se meten entre los coches sin respetar a los propios automovilistas y peatones? Nadie se fija en ellos y son realmente un peligro, a mí me alcanzó a empujar una moto al subirme al pesero. ¿Cómo es posible? ¿Qué hacen pasando por allí? Son un peligro.”* Diana Fuentes, *Ciudadanos en Red*, 2009-02-06.

La falta de conciencia cívica y de prioridad peatonal en la planeación de opciones de movilidad, hace que en ciudades como la Ciudad de México, donde sólo el 30% de la población tiene automóvil y ocupando 20 veces más del espacio público para movilizarse que el peatón (30m² y 1.5 m² respectivamente), las condiciones en términos de gasto y tiempo porcentual por tipo de viaje sean completamente inequitativas para el 70% restante. En términos económicos, se estima que los viajeros en transporte público, que reciben entre 1 y 3 salarios mínimos, gastan 13-25.4% de su salario en tarifas de transporte; sustancialmente mucho más en proporción que los que ganan a partir de 4 salarios mínimos, que gastan menos del 10% del su sueldo. Así mismo, con dos viajes al día (los mínimos para desplazarnos al trabajo) nos basta para que nuestras 24 horas del día se vean acortadas en un 10%-15% por el tiempo que dedicamos en trasladarnos. Las obsoletas e ineficientes opciones de movilidad para los peatones se formalizan en todas las escalas y en soluciones temporales,

donde más de la mitad de los 632 puentes peatonales en la Ciudad de México, por dar un ejemplo, ubicados en vialidades de intenso tráfico vehicular, no son utilizados: “subir para bajar” en condiciones de inseguridad delictiva, de poca efectividad y conectividad entre espacios, y su pésima calidad arquitectónica, obliga al peatón a condicionar sus trayectos y arriesgar su vida en favor de los automóviles ¹.

Por otro lado, las condiciones para caminar por placer en un ambiente seguro, agradable y de calidad urbana, pintan un panorama igual de pesimista: Según una encuesta de percepción e inseguridad delictiva de los espacios urbanos, el 73% de los encuestados opinan que la calle es el lugar más inseguro ². Fuera de espacios abiertos privatizados, de centros comerciales, o de algunas zonas históricas que aún conservan el carácter original, caminar se ha convertido en un terrible esfuerzo: no hay continuidad, la calidad ambiental, física y social es muy baja y no existe posibilidad de interacción sana (a menos que sea impuesta por una congestión de comerciantes y vehículos en las calles). Las calles han dejado de ser pensadas como espacios públicos: espacios dinámicos, de interacción, de intercambio; espacios donde los que caminan pueden caminar, deambular, y pasear de manera segura y entretenida. Las cada vez más limitadas dimensiones y condiciones de los espacios peatonales indican la pérdida de cualidades sociales de la calle. Caminar en espacios remanentes donde la constante son rampas de acceso para vehículos, casetas telefónicas, postes de luz, vegetación que no está pensada para el disfrute ni protección de los que caminan si no para el impedir que se instalen puestos informales comerciales está muy lejos de ser una actividad social. Las banquetas (si es que pueden ser consideradas como espacios peatonales o públicos en donde sí existen) han dejado de jugar un papel integral dentro de la planeación de espacios públicos, ni del desarrollo urbano.

Los programas de recuperación de espacios públicos aún no consideran la calle como el elemento básico y medular dentro de la construcción de ambiente urbanos saludables: son espacios anónimos, de nadie, o de las

1 “Más de la mitad de los puentes peatonales del DF no son utilizados, asegura experto Bernardo Baranda”, en Capital, *La Jornada*, martes 10 de abril de 2007.

2 Encuesta de Inseguridad realizada en el 2006 por el Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad.

autoridades encargadas de las obras de infraestructura de las vialidades en el mejor de los escenarios, que no representan ningún valor en la imagen social y política de los tomadores de decisión. La ausencia de una política orientada a priorizar la planeación de la ciudad para los que caminamos nos obliga a enfrentar este deterioro a partir de nuevas estrategias, que paso a paso construyan y consoliden espacios activos, seguros y equitativos, destinados para los que las habitamos y recorreremos a pié. Paso a paso: Frente a la complejidad de subsanar vicios y patrones de “desarrollo” sociales, económicos y medio ambientales, las acciones deben de estar dirigidas a estrategias puntuales que a una escala micro permitan identificar cambios y catalizar transformaciones para así en un nivel más amplio y teórico, replantear y reorientar el crecimiento de las ciudades hacia ciudades más compactas que generen una estructura de ciudad más accesible para todos. Esto implica un reto inicial que genere la conciencia necesaria donde a partir de la identificación de las necesidades y beneficios que promueven políticas urbanas orientadas para los que caminan la ciudad exista una priorización de derechos de ocupación y de activación de los espacios públicos, siendo la calle el espacio de encuentro de todos los que la habitamos.

De manera paralela y manteniendo la perspectiva urbana, se requiere de acciones prácticas que a corto plazo permitan a los que recorren la ciudad caminar de tal modo que no se sientan intimidados por ambientes inseguros y poco atractivos. Sustituir los puentes peatonales por estrategias de reducción de velocidad vehicular, diseñar las calles como espacios públicos, donde dotemos de banquetas amplias, con bancas y vegetación, donde la iluminación genere un sentimiento de seguridad; rampas para que todos los que necesiten de mayor accesibilidad puedan desplazarse y donde no nos enfrentemos constantemente a coches o postes de luz invadiendo nuestro *ambiente del caminar*, donde podamos estar y recorrer la ciudad, son ejemplos de estrategias puntuales, económicas y de gran impacto que permitirán poco a poco acercarnos a metas que orientarán el desarrollo urbano, de inicio a nivel local, hacia la construcción de una ciudad más sana, activa, joven y equitativa: *“Si podemos desarrollar y diseñar las calles de tal modo que sean espacios maravillosos para estar -espacios de integración comunitaria, atractivos para todas las personas- tendremos entonces alrededor de un tercio de la ciudad diseñada exitosamente, lo cual, a su vez, tendrá de manera directa un inmenso impacto en el resto”*. Allan Jacobs

UNA VISIÓN DE IZQUIERDA PARA EL DESARROLLO SUSTENTABLE

Octavio Klimek Alcaraz

La actual crisis global, tanto económica como ambiental, representa en los hechos el fracaso del mercado, el fracaso de aquellos que piensan que un mercado puede autoregularse y autocorregirse, y sobre todo cuestiona el dogma de que las altas tasas de crecimiento económico son necesariamente un buen indicador del desarrollo humano, y que el deterioro ambiental puede ser mitigado fácilmente.

Hoy se acepta y se escucha a los dueños de la riqueza -muchos de ellos reconocidos públicamente como criminales de cuello blanco, y en general aquellos que dirigen nuestras economías- promover, ante la incapacidad del mercado para corregir los desequilibrios económicos provocados y exigir como conversos arrepentidos, la intervención del Estado con rescates multimillonarios mediante recursos públicos o aumentando el gasto público principalmente en infraestructura a costa del ambiente para enfrentar la crisis. Parece quedar en el olvido, a estos dueños del dinero, que mientras existieron los grandes beneficios económicos para ellos, exigir mayor intervención del Estado, como generar mayores regulaciones económicas o ambientales, era algo casi diabólico, etiquetado y se corría el riesgo de ser excomulgado mediáticamente como de pensamiento totalitario, comunista, socialista o mínimo populista.

Es trágico constatar que seguimos privatizando ganancias y sociabilizando las pérdidas, y siguen al timón ante el tsunami quienes fracasaron y fueron reprobados en esta crisis económica. Al día de hoy, las olas de bancarrotas de desempleo en Europa y, especialmente, los Estados Unidos de Norteamérica, se convirtieron en este tsunami para países como México. En México, el proyecto económico de quienes han gobernado al país en las últimas tres décadas ha sido similar, y se basa en el dogma del libre mercado, medio matizado con el rollo de un mercado libre socialmente responsable. Simple demostración es que el mismo equipo de derecha, creyente de la globalización del libre mercado sigue dirigiendo desde esas épocas las áreas sustantivas del Estado mexicano. Como consecuencia de lo anterior, el tema de estos grupos dominantes de la derecha

sobre una nueva política ambiental para transitar hacia el desarrollo sustentable, es: “sigamos como hasta ahora, sin ofrecer ninguna perspectiva”, el modelo de desarrollo es adecuado.

Esto ante el posible escenario en el 2009 de una izquierda parlamentaria disminuida y probablemente testimonial de las negociaciones y acuerdos entre los otros dos grandes partidos políticos, el PRI y el PAN. Cuando es precisamente la izquierda en su más amplio significado, quien más ha criticado las políticas gubernamentales de libre mercado durante décadas en este país. Sin embargo, ante la división de la izquierda por múltiples errores tácticos y estratégicos probablemente será castigada electoralmente por la ciudadanía en las elecciones por venir.

Pero más allá de que la izquierda del país debe cuestionar el actual modelo de libre mercado imperante, debe repensar qué nuevo modelo de desarrollo debe promover. La izquierda en México debe señalar que la sociedad ya no puede seguir actuando en un modelo de desarrollo que actúa como si los ecosistemas fueran ilimitados. Es decir, se tiene que promover una economía ecológica, que debe tener en cuenta los límites biofísicos de nuestro planeta, para que éste pueda seguir funcionando para las futuras generaciones de la humanidad.

Hoy en día, el sistema global del planeta está enfermo. Buena parte de nuestros ecosistemas están en crisis, muchos de ellos, de plano se han colapsado. Los distintos escenarios de diversos modelos coinciden en que las amenazas a la vida humana seguirán creciendo en los próximos años. De hecho debe eliminarse esa idea de que el crecimiento económico es la solución a nuestros males económicos y ambientales. Hoy sabemos que consumimos más recursos que los que el planeta produce, existen estimados como es el caso de la llamada huella ecológica de que consumimos un 25 por ciento más de recursos, que lo que el planeta produce. Ya estamos desfalcados en términos del capital natural y desde hace un buen rato ya no vivimos de sus intereses.

El cambio climático es identificado por los científicos relacionados con temas ambientales como el principal problema ambiental del siglo XXI. Es un hecho que la adición como humanidad a los combustibles fósiles está perturbando el clima de la tierra. Para la gente de izquierda debe quedar claro que esta crisis económica global es coyuntural y la del

cambio climático es estructural. Es decir, la crisis económica está aquí temporalmente y en un plazo de tiempo breve habrá sido resuelta, mientras que el cambio climático estará por siempre y habrá que afrontarlo. Por ello no debe existir dilema entre el cambio climático y la economía, aunque algunos gobiernos y sus gobernantes lo lleguen a observar así.

La posibilidad de una catástrofe ecológica, que tiene un riesgo claro en el cambio climático, puede provocar una disminución de los niveles de desarrollo de todos los habitantes del planeta, tanto pobres como ricos. En consecuencia, para la izquierda del país debe ser tarea fundamental plantear la necesidad de imprimirle al desarrollo nacional el carácter de sustentable y considerar las políticas ambientales como un componente fundamental de las estrategias del desarrollo nacional. Se debe asumir como prioridad para los objetivos de igualdad, equidad y bienestar social y económico, la necesidad de promover un desarrollo sustentable, que aproveche en forma racional y sostenible los recursos naturales y preserve el medio ambiente, tomando en cuenta no sólo el interés de la actual generación, sino el de las futuras generaciones.

Estamos entonces hablando de lograr un modelo de desarrollo sustentable, con un tipo de crecimiento que nos permita vivir sin rebasar la capacidad de carga del planeta y que permita reducir la pobreza. Esta capacidad de carga abarca tanto la disponibilidad de recursos naturales como los límites de absorción de los desechos y la contaminación. Pero si se habla de reducir la pobreza, esto implica aumentar el consumo. En consecuencia, tenemos un problema que resolver si queremos reducir el uso de recursos naturales y emitir menos desechos. Desde el punto de vista de izquierda habría entonces que disminuir el consumo superfluo. Es decir, quienes consumen de más en energía, materiales, alimentos, agua, en general deben disminuir su consumo, para que se redistribuyan estos recursos entre quienes tienen menos.

En especial, es necesario que se emprendan estrategias y líneas de acción desde la izquierda para lograr la conservación de los recursos naturales y su uso sostenible, teniendo como propósito central, buscar el tránsito hacia un desarrollo sustentable que se deberá entender como la vía para integrar una sociedad más justa y en relación armónica con la naturaleza, en la cual los límites de crecimiento se establecen de acuerdo

a los potenciales ecológicos de producción de una región, a su vocación ecológica y a las mejoras y recuperación que se hagan en los ecosistemas, manteniendo o incrementando las reservas de recursos naturales renovables, y que promueva la sustitución de recursos naturales no renovables por renovables, estableciendo también el derecho fundamental para los seres humanos de mejorar su calidad de vida.

En mi opinión es tarea primordial de la izquierda mexicana, en especial en el Congreso de la Unión, y en donde es gobierno, lograr plantear las políticas, planes y programas para transitar a ese nuevo modelo de desarrollo sustentable ante el fracaso de la economía de libre mercado.

LAS OPORTUNIDADES DEL CAMBIO CLIMÁTICO: INVERTIR EN LA REDUCCIÓN DEL RIESGO DE LOS DESASTRES NATURALES

Liliana López Ortiz

La respuesta de la sociedad ante los desafíos que representa el cambio climático no ha sido contundente, sino más bien tímida. Los problemas que derivan de esta crisis, según la información científica, sugieren una especie de guerra sin cuartel y los recursos para contrarrestarlos son limitados. Entender mejor este desafío a través de las oportunidades que trae consigo es una forma de actuar.

La información científica dada a conocer por el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático en su informe relativo a su cuarta evaluación puso de manifiesto la necesidad de asumir la responsabilidad humana de la variabilidad del clima y sus consecuencias directas e inminentes, entre las cuales se encuentra el aumento en la incidencia de los desastres naturales, que dicho sea de paso, también supuso para asombro de muchos que éstos de naturales ya tienen muy poco.

Más allá de la información científica con la que suele advertirse sobre los efectos del cambio climático, como el deshielo de los glaciares, la verdad es que en tiempos recientes la gente común y corriente ha entendido que una manera de medir los efectos del tan mencionado y real cambio climático es mediante el número de inundaciones, deslaves, heladas, sequías y otras formas no menos agresivas de atentar contra su entorno inmediato que a menudo incluye su patrimonio y por desgracia a su familia.

El cambio climático ofrece la oportunidad para la sociedad en su conjunto de reducir los riesgos de los desastres. La fórmula para lograrlo no es mágica ni tampoco sencilla, pero existe y por cierto no es nueva; hablamos de la prevención. Si hacemos un recorrido a través de las catástrofes que han sucedido en nuestro país desde el terremoto de 1985 hasta las inundaciones de Chiapas y Tabasco en 2007, podemos constatar que la inversión sistemática en este rubro tiene los mejores rendimientos. Si echamos un vistazo a experiencias en otras latitudes como el paso de los huracanes Gustave o Ike en el Caribe durante el verano pasado, confirmaremos lo mismo.

Los efectos del cambio climático, en particular los desastres, no conocen de fronteras; por ello la reducción del riesgo de los desastres es un asunto compartido entre los miembros de la comunidad en todos los niveles. Se requiere un sólido compromiso político del Estado a través de las autoridades de gobierno para respaldar y emprender la adopción de políticas públicas, legislativas y de índole práctica que salvaguarden la seguridad e integridad de las comunidades y con ello fortalecer su resiliencia o capacidad para evitar o disminuir el número de pérdidas en vidas y bienes materiales.

El reto para el Estado es una permanente apuesta en la prevención. Fortalecer el marco jurídico para hacer cada vez más transparentes los procesos de planeación y rendición de cuentas; elaborar mapas de riesgo; integrar este enfoque en la construcción de infraestructura crítica como puentes, diques, hospitales, escuelas o en la planificación del uso del suelo y de los asentamientos humanos, son apenas algunos aspectos que requieren atención continua y prioritaria, no importa si se trata de una mega ciudad como el Distrito Federal o un municipio tan lejano como Tapachula en Chiapas.

La reducción del riesgo de desastres tiene su lado humano, no todo es tan técnico como parece. En la adopción de políticas, el Estado está llamado a integrar un enfoque que incluya el respeto de los derechos humanos y libertades fundamentales, como por ejemplo, garantizar el abasto de alimentos y servicios de salud o la infraestructura escolar ante la inminencia de un desastre. Es menester incluir también una perspectiva de género y diversidad cultural que reconozca la vulnerabilidad a la que se exponen mujeres y niños, así como sus necesidades específicas y los usos y costumbres de las comunidades. Educar en la reducción del riesgo de desastres en todos los niveles de la educación constituye un incentivo para construir comunidades resilientes.

Las políticas para la reducción de los niveles de pobreza deberían incluir este enfoque, puesto que la vulnerabilidad a la que se exponen quienes viven en estas condiciones son los que con mayor frecuencia se ven afectados por los riesgos intrínsecos de los desastres.

Pero no es suficiente el compromiso del Estado para afrontar este desafío, es indispensable que cada miembro de la sociedad, en lo

individual y de manera organizada, genere los espacios de participación para incidir en la conformación de estas políticas públicas, en la evaluación de su aplicación y en la exigencia que les asiste en caso de la falta o indebida aplicación.

Un asunto a menudo olvidado relacionado con la prevención es la movilización de recursos. El establecimiento de fondos obedece comúnmente a la atención de situaciones de emergencias, lo que es importante. No obstante, tenemos que transitar, en términos financieros, de la contingencia a la prevención y generar recursos financieros predecibles, flexibles y coherentes para reducir los riesgos de los desastres en etapa temprana, en definitiva para adaptarnos al cambio climático.

Como en muchos casos, tuvieron que pasar años y desastres que cobraron miles de víctimas para alcanzar los consensos necesarios que lograron hacer que la apuesta por la resiliencia de las comunidades sea en la actualidad un asunto de la agenda global. En México hay un largo camino por andar, sin embargo, en el tramo que hemos recorrido se ha consolidado nuestra cultura de la prevención, a la que debemos reconocer el mérito de haberse construido con el trabajo coordinado entre el Estado y la sociedad.

Al cambio climático se unen otras crisis, la energética, la alimentaria y, por si no fuera suficiente, la financiera. En estos tiempos como en otros, invertir en la prevención es el mejor negocio con rendimientos de corto y largo plazo, si no lo creen, pregunten.

DEMOCRACIA AMBIENTAL: UNA VISIÓN DE IZQUIERDA

Adriana Puente Montes

El tema de la conservación del medio ambiente hoy en día está en boca de todos. Es bandera de artistas y políticos, las empresas buscan una imagen más “verde” y los medios dedican mucho más espacio a notas relacionadas a este tema del que dedicaban tres años atrás.

Mucho se habla del medio ambiente, del cambio climático, de la contaminación y escasez del agua, de la basura que generamos y en el mejor de los casos acumulamos en vertederos o rellenos sanitarios, de la deforestación y desertificación, pero pocas son las acciones contundentes que se salvan de una burocracia corrupta y así excelentes ideas y proyectos se derrumban en los hechos.

Décadas de uso irracional de los recursos naturales, contaminación del medio ambiente, transformación irrestricta de tierras junto con su posterior abandono, entre otras actividades, nos han llevado a la destrucción de nuestro entorno, provocando la degradación de recursos indispensables para nuestra supervivencia. México ha perdido cerca del 90% de sus selvas y aproximadamente el 80% del territorio nacional sufre algún grado de erosión.

La huella ecológica que tenemos como país es tan severa que para mantener el estilo de vida del mexicano promedio, necesitaríamos 1.36 planetas, siendo así que la organización Global Footprint Network calculó un déficit ecológico de 1.7 en México durante el año 2008, el más grande de América Latina. Esto significa que nuestros recursos naturales no pueden soportar el uso no sustentable que se hace de ellos, pudiendo llevarnos a la pérdida de los mismos, colapsos de los ecosistemas, deuda, pobreza, hambruna y enfermedades.

Por otro lado, los desastres naturales que se viven en la república, tales como inundaciones, sequías, olas de calor y frío afectan la salud de las y los mexicanos, deterioran la economía y en algunos casos lamentables también cobran vidas. Estos fenómenos denuncian un cambio climático que reclama acciones urgentes desde el nivel político hasta el individual.

El cambio climático modificará, sin duda, las estructuras sociales. Son graves las crisis que se están derivando del deterioro del medio ambiente: la crisis energética, la crisis alimentaria y la crisis de acceso al agua son problemas que se vislumbran en un futuro demasiado cercano. Ya no estamos hablando de cuidar el planeta para las futuras generaciones, aquellas a las que no conoceremos, sino para nosotros mismos y nuestros hijos que hoy son niños y adolescentes. Este problema debe atenderse y resolverse de manera contundente e inmediata, no sólo con un marco jurídico adecuado sin contradicciones entre artículos, sino con una verdadera ejecución de la ley y sobre toda con una redistribución justa de la riqueza no sólo monetaria, sino también de recursos naturales.

La izquierda mexicana, en su visión democrática y de promoción de igualdad de derechos y oportunidades, debe reconocer y garantizar, para todas y todos, el derecho humano a un medio ambiente sano presente en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en la Declaración de Bizcaia y otros documentos de carácter internacional.

Reconociendo este derecho, se debe entonces garantizar, como se garantiza la educación y la salud, el desarrollo individual en un medio ambiente sano con acceso a recursos naturales de calidad (agua, aire, tierra, comida, etc.) a través del desarrollo de políticas públicas eficaces con un presupuesto adecuado para la implementación de las mismas.

Además de las políticas públicas enfocadas directamente a temas de medio ambiente, también debe existir una transversalidad de este tema en todas las políticas públicas, comenzando por las de desarrollo económico e incluyendo la producción agropecuaria, el turismo e incluso las relaciones exteriores.

Un problema que se debe atender para que éstas y todas las políticas públicas de nuestro país sean verdaderamente eficientes es el de la corrupción. La sustentabilidad en México no podrá ser una realidad hasta que se termine con la corrupción, una gran parte de los programas que se llevan a cabo son diezmados en recursos o mal aplicados por los prestadores de servicios que cobran una tajada o que por ganar el porcentaje los aplican donde no se necesitan.

Por otro lado, la izquierda mexicana debe promover de manera urgente e invertir en el desarrollo de las tecnologías verdes como la energía renovable. México tiene un potencial importantísimo que de explotarse adecuadamente podría significar una revolución ambiental, económica y social de gran beneficio para los mexicanos, que incluso aportaría, de manera importante, a la reducción de la pobreza. Así mismo, se deben de promover los mecanismos de desarrollo limpio bajo un esquema accesible y claro de asignación de recursos y de certificación.

La democratización de la conservación también debe ser tarea de la izquierda mexicana. Hoy en día el comprar productos con eco-etiquetas es sumamente caro, el querer tener una casa eco-eficiente o un auto híbrido es inalcanzable para la mayoría. Es por esto que de la izquierda deben salir los estímulos fiscales apropiados para por una parte premiar a quienes producen de manera amigable con el medio ambiente, o a quienes invierte en tecnología verde y en la promoción de una cultura ambiental apropiada. Pero al mismo tiempo también debe de haber una reducción en costos para quienes deciden adquirir productos certificados y estimular con estas decisiones un mercado más consciente y menos agresivo con el entorno, haciendo esta opción accesible para todas y todos.

El paternalismo, herencia cultural de la política priista, deber ser sustituido por una cultura participativa y propositiva. Esta titánica tarea debe ser acometida a través de la educación del pueblo mexicano y es indispensable para lograr un cambio radical de actitud y de conducta de los ciudadanos, en el cual el individuo se sume como parte de la solución de manera responsable en el entendimiento de que el problema ha sido generado por todas y todos, las consecuencias serán devastadoras para todas y todos y la solución la integramos de igual manera todas y todos.

La solución a la problemática ambiental que enfrentamos hoy en día es compleja y requiere la participación individual, nacional e internacional. Es necesario que la izquierda participe contundentemente con su liderazgo en la construcción de una nueva sociedad, revolucionando los esquemas económicos y sociales de la actualidad y garantizando así la supervivencia de los ecosistemas, la biodiversidad y por ende la humanidad.

LA RELACIÓN ENTRE EL DESARROLLO Y LA BIODIVERSIDAD: CONVERGENCIA DE UN COMPROMISO TRANS-GENERACIONAL

Fausto Quintana Solórzano

Los problemas que enfrenta México en la actualidad para la consecución de un desarrollo humano, incluyendo la gobernabilidad, la seguridad y el fortalecimiento de la democracia en la ecuación, son múltiples y diversos. Su complejidad y las recurrentes crisis económicas representan, las más de las veces, obstáculos que limitan las acciones institucionales y civiles, en sí débiles, que buscan resolverlos. El deterioro del medio ambiente, producto de la in-sustentabilidad de las actividades productivas de la sociedad contemporánea, ha generado una crisis ecológica con grandes repercusiones en el bienestar de la población, principalmente de los países en vías de desarrollo.

Las repercusiones de la crisis ambiental forman parte de la cotidianidad de los mexicanos. La extinción de especies de flora y fauna se produce por las altas tasas de pérdida y degradación de los distintos ecosistemas; las inundaciones y deslaves en el sureste del país se deben a la deforestación y erosión de los suelos en las montañas; la contaminación del agua y el deterioro de la infraestructura para su distribución están ocasionando un estrés hídrico en los centros urbanos y en los sistemas agrícolas, tanto de riego como de temporal; y, como un ejemplo más del flagelo ambiental, cabe destacar que la modernización turística y el establecimiento de granjas camarónicas en las costas del territorio, ha terminado con grandes extensiones de manglares, eliminando una barrera natural contra los huracanes y un importante hábitat de especies marinas y aves migratorias.

Entender, comprender y resolver los dilemas ambientales como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad, la erosión del suelo, la contaminación del agua, la deforestación, la generación de basura y desechos tóxicos, entre otros, requiere que en las instancias gubernamentales y en la sociedad civil se germine y crezca una cultura ecológica. Para que ésta se considere progresista debe integrar una visión multidimensional del medio ambiente o del entorno natural, es decir, una relación hombre-naturaleza que no sólo vea a ésta última como fuente de recursos materiales y económicos.

Los bienes y servicios ambientales también son de carácter social y cultural. En el proceso de políticas públicas ambientales, desde su planeación hasta su ejecución, se espera una idea integral del medio ambiente que supere esquemas meramente biológicos y económicos. Las áreas verdes y los espacios de esparcimiento ecológicos en las ciudades incrementan la calidad de vida de sus habitantes; el transporte público y el uso de la bicicleta disminuyen la emisión de gases de efecto de invernadero causantes del calentamiento global, así como reducen el estrés causado por el congestionamiento vial y coadyuvan con una población saludable. Para los pueblos indígenas y comunidades rurales, por ejemplo, en empresas forestales comunitarias y en cooperativas pesqueras y de café orgánico, la conservación y el uso sustentable de los recursos naturales permite mantener tanto sus estructuras sociales como sus valores culturales y espirituales. Además de una perspectiva transversal del medio ambiente en la sociedad, atender la crisis ambiental requiere y exige mayores esfuerzos de naturaleza política y de desarrollo científico y tecnológico.

Desde la trinchera de la acción política, partiendo de la voluntad de querer modificar y encausar hacia la democratización, la participación y el compromiso de todos y cada uno de los actores involucrados en la estructura social, se requiere garantizar que los planes de desarrollo sustentable, tanto en su diagnóstico como en su ejecución y participación, integren la visión y colaboración de los grupos indígenas y las mujeres. Es decir, rescatar los valores y el conocimiento tradicional de los pueblos nativos e incorporar, en la construcción de un desarrollo sustentable, la perspectiva de equidad de género. La construcción de recursos jurídicos e institucionales que procuran el cuidado de nuestro entorno natural es, sin duda, un requisito indispensable, ya que reforzaría en el plano conductual de la sociedad, la cultura ecológica.

La solución de los problemas ambientales contribuye de forma importante a aumentar los niveles de gobernabilidad. Ha quedado demostrado en la práctica que en muchos países o regiones, otrora involucrados en esquemas de ingobernabilidad política, social, económica y étnica, las respuestas institucionales a conflicto por acceso o propiedad de los recursos de uso común como los bosques, el agua y los peces, permiten mantener el stock necesario para beneficio de los individuos y del propio ecosistema.

En lo que respecta a la generación de conocimiento, rubro donde México se ubica en franca desventaja ante países altamente industrializados como Estados Unidos, Alemania y Japón, se requiere aumentar los recursos institucionales, humanos y materiales para incidir en un desarrollo científico y tecnológico que permita disminuir el impacto de los procesos industriales y de concentración urbana en el medio ambiente. La obtención de energía proveniente de fuentes alternas a los recursos fósiles como petróleo y el gas natural, es una demanda y una necesidad impostergable. La emisión de gases de efecto de invernadero a la atmósfera, principalmente CO₂, producto de la combustión, es la causa principal del cambio climático. En México, existen las condiciones naturales para la generación de energía eólica, solar, geotérmica, maremotriz, etc.; sin embargo, la participación pública y privada es aún incipiente, se requiere de un mayor interés y recursos financieros.

En cuanto al conocimiento en materia de biotecnología y biocombustibles, aplicado en el desarrollo de alimentos y locomoción para el autotransporte en nuestro país, es significativo destacar que ha generado un debate trascendental para el futuro de nuestra sociedad, cuyo eje es el impacto en los ecosistemas por la liberación de organismos genéticamente modificados y en la seguridad alimentaria. En este sentido, es necesario generar mayor información científica, incluyendo estrategias de difusión, sobre la biotecnología y los biocombustibles, pues los daños por su uso de forma indiscriminada tienen altos costos para el medio ambiente.

Los compromisos para garantizar un desarrollo sustentable son múltiples y muy complejos. Las agendas de trabajo del movimiento de centro-izquierda nos involucran en una empresa muy importante para el futuro de nuestro país, y considerando la perspectiva global del fenómeno, de la vida misma en nuestro planeta. El medio ambiente se ha convertido en un derecho humano de tercera generación, su omisión en la planeación de nuestra vida, de nuestro tránsito por la tierra, es negligencia y una indiferencia hacia nosotros mismo.

El medio ambiente es un recurso común global, todos los individuos tenemos derecho a un ambiente sano, que garantice nuestro desarrollo y proporcione bienes y servicios que coadyuven a incrementar el bienestar de vida de la sociedad en su conjunto. En esta dialéctica del

hombre con la naturaleza es importante pensar que el capital ambiental es finito y, en muchos casos, no hay forma de superar los daños, por lo tanto, el agotamiento o extinción de la biodiversidad pone en riesgo el desarrollo de las generaciones futuras. De ahí la necesidad de que aquellos jóvenes, partícipes y artífices, del nuevo andamiaje institucional y legal de la gobernabilidad en México, incluyendo miembros de la sociedad civil y de la academia, observen y conciban al medio ambiente a largo plazo. Las políticas públicas no deben poner al hombre en el centro de sus preocupaciones, sino éste debe ser parte, elemento integrante, de la diversidad biológica y de su complejidad.

CALIDAD DEL AIRE Y CAMBIO CLIMÁTICO: ¿VERDADERA DEMOCRACIA EN MÉXICO?

Ana L. Romero Salcedo

El desarrollo económico y tecnológico ha sido una herramienta importante para el progreso de diversas naciones. Sin embargo, también ha producido una sobreexplotación de los recursos naturales, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX. Además, la rápida urbanización de las ciudades y el acelerado crecimiento demográfico han provocado el desarrollo de diversos problemas ambientales alrededor del mundo.

La naturaleza y magnitud de algunos de estos problemas ambientales trascienden fronteras, por lo que su impacto afecta a diversas naciones. De esta forma, los problemas ambientales se caracterizan por no tener límites geográficos y, por lo tanto, algunos de ellos son considerados una amenaza para la comunidad internacional. En este marco se puede destacar uno de los problemas más complejos que la humanidad enfrenta hoy en día y que está altamente relacionado con la contaminación atmosférica: el cambio climático.

México es una economía en desarrollo que actualmente enfrenta las consecuencias de la pobreza y el subdesarrollo. Por lo tanto, enfrenta retos ambientales, económicos y sociales importantes. Diferentes factores han contribuido a estos retos, pues México es un país productor de petróleo y el desarrollo económico que experimentó en años pasados estuvo respaldado por subsidios importantes al consumo de energía, sin considerar el costo ambiental y social de ello. En consecuencia, el país depende de manera muy importante en los recursos fósiles para el desarrollo de su economía.

Por otro lado, el país registra uno de los más altos grados de deforestación en la región de Latinoamérica. En México, de acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el porcentaje de áreas forestales decreció de 32.2% a 28.9% entre 1990 y el 2000, como resultado de un modelo agrícola que tuvo la tendencia a crear tierras agrícolas y ganaderas en áreas forestales. El país se caracteriza también por ser signatario de varios acuerdos económicos y comerciales internacionales como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y

ser parte de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), lo cual ha presionado para que el país entre en un acelerado proceso de industrialización.

Como resultado, dicho proceso de industrialización ha tenido diversos efectos ambientales en las ciudades mexicanas entre los que se destaca la mala calidad del aire que ha alcanzado peligrosos niveles de contaminantes ambientales. En este sentido, las grandes áreas urbanas de México están siendo afectadas considerablemente. De acuerdo con diversos estudios, las mayores fuentes de contaminación del aire provienen del sector transporte, éste representa 70% del volumen total de las emisiones que van hacia la atmósfera. Es importante mencionar que los vehículos privados son la principal fuente de estas emisiones, principalmente porque son un aspecto de la vida moderna, representan un estilo de vida y son identificados como símbolo del status socio económico.

De esta manera, el diseño de políticas públicas para confrontar el problema de contaminación del aire se ha convertido en uno de los principales retos del gobierno de México y la sociedad en general, debido a que ha sido un tema socialmente representativo a través de la movilización de los ciudadanos para exigir el derecho a un ambiente adecuado.

Para diversos gobiernos locales como el del Distrito Federal, el tema de contaminación atmosférica ha tenido un carácter metropolitano, por lo que se han creado una serie de políticas públicas a través de la Comisión Ambiental Metropolitana. Dichas políticas han tenido un efecto favorable en la disminución de diversos contaminantes, que hoy en día ya no violan la norma. Sin embargo, continúan retos importantes como las partículas menores a diez y cinco micras y el ozono. Para enfrentar dicho reto, el gobierno capitalino se ha posicionado a la vanguardia a través de la creación de un instrumento de política pública llamado “El Plan Verde de la Ciudad de México” que propone estrategias, acciones y medidas para ver no sólo el problema de contaminación ambiental, sino otros problemas ambientales de forma integral, planteando acciones transversales a nivel gubernamental y social. No obstante, una actitud hacia los problemas ambientales de esta naturaleza debería de existir a nivel nacional, bajo la concepción de que la sociedad mexicana tiene derecho a un ambiente sano y adecuado.

Para los movimientos sociales, el tema de calidad del aire se ha formado como un argumento crucial para debatir abiertamente con las autoridades. También para incidir en políticas públicas que tienen impacto en temas que se relacionan con el de calidad del aire como lo son el cambio climático, la energía, el transporte y la democracia.

A pesar de que varios pensadores políticos afirman que la democracia es un régimen político y como tal debe de ser visto por parte de las autoridades, la democracia actual en México dista mucho de ser un régimen. Actualmente, la democracia sustantiva y procedimental no es un privilegio como a veces se quiere hacer creer en las sociedades capitalistas. Cuando se habla de que la democracia debe de ser sustantiva, es porque la democracia no debe ser entendida solamente como el derecho a votar o elegir, sino también debe de ser entendido como el derecho a vivir de manera sustentable y solidaria con los recursos naturales que la naturaleza brinda a las sociedades.

Bajo esta visión es que sociedades, como las nórdicas, han evolucionado y han alcanzado un liderazgo mundial en términos de desarrollo económico y armonía con la naturaleza. Por lo tanto, la democracia debe ser vista como la responsabilidad de dejar esos recursos naturales a las generaciones futuras, reconociendo la diversidad cultural. En cuanto a la democracia procedimental, ésta debe de ser vista más allá de la equidad distributiva económico-ambiental y debe trascender a la igualdad de respeto a otras culturas, a la equidad de género, a la anti-marginalización, como diversos movimientos feministas lo han refrendado.

La democracia forma parte también del control de las fuentes de energía como lo son los recursos petroleros, con la vulnerabilidad de diversos grupos sociales ante la mala calidad del aire y con la distribución de riesgos del cambio climático, temas que están en boga en el país.

Hoy en día, la transformación de la naturaleza a través de las alteraciones provocadas o inducidas se da de manera más acelerada que la proyección que los científicos o académicos den a los problemas ambientales, que la gestión misma de los movimientos sociales o que el diseño de políticas públicas para prevenirlos. Darwin a principios del siglo XIX se maravillaba de la riqueza biológica de América Latina cuando recorría sus costas. A partir de las reflexiones sobre sus viajes escribió “El Origen de las

Especies”, que publicó en 1859. Hoy, en cambio, se organizan expediciones científicas para constatar la extinción de las especies.

Por lo tanto, construir una sociedad bajo una democracia vista como un régimen y sustentable es imperante y no debería de tomar más tiempo del que se dispone para enfrentar problemas ambientales como la contaminación ambiental o el cambio climático. La construcción de esa sociedad sólo será posible en la medida en que se construya una verdadera democracia y una visión sustentable a largo plazo a nivel nacional y transversal, evitando los actuales modelos de producción y consumo que son poco sustentables.

Diversos movimientos sociales, movilizaciones populares, el trabajo de la sociedad civil o de las organizaciones no gubernamentales, así como la visión de jóvenes líderes emprendedores con una visión progresista, han ejercido el poder en la búsqueda de justicia y en la incidencia de creación de políticas públicas adecuadas para la ciudadanía y, por lo tanto, han creado a través de sus acciones espacios para la democracia. Si bien las experiencias democráticas a través de las acciones mencionadas no han sido muchas, de alguna u otra forma han mostrado que un país donde exista un régimen democrático bajo una visión de sustentabilidad y progreso es posible.

IV. SOCIEDAD Y CULTURA DEMOCRÁTICA

EL RETO DE LA IZQUIERDA MODERNA ANTE LOS RETOS DE MÉXICO

Claudia Edith Anaya Mota

México ha entrado en el siglo XXI cargando a costas la paradoja de la democracia formal y su informalidad en la vida cotidiana. Los ciudadanos mexicanos de este siglo lo son nominalmente. Los valores prácticos que hacen a la democracia -la pluralidad, la igualdad, la libertad y el respeto a la diversidad- en México se otorgan en el discurso pero se violan en los hechos. Más allá de esto, la ilegalidad se ha convertido en la norma que ha instituido al código de corrupción en régimen consuetudinario y al crimen organizado en garante del mismo.

La pregunta es: ¿cuál es la fuerza que habrá de empujar decisiones de Estado que correspondan a las necesidades de la población? Ante esta interrogante, las reflexiones y acciones civiles cobran especial preeminencia, pues el poder de decisión y acción, así como de exigencia, siempre pertenecerán a los miembros de una sociedad. A todos y todas nos corresponde vigilar que el Estado brinde las garantías mínimas de seguridad debatiendo sobre la militarización del Estado y la presunta corrupción en los elementos encargados de velar por nuestra seguridad.

En el replanteamiento de la función ciudadana, debemos pensar en la reestructuración de nuestro sistema económico, incluido nuestro sistema de recolección de impuestos y la equidad en la distribución de la riqueza. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte es un tema central para enfrentar esta crisis, que de manera añeja se ve reflejada en la problemática que enfrenta el campo mexicano. En suma, la agenda binacional entre Estado Unidos y México está plagada de temas a revisar ante la evidente dependencia de nuestra economía a la estadounidense. Estos temas fundamentales se deben ver a la luz de aspectos como educación laica y gratuita, servicios de salud, empleos bien remunerados y justicia para todos.

Estos problemas estructurales que en la actualidad enfrentamos nos obligan a tomar decisiones de Estado, pero sobre todo decisiones civiles. Éstas tienen que ver principalmente con la composición sociocultural de este país. Hay que destacar que nuestros principales problemas

económicos tienen implicaciones colaterales en acceso a la salud, educación y empleo, mientras que la *inseguridad* hace eco en el deficiente acceso a la justicia y en una grave descomposición social. Por ello, debemos fortalecer valores esenciales como la responsabilidad, la honestidad, la lealtad y la solidaridad, para la construcción de un Estado moderno y funcional.

Nuestro país requiere en el presente y para el futuro, una izquierda moderna, adaptada a las condiciones de un mundo globalizado económica y culturalmente, capaz de superar la cultura del corporativismo y el clientelismo. La opción a tomar hoy es situarse más allá de un pensamiento estrecho. Pensar a partir de un arraigo pluricultural similar a nuestro entorno y realidad, fortalecidos en nuestra historia e identidad nacional, pero hermanados de las culturas y pensamientos que constituyen actualmente el mundo. Fomentando el reconocimiento respetuoso de valores ajenos, de manera especial el humanismo de la filosofía occidental. Esto es condición para avanzar hacia una sociedad que se reinvente en la diversidad negada, que amplía el concepto de bienestar social que la fundamenta, que garantice la libertad bajo el principio de igualdad basada en la justicia social.

Esta forma de pensar no admite retrocesos en los avances sociales. Ello nos ayudará a encontrar soluciones viables a problemas que aquejan a los diversos y plurales grupos. Actuando así, superaremos el concepto Estado-nación que requiere actualizarse y daremos pauta al ideal político-social que privilegia la justicia social y las libertades políticas de la sociedad.

El Estado mexicano y sus ciudadanos deben consolidarse con un compromiso cuya pluralidad de enfoques permita formular propuestas civiles y de gobierno en beneficio de la sociedad en general. Se debe considerar que el bienestar de las mayorías no debe ir en menoscabo de los derechos y la prosperidad de las minorías marginadas: mujeres víctimas del abuso doméstico, laboral y sexual; indígenas perdiendo su identidad étnica producto de la globalización; personas que viven con VIH u otras enfermedades de transmisión sexual; víctimas de la intolerancia y sin acceso a tratamiento médico; no católicos etiquetados socialmente; comunidad LGBT bajo muchos tipos de discriminación, y otros grupos que padecen miles de abusos y restricciones.

Luchando contra la exclusión social fortaleceremos nuestra nación. Con un ideal cuya prioridad sea disminuir los niveles de marginación social, hay que reforzar el establecimiento y funcionamiento de un Estado de derecho y laico que atenúe el conservadurismo limitante en las instituciones. Además, que fomente la convivencia democrática y brinde seguridad a la integridad física de todas y todos.

El objetivo es alcanzar una sociedad sin privilegios en la que todos tengan acceso a una formación y que garantice un punto de partida equitativo y sin desventajas. La meta es caminar hacia sociedades participativas y con decisión propia, a un Estado social extenso e incluyente en el que la población pueda vigilar que el papel activo del Estado en la economía se dé, y que defienda y procure a la sociedad una inclusión en el mercado laboral, privilegiando la distribución justa del ingreso y del patrimonio.

Los jóvenes tenemos el reto y la oportunidad de formar parte de una sociedad más democratizadora que supere el viejo esquema político de abuso y traición. Necesitamos de líderes e idearios actualizados que sepan conjuntar los valores que la izquierda ha propugnado desde siempre, sin abdicar a ellos. Pero requiere que también los individuos se adapten a las necesidades del mundo contemporáneo. Líderes que puedan presentarse como una verdadera opción política que nos pueda llevar al desarrollo.

La ciudadanía tiene el derecho y la obligación de exigir cuentas claras y manejos transparentes por parte de los representantes populares y de los funcionarios de los diferentes niveles y órdenes de Gobierno, sin importar su jerarquía. Contribuyendo así, al diseño de un nuevo escenario que garantice mejores condiciones de bienestar, equidad, justicia y convivencia nacional. Esto es lo que necesitamos y merecemos.

Renunciar a la convocatoria, la diversidad, la negociación, el equilibrio y el consenso, es renunciar al ideal democrático. Es aceptar la debacle social, el debilitamiento de un pueblo y el desastre de una nación acorazada en la unilateralidad. El compromiso, la responsabilidad y la tarea de trabajar con México y para México es nuestro. Es de todos quienes formamos este país. Dejar pasar el problema con indiferencia y miedo es dejar pasar la solución.

SE ME REVENTÓ EL BARZÓN Y SIGUE LA YUNTA ANDANDO:
JÓVENES Y POLÍTICAS CULTURALES PARA UN ESTADO DEMOCRÁTICO

Aram Barra Ramírez

La cultura, como la identidad, es una construcción constante e interminable. Es una relación y mezcla de la experiencia, el pensar y el sentir. Pues en todo ser viviente, incluso el unicelular, hay una identidad particular formada por los rasgos singulares que los diferencian de todos los demás individuos.¹ Así nos vamos construyendo con base en las distintas selecciones que hacemos desde la niñez y a lo largo de nuestras vidas. Así se define también la imagen que un grupo geográfico moldea en sus relaciones con otras regiones. La identidad individual y colectiva da entonces paso a una serie de ritos, tradiciones y costumbres que conforman la cultura. En nuestro caso, la *mexicanidad*.

Nuestra percepción de pertenencia a una región geográfica o a un país –nuestra identidad mexicana– es entonces un ente amorfo y efímero. En su extremo es nacionalismo y patriotismo o xenofobia y discriminación. En su seno, un crisol inigualable que se conforma por grupos y subgrupos identitarios. Por ejemplo, los jóvenes y nuestras diversas “tribus urbanas”: los *darketos*, los *cholos*, los *fresas*, los *góticos*, los *grafiteros* y ahora en mayor número los *emos*. Estos grupos proveen de estructura y organización social a los jóvenes mexicanos. Nos ofrecen una trinchera de expresión libre y para la cohesión grupal. Determinan el actuar político hacia la identidad, la cultura y la juventud.

La política pública parte del marco de un proyecto neoliberal, con la experiencia de regímenes militares, de movimientos guerrilleros alimentados por jóvenes, de la migración de lo rural a lo urbano, de la relevancia de la familia como eje estructural y de las crisis económicas e institucionales recientes. Y la política cultural entiende que la expresión grupal es la expresión identitaria. Es irrelevante si es “cultura” con “c” minúscula, mayúscula o con “k”. Sencillamente, la propuesta cultural debe asimilar al fútbol, a la virgen de Guadalupe en el tatuaje migrante, al *santo*, al *cavernario*, *blue demon* y el *bull dog* tanto como lo hace con la Kahlo, el Rivera y el Siqueiros.

1. Edgar Morín. “Ficha de identidad individual.” Montiel, Gilberto Giménez. *Teoría y análisis de la cultura*. Trans. Gilberto Giménez. México: CONACULTA, 2005. 13-14

De los chicanos y *Manhatitlán* se puede adoptar y adecuar la capacidad de goce y disfrute, insertando en la producción artística una fuerza re-vigorizante y revitalizante. ¿Quién se atemoriza hoy de la mezcla entre rumba y rock que hizo famosa la música de Santana y por qué en cambio tan poco apoyo a la reformulación jarocho de los jóvenes mexicanos neo-hippies? ¿Quién le pone obstáculo a la globalización etnomusical de Putumayo y por qué la danza folklórica mexicana se mantiene como espectáculo para el extranjero? En México, el debate político sobre la identidad nacional se congeló en cómo izar la bandera y se olvidó de apoyar el esfuerzo de la comunidad artística. Después de todo, somos las personas quienes construimos nuestra identidad y no *viceversa*.

Una vez sobrepasado el miedo al discurso y la forma de las nuevas propuestas artísticas, el aprovechamiento de la cultura mexicana hace de cualquier inversión una empresa redituable. En nuestros vecinos del norte el ejemplo metodológico es contundente y vasto: pensemos en *Cirque du Soleil* o *Blue Man Group*, en *Lila Downs* o el *Cartel de Santa*. Si bien los últimos cuarenta años de desarrollo del estado mexicano han ido acompañados de propuestas culturales que lentamente se han solidificado como parte de nuestra identidad, ¿Cuáles son las políticas culturales que se plantean hoy en día?

El cine, la música, la danza, la pintura y la literatura mexicana fueron durante décadas subvencionadas, protegidas, generadas y manipuladas por el gobierno. A través del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) e institutos y secretarías de cultura estatales, los gobiernos han provisto a los creadores de infraestructura y recursos. Como resultado, la producción cultural está hoy secuestrada por instituciones y familias que acaparan las pocas oportunidades de financiamiento.

Es cierto que ni Amparo Ochoa ni el movimiento zapatista tuvieron un camino fácil. Tampoco lo tuvieron *Café Tacvba*, la *Maldita Vecindad* o la *Compañía Nacional de Danza*. Sin embargo, ello no justifica la falta de una eminente plataforma cultural por parte de los partidos políticos. Las políticas siguen siendo retrógradas, los presupuestos insuficientes y los políticos amnésicos. El verdadero progreso del estado democrático no puede obviar las nuevas identidades juveniles mexicanas y la consecuente expresión cultural y artística. Ello es el baluarte de la identidad nacional y el material base para exportación.

Las industrias culturales obtienen su materia prima de la manifestación identitaria. Buscan exportar productos que poseen un valor agregado con base en atributos simbólicos en lugar de utilitarios. Así, coadyuvan al incremento significativo del Producto Interno Bruto (PIB) del país en cuestión, echando mano de tratados de libre comercio como herramientas esenciales. Se aprovecha el libre intercambio de ideas, bienes y servicios como factores determinantes de la productividad de las industrias culturales. Las empresas privadas lo han sabido hacer bien.

Desde finales de la década del noventa la producción cultural se vio impulsada por organismos privados como OCESA y Televisa y fundaciones como Banamex, Telmex y Cuervo. La Corporación Interamericana de Entrenimiento (CIE) introdujo al país la compra de boletos por teléfono e internet (*Ticketmaster*) y trajo compañías profesionales de danza y teatro y espectáculos innovadores como *Lord of the Dance* y *Stomp*. Como en muchos otros sectores de la economía, el gobierno no ha impulsado políticas nacionales para defender el mercado nacional frente al extranjero.

Aun así, la industria cultural era el tercer proveedor al PIB después del petróleo y la industria maquiladora en el 2006. La contribución privada e individual se mantiene: ahí tenemos la colección de arte moderno más grande de América Latina, propiedad de Fundación Jumex. Mientras tanto, el gobierno continúa reduciendo los presupuestos asignados a cultura. Sin duda es lamentable que no se entienda la capacidad de la industria cultural —del arte y la cultura— para el crecimiento económico y político del país. Después de todo, en la medida en la que se genere la infraestructura para la producción artística, defendemos la expresión y la libertad del individuo, clave de un estado democrático.

En México hace falta dirigir políticas hacia la educación y la integración, con perspectiva de género incluida. Crear más espacios de recreación pública, canalizando las expresiones artístico-culturales por medio de festivales y concursos de grafiti urbano, pistas para patines y patinetas, arte y circo en las calles. Los jóvenes hemos sido recluidos a la noche, a los bares, a los antros, a las fiestas. En el día, los adultos reinan y nos dicen qué hacer y cómo hacerlo. En la noche, en la industria del divertimento, los jóvenes encontramos un nicho para nuestra libertad. Sin embargo, ello está en los espacios privados a donde no todos tienen acceso, coadyuvando de esta manera a la fragmentación social e identitaria juvenil.

Es necesario fortalecer y apoyar continuamente nuestra materia base: la producción artística mexicana. Invertir en las compañías nacionales, los grupos de teatro y la propuesta musical. Facilitar el financiamiento para la creación artística por medio de concursos, becas e impulsos para el desarrollo académico y profesional del artista, del arte. Con una base fuerte y productiva se puede hacer uso de los 12 tratados de libre comercio para exportar al mundo la identidad nacional, la producción artística, la cultura mexicana. Hay que recordar que exportar cultura significa mucho más que tequila, mariachis y sombreros.

El gobierno debe dirigir esfuerzos y canalizar financiamiento internacional e Inversión Extranjera Directa en esta área. Ello en respuesta a la falta de infraestructura por medio de la cual el estado pueda apoyar al artista-creador y por consecuencia, estimular al mercado. Pero también es tarea de las instituciones artístico-culturales y de los profesionistas artísticos prepararse y conjuntar esfuerzos, organizarse e institucionalizarse para poder exportar productos artísticos que se inserten en el mercado globalizado. De lo contrario, seguiremos teniendo las industrias culturales menos productivas de la región.

La tendencia indica que el proceso creativo en un mundo globalizado y competitivo irá dirigido a la maximización del producto y el recorte de costos. En este escenario, aun si México lleva un retraso significativo en la materia, está a tiempo de incidir para el beneficio. Es necesario que los formuladores políticos apuren el paso y propongan políticas culturales dirigidas a la recopilación, producción y explotación artística. Ello mejorará la capacidad del mercado cultural mexicano para presentarse en foros museos y teatros en el extranjero, así también equilibrando la balanza nacional del ramo.

Aún de mayor importancia es la consolidación y cohesión social que ello implicaría. El pensar y crear artístico social estaría ligado de manera directa con una visión futura realista. Así, fertilizando el camino para una libertad de expresión individual sustentable. Una sociedad participativa y que se reinventa continuamente es una base sólida para un estado democrático. La cultura concierta y recompone la opinión social y provee espacio para la innovación y el progreso inclusivo. Las nuevas generaciones somos un factor clave en la composición identitaria del país y constituimos una estrategia para *alcanzar la yunta y componer el barzón* de una vez por todas. Después, explotar el fruto para la mejora constante de la calidad de vida en México.

CULTURA DEMOCRÁTICA, UNA VÍA DE TRANSFORMACIÓN

Vanesa González-Rizzo Krasniansky

¿Cómo lograr un México para todas y todos sus habitantes? De continuar la inercia social en el rumbo actual, resultará imposible pensar en una sociedad armónica en el presente y el futuro, por lo que es necesario modificar profundamente tanto al individuo como al contrato social con el que establecemos las reglas de convivencia.

Cambiar sustancialmente es uno de nuestros retos como sociedad. La necesidad de repensar y refundar nuestras formas de relacionarnos es, desde lo profundo, una tarea urgente. Cuáles son los valores y la ética que permean el cotidiano, son apenas preguntas que facilitarán el análisis que, si atraviesan el discurso y se generan acciones focalizadas, nos ayudarán a replantearnos como sociedad.

La tarea es compleja y las necesidades enormes. Mencionaré una de las vías que no puede dejarse de lado en la construcción democrática del país: la lucha por el ejercicio de los derechos humanos, pues considero que es, en el marco de éstos, donde podemos hacer un análisis de las carencias sociales, económicas y políticas que enfrentamos.

El parte aguas es la educación como una herramienta que posibilita cuestionarnos la realidad y generar pensamientos críticos. Planteo así, una educación creativa que se distinga de las cifras institucionales. Necesitamos maestros que inviten al pensamiento libre, a dudar de lo establecido; asimismo, jóvenes con nuevos ideales, que se apropien de nuevas ideologías y que tengan otros insumos como modelos a seguir. Pensar en colectivo y abandonar la idea neoliberal del individuo sobre las masas, del capital sobre las personas. Invitar a la transformación de valores es urgente. No hay que rescatar a personas, hay que caminar en grupos. Sumar esfuerzos.

El reto es generar sinergias, pues los aspectos de transformación deben de trabajarse en conjunto y no bajo la estructura de los derechos progresivos. Hablo entonces, de un esfuerzo social integral en el ejercicio de los derechos humanos donde es necesario voltear la mirada, también, hacia la erradicación de la pobreza. Redistribuir la riqueza del país, crear

alternativas de empleo digno para la población joven, aprovechar la curva demográfica actual e impulsar otras formas de organización comercial puede ser una vía en el arduo trabajo por hacer.

Por otro lado, habría de generarse una nueva manera de hacer política. Erradicarse las prácticas corruptas insaturadas entre las y los políticos. La ética en la política deberá ser una nueva bandera, sin importar el partido político del que se hable. Es una forma de ir de lo global a lo individual; de lo externo de las políticas públicas hacia lo interno de las relaciones humanas.

Buscar que los derechos humanos puedan ser ejercidos desde lugares en los que las personas que habitamos la República podamos estar representadas es una tarea pendiente. Hemos recorrido algunos trechos, pero el discurso está muy alejado de la práctica. Sensibilizar y educar a los tomadores de decisiones, a los prestadores de servicios y a las personas en general para que defiendan en el día a día su derecho a una vida digna, es uno de los resquicios que pueden salvarnos. Hacer una planeación de las necesidades de grupos específicos, incorporar en la currícula escolar el aprendizaje y práctica cotidiana de los derechos humanos en su integralidad es una aportación sustancial que se puede defender.

No resisten más las posiciones dicotómicas y extremas, en las cuales unos son colocados como “los buenos” y otros como “los malos”. La izquierda política no sólo debe repensarse, sino que tendría que hacerse cargo de su responsabilidad y compromiso en el ejercicio de una cultura democrática: cuestionar sus prácticas e impulsar su refundación, transformando su discurso en acciones que le permitan no sólo recuperar sus ideales y cohesionarse, sino devolverle la confianza a la ciudadanía, al no traicionarse en sus preceptos básicos. En su ejercicio de poder debe cuidar no dejar a un lado las necesidades del colectivo, no puede olvidar el compromiso ciudadano, la solidaridad y el apoyo obtenidos en su historia.

Necesitamos como país, una izquierda propositiva, ésa que sea capaz no sólo de rescatar, sino de ser una voz confluyente, donde a partir de la coherencia de sus ideales cohesionen e integre a la ciudadanía, no aquella que repite esquemas y desacredita lo que a su sociedad impacta, el riesgo es el detrimento de la participación colectiva en su transformación social.

El papel de esta fuerza política es crucial para la sobrevivencia del país. Pensar las diferencias y acercarse a ellas desde nuevos lugares es una tarea que permitirá que las personas puedan sentirse representadas. Generar un territorio en el que podamos vivir todas y todos en libertad, respetando y atendiendo a la diversidad es un esfuerzo que a la izquierda le corresponde enarbolar.

La transformación urgente tiene que ser pensada y vivida por la ciudadanía. Esperar que el Estado, sus políticos o quienes ejercen el poder, resuelvan nuestras carencias es dejar ir generaciones productivas y creativas que pueden hacerse cargo y ser partícipes del cambio necesario.

El planteamiento es no excluir, atacar diversos frentes. En cualquier espacio desde el que se trabaje, es importante que las y los ciudadanos de a pie, esas y esos que todos los días pelean en su vida, sean considerados. Que las leyes que se planean para jóvenes incluyan en su diseño, ejercicio y observación a población juvenil. Pensar que si se hará una nueva guardería, hay que tomar en cuenta las necesidades de las madres y los padres que le darán uso, por poner un par de ejemplos.

La idea es escuchar nuevas voces y hacer planeaciones y estrategias en donde los derechos humanos puedan ser ejercidos. Es inadmisibile que la sociedad civil libre pensadora tenga que preocuparse por salvaguardar lo que hasta ahora se ha conseguido en materia laboral, sexual y de convivencia humana, en lugar de canalizar su esfuerzo en continuar el camino para que no sólo lo conseguido pueda realizarse, sino también posibilitar que nuevas causas tengan cabida en nuestra realidad nacional.

México requiere de cambios sustanciales impulsados en varios frentes. Parece que tenemos que hacer fuerza desde espacios globales como la política o la economía hasta lugares más privados como los hogares y las relaciones humanas. La cultura democrática trabajada desde el barrio hasta la política internacional de una manera diferente es una vía para conseguir que las y los mexicanos tengamos una vida digna.

FANTASEANDO CON LA DEMOCRACIA

Deyanira Morán Garduño

Intentemos mirar dentro de la sociedad, la cultura y la democracia de una manera cotidiana. En México, la sociedad es apenas politizada para caminar en terrenos ligados a una cultura democrática. No es uniforme y sus clases sociales e intereses propios y de grupo le restan fuerza para avanzar de manera conjunta. Pero, ¿de qué se ha nutrido esta sociedad en los últimos años? De muchas experiencias que lo mismo la han herido o marcado, provocadas por un sistema político que ha cometido graves errores en contra de ella. Por eso, su pasado de agresión a movimientos políticos y pacíficos también le permitió ver en algún momento que pese a esa impunidad al gobierno hoy en día no ha aprendido mucho de esas vivencias.

Por eso, la pregunta es si México tiene la oportunidad y posibilidad de aspirar a una evolución social promisorias, o seguir navegando en una democracia que no despegas. Aunado a ello, los mexicanos viven desde el 2006 un incierto democrático al no haber aún recuperado la confianza en sus instituciones. Los conflictos políticos fueron resueltos de forma tal que las opiniones quedaron divididas. Entonces, ¿qué tipo de democracia vive México?

La cultura democrática de los mexicanos es incierta. Ejemplo de ello es el mismo Instituto Federal Electoral (IFE), creado en 1990 como organismo público, autónomo y responsable, con el mandato de organizar y constatar la transparencia en las votaciones electorales. A lo largo de la historia ha resuelto diversas controversias en la materia, siendo la más reciente las elecciones de 2006. Ahí, su autonomía se reveló endeble y ocasionó desconfianza social. Por ello, en agosto de 2007 los diputados acordaron retirar a los consejeros electorales del organismo. Con todos estos cambios en este organismo central para la construcción democrática, pareciera que volvimos a empezar casi de cero hacia una búsqueda de nuestra democracia perdida. Es decir, a reconstruir, confiando, esperando y actuando para instaurar una real democracia en México; una que no permita rendijas por donde se cuele la mano negra que hace de las suyas de norte a sur y de este a oeste en territorio nacional.

Pero, ¿a quién le corresponde contribuir al proceso democrático? A todos los actores y líderes políticos emergentes con convicción por salvaguardar las leyes. Una tendencia de centro-izquierda responsable que sea capaz de alzar la voz de las mayorías sin dejar fuera a las minorías. Ello no debe forzosamente concentrarse en un solo partido o grupo, debe partir de un movimiento que se nutra de estudiantes, trabajadores, activistas, oficinistas, músicos, mujeres, ecologistas y más, unidos por el bien común. Es decir, buscando el progreso de México.

Esta difícil tarea no consta únicamente en lograr que dicho pensamiento progresista llegue cada vez a más gente, sino que logre influir en la toma de decisiones de manera acertada. Quienes estamos a favor de esa búsqueda sabemos que tenemos aliados, pero también existen enemigos con mucho poder de influencia y sobre todo económico.

Es cierto, existen líderes que pueden encabezar un movimiento amplio, con la capacidad de englobar la recuperación de una democracia, pero hace falta un resurgimiento de personajes que convencan a sus potenciales seguidores. Desafortunadamente, hay también elementos para dudar que esto pueda ocurrir en los próximos años. Todo parece indicar que no vamos hacia una democracia verdadera ni a la edificación de ella. El camino se ha allanado y eso de ninguna manera nos está llevando a un mejor nivel de cultura democrática o bienestar nacional. La punta de lanza que se requiere para avanzar en dichos aspectos está estrechamente ligada a la democracia, pero si ésta en vez de avanzar, retrocede, nuestras expectativas se irán alejando.

En la actualidad, las elites del poder en México (monopolios televisivos, empresarios y políticos apostados en el poder) no se han sentido lo suficientemente convencidas de que la democracia es lo que más nos conviene y les conviene. Parecen no visualizar la democracia como un avance, sino más bien como un riesgo. Se les ve temerosas. La mayoría de esas elites se han instalado en la comodidad de generar ganancias a través de acuerdos gubernamentales, de estar “de acuerdo” con todo lo que pasa.

Por eso es que en México no parece haber condiciones para el surgimiento real de líderes emanados desde la sociedad y alejados de intereses particulares. La materia prima para conformar un movimiento, esa sí se encuentra por todos lados: en las escuelas, el trabajo, los partidos

políticos y el periodismo. Pero con los líderes, no basta con que existan, sino que debemos saber diferenciar de aquellos que buscan la democracia y aquellos que sólo abusan de ella. Es decir que nos enfrentamos a otro problema, aprender y saber reconocerlos.

En el contexto actual y dadas las características planteadas, los líderes emergentes son una opción. Es decir, aquellos que frente a una sociedad que demanda la reconstrucción de su democracia asumen una responsabilidad social para incidir en la manera de hacer más eficientes los procesos democratizadores y en formas de coadyuvar en la formulación y ejecución de políticas públicas que logren optimizar los recursos públicos a través de la economía de mercado. Que vayan de la mano con una verdadera participación ciudadana.

Hasta hoy, pocos han sabido convocar y entusiasmar a la sociedad para generar una intercomunicación amplia, clara y con un camino allanado pero con paso firme. Algunos están ya muertos, otros vivos pero vetados, y otros van dando vuelcos entre la misma gente que aún no sabe si darles su confianza. Por eso la única manera viable en nuestro presente de generar nueva participación social entusiasta, es a través de una tendencia política que ha luchado para ello desde muchos años atrás. Empujando desde el centro y hacia la izquierda y de la izquierda hacia el centro.

No pongamos nombres ni demos confianza a un partido en particular, mejor hablemos de tendencias y volteemos a ver a esos líderes que con sobrada razón han sido empuje de batallas en México. Hoy, los líderes emergentes deben tomar en cuenta la incredulidad de la gente pero sus ganas por luchar de nuevo, pese a una historia cruenta en los procesos democráticos. Sólo así, podrán mantener el interés, el entusiasmo y la acción en la sociedad.

LA POLÍTICA ENTRE TODOS. APUNTES SOBRE CULTURA POLÍTICA PARA UNA NUEVA GENERACIÓN DE IZQUIERDA

Inti Muñoz Santini

La historia mexicana —de la civilización mesoamericana a la colonia, del turbulento siglo XIX a nuestros días— está atravesada por una visión autoritaria del poder. Nuestras revoluciones, resistencias populares y revueltas sociales han respondido a esa persistencia en el afán de unos por dominar a los otros. En contraste, y con múltiples traspies, esos esfuerzos colectivos han abierto lapsos y espacios de libertad y soberanía que también se han incorporado al mapa de nuestra identidad nacional. La Independencia, la Reforma liberal, la Revolución, el 68, las batallas de las comunidades indígenas en defensa de su autonomía, los movimientos sociales de diverso signo, la transición democrática, son parte del conjunto que da cuenta de ello. Pero la contradicción aún abraza nuestro ser nacional y le da vida a una cultura política que no es fácil desentrañar.

Entre vencedores y vencidos, el Estado nacional mexicano ha sintetizado el largo expediente de nuestras batallas, nuestras tradiciones y sueños modernos, nuestras subordinaciones y liberaciones. El entramado institucional que hemos urdido para navegar en este barco, es a un tiempo social, democrático y de derecho. También es autoritario, abusivo y suele ponerse del lado de los dueños del poder político y del poder del dinero para permanecer: el ogro filantrópico de Octavio Paz.

Sin restarle méritos al astillero y los planos de Juárez y los liberales, la nave en la que vamos se hizo definitivamente a la mar tras la Revolución. De una u otra forma la abordamos todos y por eso puede navegar. Por lo mismo, a veces se detiene o cambia de rumbo. Es difícil concebir que siempre vayamos viento en popa (o a todo vapor) cuando en el cuarto de máquinas conviven los remos y las turbinas; cuando el barco conserva los mástiles y las velas de siglos anteriores, mientras algunos ponen motores eléctricos que lo impulsan en sentidos diferentes. Agreguemos el problema de remeros, carboneros y técnicos navales que, agotados e inconformes, se amotan en contra de los que juegan cómodamente en el viejo casino del barco y del voluble capitán que solapa a estos últimos. La tripulación

es como su capitán. Dice deberse al barco entero. Pero al final sólo está interesada en que el motín de los de abajo -los que mantienen la nave a flote- no termine arrojándolos por la borda. Entonces los tripulantes se vuelven expertos en las promesas y el engaño. Mejor pensar en la forma de entrar al casino.

El régimen autoritario que se consolidó en la posrevolución, aún con su importantísima matriz social, nos heredó una cultura política fundada en la doble moral, el paternalismo y la corrupción. El acuerdo de muchos, hace poco logró sustituir al setentón, autoritario y envilecido capitán. Pero casi nada ha cambiado. Los nuevos tripulantes no fueron capaces de encontrar una nueva forma de ser. Así, podríamos entender la crisis de la política mexicana en la persistencia de la cultura política priísta y sus vicios. Una cultura política que determina la mayor parte de las reglas del juego democrático.

La caída del régimen autoritario produjo la desaparición del control monopólico de poderes locales y sectoriales conformados en aquella cultura política, que hoy subsisten y se reproducen en todos los campos y en todos los partidos. Agreguemos la imposición de una estructura económica que no resuelve, sino ensancha la desigualdad y que ha traído consigo el encumbramiento del mercado, por un lado, y el debilitamiento del Estado frente a los dictados económicos, por el otro. El Estado declina su función social y democrática. Los poderes fácticos del dinero y el interés privado ascienden hasta reclamar la conducción del sistema. En semejante lance, el conflicto con quienes aspiran a profundizar la democracia y hacer del interés general la carta de navegación, es frontal. La crisis político-electoral del 2006 dio cuenta de ello. Una reforma constitucional de gran envergadura fue necesaria para comenzar a sacar las manos del poder del dinero de las decisiones políticas; sin embargo, esta relación de subordinación subsiste en los partidos y, con algunos reacomodos, podría revitalizarse.

Ahora bien, no estamos solos. Las señas de nuestra crisis se reproducen en otros lares. Ahí podríamos encontrar una de las claves, si de salir al paso se trata. El liberalismo económico trajo consigo el germen de la supeditación de la política a la economía. El neoliberalismo del siglo XXI ha consumado el proceso en el planeta entero. De su mano, la globalización del poder del dinero y la revolución tecnológica de la información

han producido la aparición de fenómenos globales propios de una sociedad humana en transición. La noción global implica una nueva comprensión del tiempo y el espacio en la que las distancias se estrechan. Las migraciones y las telecomunicaciones han dado lugar a una interactividad cultural sin precedentes que entraña el diálogo humano más formidable que hayamos concebido ¹. Quienes habitan el planeta cuentan ahora con la conciencia plena de vivir en el mismo tiempo y en el mismo espacio. Existe pues, un proceso de hibridación cultural ², que si bien tiene implicaciones contrapuestas en la aparición de nuevos nacionalismos y en el surgimiento una sociedad civil global, también acompaña y subvierte al poder supranacional del dinero con sus débiles Estados nacionales sometidos y en crisis.

Un nuevo factor aparece con fuerza inusitada: la capacidad colectiva, ciudadana y global de imaginar sin cortapisas. Imaginar un mundo mejor y en ello proyectar alternativas. En esa nueva y potenciada imaginación colectiva se dilucidan las injusticias, el mal gobierno, la corrupción, los motivos de la guerra, la exclusión. El imaginar ya no es utópico. Las ideas convergentes y divergentes, los símbolos, el lenguaje y las estrategias de cambio circulan aceleradamente y en tiempo real. La comprensión de *lo otro* a semejante escala ha devenido en un nuevo y horizontal (global ahora) espacio para actuar.

Recapitulando, podemos ubicar en la cultura política el espacio de nuestras contradicciones y lastres. Ese es, por ello, el espacio en el que podemos intervenir para construir alternativas. Una nueva cultura política debe fundarse en la construcción de una visión y una praxis de la política que contemple claramente su dimensión moral (teniendo clara la autonomía de la moral); en una concepción y un ejercicio del poder en los que se apueste por la horizontalidad. Entendamos por ello la mayor participación posible de toda la sociedad en las decisiones que le atañen y que, por tanto, determinan al poder, al Estado, al rumbo del desarrollo. Diálogo donde hay confrontación; tolerancia donde se quiere destruir a los diferentes; Estados y gobiernos democráticos donde hubo represión,

1 Ver Lourdes Arizpe, *Culturas en movimiento. Interactividad cultural y procesos globales*.

2 Ver Nestor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*.

fraude y autoritarismo; laicidad donde la moral religiosa pretenda regatear la agenda republicana y liberal; espíritu solidario donde se han roto los nexos comunitarios; transparencia y ética donde sólo ha existido la doble moral; “pensar inconforme” (el concepto es de un indio tzotzil del EZLN) y autogestión donde había paternalismo y subordinación.

El actuar social más eficaz es el que parte de la libertad y del pleno acceso al conocimiento y la información necesarios para el ejercicio cabal del libre albedrío colectivo e individual. Se trata de hacer una apuesta por la democracia más amplia y radical posible, por la libertad responsable y sin atenuantes, por la justicia y la igualdad. Se trata de cifrar nuestro futuro en el estado laico, la pluralidad, la educación pública, la cultura, la ciencia y la tecnología. Valores que dan vida al concepto de moral que es posible y necesario comprometer en la política. Para cambiar las cosas pues, hay que hacer política entre todos.

EL CINE... EN MÉXICO...

YADIRA OROZCO HEREDIA

Hay tantos temas importantes sobre los que pensar el día de hoy: como las dificultades a las que se enfrentan aún muchos seres humanos para resolver sus necesidades básicas, como que el planeta en el que vivimos se está calentando de forma acelerada, como cuál es el futuro del esquema financiero y productivo internacional, como la búsqueda de una espiritualidad evolucionada en esta generación, como los descubrimientos de la ciencia para reproducir seres vivos de manera artificial. Hay tantos *comos* que vienen a la mente en un listado así de general. Sin embargo, en esta ocasión escribiré sobre el cine, ya que en los últimos tiempos me he involucrado, quizás por coincidencia o quizás por decisión, en todo el proceso creativo y comercial de dicho arte.

Aunque no sea un tema que cambiará el destino de la humanidad, hablar de cine es muy interesante por ser un medio de expresión y comunicación humana a través del cual nos conocemos y reconocemos. El cine puede ser entretenimiento pero también una oportunidad para la reflexión. Como todos sabemos, es una disciplina en la que se pueden tratar diversos temas desde puntos de vista, tonos, formatos y géneros que varían; pero encontrando siempre una cercanía emocional con el “homo videns” (G.Sartori) contemporáneo en el cual nos hemos convertido, porque creo que en lo más profundo de nosotros seguimos en contacto con los temas universales que atañen a nuestra especie desde hace miles de años. Ahí estamos parados, o cuando menos lo estoy yo, dentro de un país como México. Entonces, ¿cuál es la situación actual del cine en México?

A pesar de los esfuerzos de la comunidad cinematográfica y del Estado por mejorar las posibilidades de producción del cine mexicano, la situación general sigue siendo un tanto ambigua. El fomento económico presente desde 2006 con la nueva ley 226 sobre el Impuesto Sobre la Renta, ha aumentado el número de películas que se hacen. Lamentablemente, a muchas les falta solidez en varios aspectos que van desde el argumento hasta la fotografía pasando por algunas actuaciones y en fin, cada detalle

que hace de una película, de ficción, una obra completa que nos evoca o transporta a un mundo creado.

Claro que hemos sido testigos de verdaderas historias dignas de todos los aplausos, sin embargo no encuentro un movimiento artístico sólido que caracterice al cine mexicano y mucho menos una industria.

Y es en este punto donde el cine permite reflexionar sobre nuestra identidad como país, sobre nuestra situación. El cine va más allá de una pantalla en particular. Como expresión artística nos revela algo sobre nosotros mismos. Por ejemplo, cuando viajo a algún festival lo que más me emociona es que se exhiban películas de todo el mundo. Cuando se hacen secciones especiales para el cine de un país en particular imagino que viajo. Porque las películas nos hablan del lugar de donde vienen a través de las atmósferas, la forma de reaccionar de los personajes y el tono que se crea. No vemos reaccionar igual a un noruego, que a un chino, que a un iraní, que a un keniano, que a un mexicano frente al amor, la soledad, la muerte, la aventura o la cotidianidad.

En este sentido, se dice por ahí que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Yo diría que también el cine que se merece. La sociedad mexicana está en un proceso de cambio desde hace algunos años y esto se refleja sin duda en toda expresión creativa. Aún hoy existen muchos tabúes que de ser superados, podrían llevar a una apertura más completa. Tratar de manera más natural los temas humanos resultaría más interesante, ya que serían abordados con más verdad. Esto es el primer paso para crear argumentos e historias sólidas para el cine; la creatividad en general se beneficiaría.

También sería muy enriquecedor fomentar la confianza y el respeto a sí mismo por el mexicano, ya que si no hay solidez en este aspecto no podremos generar personajes comprometidos con sus historias y sus vidas, lo cual es básico para alimentar una ficción. Es necesario que haya una creencia en lo que se hace en México, porque sólo de esta manera se podría pasar de estar todo el tiempo en espera de la validación que viene del exterior -de festivales internacionales y Hollywood, a un movimiento que disfrute de crear para sí mismo y su sociedad. Sólo ahí se encontraría la fortaleza para construir movimientos independientes que vayan a la esencia del material que nos

pertenece y nos atañe como país y sobre todo como seres humanos que viven.

Es sumamente positivo que México está en una etapa de búsqueda en la que cada vez se abren más incentivos financieros -aún si todavía hay algunas dificultades que se experimentan en la implementación. Los inversionistas y contribuyentes interesados deben entender que hay que apoyar al cine independiente porque éste se arriesga. Sólo así se encontrarán los hallazgos que forjen los cimientos de una industria sólida y consciente que no pretenda invertir únicamente con base en las referencias de éxitos o producciones extranjeras. De la misma manera, los productores deben apostar por historias que surgen de lo que experimentamos como mexicanos, en nuestro país e incluso en el mundo. Así apuntando a un máximo provecho creativo y originalidad para hacer películas que nos conecten con la vida que tenemos frente a nosotros y de la cual el cine nos habla.

EL MITO DE LAS IZQUIERDAS UNIDAS

Lilia Saúl Rodríguez

La izquierda en México no debería mirar hacia atrás. Todos los mexicanos esperan que algún día gobierne un partido de izquierda, tal y como lo han logrado los países de América Latina y la Unión Europea. Pero México parece que no está moviéndose a ninguna parte. En los últimos meses, y especialmente a principios de este 2009, hemos visto que la izquierda mexicana se está dividiendo en pedazos cada vez más pequeños.

La cultura democrática que existe en el país ha contribuido a que los ciudadanos y la sociedad, en general, esperen más de sus gobernantes y de sus partidos políticos. Pero cuando hablamos de la izquierda, la gente se vuelve todavía más exigente. Así pues, los mexicanos esperan más de la izquierda que hace veinte años. Cuando se fracturó el Partido Revolucionario Institucional (PRI), los mexicanos pensaron que ahora sí era la hora de la izquierda.

Después de los resultados de la elección de 1988 y del 2006, México debe repensar junto con los ideólogos, académicos y los mismos partidos políticos qué le está faltando a la ideología de centro-izquierda que no alcanza a gobernar todo el país y también saber qué quieren tener. No tienen que unificarse en un solo partido político. Pero tampoco dividirse en tantos. La izquierda más radical está en algunos movimientos sociales y en algunos sindicatos. Hay muchas izquierdas. La opción es encontrar el cómo ponerse de acuerdo.

La izquierda debe estar en movimientos ciudadanos, más allá de las inercias legislativas. México debería ser capaz de tener partidos de centro-izquierda que pudieran aliarse sin tantos rencores y promover juntos propuestas sociales, la defensa de derechos humanos y una mayor civilidad y cultura política. Pero la izquierda que hoy vemos dividida es sólo el reflejo de lo que en otros institutos políticos también está pasando. Pero nuevamente repito: Siempre se fijarán más en la izquierda. La ciudadanía se fija más porque siempre ha habido ese sentimiento guardado de querer que alguna vez gane aunque sea por pocos votos de diferencia.

Dos datos para el recuerdo: Cuauhtémoc Cárdenas, candidato a la Presidencia en 1988, perdió a pesar de que obtuvo 5.9 millones de votos, según la contabilidad oficial. Y el segundo, Andrés Manuel López Obrador, obtuvo 13 millones 624 mil 506 votos, pero tampoco ganó.

En menos de veinte años el PRD alcanzó a duplicar su fuerza electoral. Pero no fue suficiente. Precisamente, esa ciudadanía es la que está impulsando en esta actual sociedad mexicana el seguimiento de una izquierda actualmente resentida y dolida, pero que todos apuestan—incluyendo a partidos políticos, académicos y ciudadanos en general—a que en breve se reconstituya y se fortalezca. Hacia allá es a donde debe caminar México.

La centro-izquierda ya aprendió que puede gobernar a la capital del país y algunas entidades de México. Sin embargo, no es suficiente. Debe contribuir no sólo al engranaje que significa el gobernar, sino también promover nuevas políticas públicas para el desarrollo de los mexicanos.

La izquierda sabe gobernar bien en ciertos sectores, como el otorgar apoyos sociales y ayudas económicas a sectores vulnerables. Sin embargo, hay otros rubros en los que podría contribuir más, como el desarrollo de técnicas para alfabetización en todo el país, mejorar el medio ambiente, facilitar herramientas para desarrollar la ciencia y promover la cultura de la democracia.

En este último ejemplo, serviría que la centro-izquierda mexicana promoviera el respeto y el valor de las instituciones gubernamentales, pues en algún momento se llegó a pensar que se buscaba vulnerarlas.

También en la medida en la que participe en las instituciones autónomas o independientes del país, en esa medida contribuirá al crecimiento de un mayor desarrollo de la democracia. Tal es el caso del Instituto Federal Electoral, órgano autónomo que define el rumbo del proceso electoral del país. Sin embargo, si no hubiera la contribución de los representantes de los partidos políticos de centro-izquierda, este instituto estaría falto de dicha participación, lo cual sería lamentable.

Para promover que el pensamiento progresista influya en la toma de decisiones, es necesario que la ideología de centro-izquierda, desde los espacios de poder públicos, se permita organizar y así coadyuvar al desarrollo del país. Como ejemplo está el Congreso de la Unión,

el cual puede ser un lugar estratégico para tomar decisiones desde la izquierda, las cuales podrán modificar la vida institucional del país.

Otra forma de incidir es precisamente no dejar de asistir a los espacios donde se toman las decisiones. Ya sean lugares públicos o privados, el representante de la centro-izquierda deberá hacer acto formal de presencia para que sea considerado en el debate.

En el caso de los líderes emergentes, creo que éstos deben de superar sus proyectos personales, que a veces parecieran más importantes que los colectivos. Actualmente, algunos líderes promueven sus ideologías afines a las masas que los siguen, pero también es necesario no sólo quedarse en ideas estalinistas o cerradas para que esta misma izquierda promueva cambios en los dirigentes políticos y en la forma de cómo presentar las propuestas.

A veces me doy cuenta con la información que tenemos a mano, que los mismos partidos políticos no abarcan ni agotan todas las instancias internacionales que podrían tener a su alcance, de no haber un modo de hacerse eco a nivel nacional. El pensamiento progresista de algunos líderes emergentes ha contribuido a que las instituciones mexicanas se hayan transformado, a pesar de que algunos de sus mismos integrantes procuraran dismantelarlas o ponerles un freno.

Creo que ahora es momento de que los líderes emergentes continúen con la promoción de los derechos de Tercera Generación así como la defensa de los derechos humanos en general. Tal es el caso de la indefensión en la que se encuentran los indígenas de México así como las analfabetas, las mujeres frente a la violencia doméstica o los y las jóvenes frente a cualquier tipo de abuso. La sociedad también debería de apoyar a los organismos políticos de centro-izquierda, para lograr juntos la transición y el avance requerido para que el país deje de ser uno en vías de desarrollo.

DEFENSORES EN PELIGRO DE EXTINCIÓN

Olivia Zerón Tena

Ayutla de los Libres, Guerrero. Una es la izquierda electoral y otra la izquierda del día a día. Una tambora acompaña al cortejo fúnebre. Es 24 de febrero de 2009. Indígenas de comunidades mixtecas y tlapanecas siguen el camino de dos féretros que recorren las calles en hombros. Llevan pancartas que exigen justicia. El funeral es también una marcha de protesta que se detiene frente a las oficinas del Ayuntamiento. Uno de los oradores destaca por su juventud. Tiene diecisiete años. Con una mano sostiene el micrófono; la otra es un puño cerrado que lo ayuda a contener las lágrimas.

“Yo no tengo miedo, yo no me voy a esconder, aquí estoy y daré la cara por mi papá”, dice Samuel, el hijo mayor de uno de los muertos, mientras se quita la gorra para dejar ver su rostro, moreno y enardecido, a la gente congregada. Cuatro días antes, el cadáver de Raúl Lucas Lucía, su padre, y el de Manuel Ponce Rosas fueron hallados ocultos bajo tierra en un paraje del municipio vecino de Tecoanapa. Antes de ser ejecutados, ambos habían sido torturados por sus asesinos.

Raúl y Manuel eran presidente y secretario, respectivamente, de la Organización para el Futuro del Pueblo Mixteco. Cuando aparecieron los restos de los luchadores sociales, éstos ya tenían siete días de haber sido “desaparecidos”. En un acto público celebrado al mediodía del 13 de febrero de 2009, tres hombres armados se los llevaron por la fuerza de una escuela secundaria frente a los ojos de una treintena de personas, entre ellas, la regidora Guadalupe Castro, esposa de Raúl.

“Un estado democrático necesita defensores de derechos humanos, esas personas que por convicción deciden dedicar su vida a la búsqueda de la justicia”, me dijo enfático en una entrevista reciente Ernesto López Portillo, especialista en seguridad. Hablábamos sobre la situación en Ayutla, de donde yo venía regresando, y que sin más se quedó sin defensores de derechos humanos (al menos activos) en menos de un mes.

Tras la ejecución de los activistas, abandonó la región Obtilia Eugenio, la presidenta de la OPIM (Organización de Pueblos Indígenas

Me'Phaá), una agrupación tlapaneca hermana de la que dirigían Raúl y Manuel antes de ser asesinados. Obitilia recibió amenazas de que sería la próxima en ser ejecutada si continuaba con su trabajo. También se fueron los abogados del Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, quienes cerraron su oficina luego de ser perseguidos por una camioneta sospechosa, en la carretera a Chilpancingo.

El problema de la falta de activistas en este rincón de la Costa Chica de Guerrero, no es menor. Sobre todo en un contexto como el de Ayutla, donde como explica Abel Barrera, director de Tlachinollan, “hay una consigna de criminalizar a las organizaciones indígenas”, pues desde la masacre de El Charco, asegura, se maneja que éstas “trabajan para los grupos guerrilleros”. De hecho, el activismo de Raúl y Manuel cobró fuerza a partir de ese acontecimiento.

Guadalupe, viuda del primero, es oriunda de esa comunidad. El esposo de su hermana fue una de las once personas asesinadas la madrugada del 7 de junio de 1998, cuando militares irrumpieron en una escuela, donde la noche anterior se había realizado una reunión a la que, se confirmó después, asistieron milicianos del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente, ERPI.

Raúl comenzó a apoyar desde entonces a las viudas y a otros deudos de El Charco para exigir justicia, la cual, por cierto, no ha llegado hasta el día de hoy. Paradójicamente la región ha seguido bajo una fuerte presencia militar, primero en busca de guerrilleros y ahora para combatir a los grupos de delincuencia organizada que se han extendido por el estado, los cuales –se dice– ahora prestan sus servicios como sicarios para ajusticiamientos extrajudiciales.

Así, en un país donde ejecuciones y “levantones” se han vuelto el pan de cada día; donde cada muerte apenas consigue una o dos líneas en el recuento periodístico cotidiano; donde los ciudadanos hemos ido perdiendo la capacidad de asombro porque ante el horror de la violencia preferimos pensar que sus víctimas, todas, “andaban en cosas malas”; en un escenario de este tipo, los defensores de derechos humanos parecen trabajar en medio de fuego cruzado.

El caso de Raúl y Manuel es una pequeña piedra de toque. “No es Ayutla, es todo el país”, me dijo Eduardo Murueta, Procurador de Justicia de Guerrero, como si eso diera licencia a la impunidad.

Y sí, los defensores mixtecos asesinados, seguro que andaban metidos en algo. ¿En qué? Lo mismo gestionaban programas sociales o la construcción de un camino, que llevaban a mujeres embarazadas al hospital o pedían apoyo para los gastos funerarios de familias sin dinero. Guadalupe, la viuda de Raúl, cuenta que la semana que los secuestraron, estaban exigiendo que el presidente municipal cumpliera con su compromiso de campaña de entregar fertilizante a las comunidades.

Guadalupe y Margarita Martín, la viuda de Manuel, también están amenazadas. Para platicar con ellas viajé a Ayutla por tercera vez en los últimos doce meses como parte de mi trabajo como reportera. La primera había sido en abril de 2008, cuando cinco integrantes de la OPIM fueron detenidos. En esa ocasión conocí a Obtilia, quien me habló de Valentina Rosendo e Inés Fernández (a quien también conocí), indígenas abusadas sexualmente por soldados en 2002, cuyos casos, denunciados por su organización, llegaron hasta la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Ella, a cambio, comenzó a recibir intimidaciones.

El segundo de mis viajes fue en octubre de ese mismo año. La razón: la ejecución del ex presidente municipal Homero Lorenzo, entonces candidato del PRD a una diputación, mientras corría con su hija la mañana del 24 de septiembre. Otro crimen que nunca se esclareció. En la visita más reciente que hice, ya no me quedó ninguna duda: Ayutla es una de esas zonas de injusticia que hay en el país.

No estaría mal que la izquierda electoral, la de arriba, acompañe más a menudo a esa izquierda del día a día, de la que formaban parte los indígenas Raúl y Manuel, que como tantos otros defensores de derechos humanos trabajan a ras de tierra, desprotegidos y por lo regular en el anonimato, hasta que son asesinados por el Poder. Ojalá no estén en peligro de extinción.

V. POLÍTICA Y DEMOCRACIA SOCIAL

MÉXICO EN SU ENCRUCIJADA POLÍTICA

José Carlos Cañas Fernández

La construcción de un país, cualquiera que sea, ha de hacerse desde adentro pero mirando siempre hacia afuera. Quiero decir que importa tanto la consolidación del sistema político nacional, fundado en normas e instituciones, como la posición que se tiene —se gana, desde luego— en el orden internacional. La alternancia política mexicana arribó hace casi una década. Sin embargo, lejos de concretar la llamada transición democrática, la actuación en los últimos años de los diversos actores con relevancia nacional, ha minado las estructuras institucionales del Estado y el incipiente sistema democrático mexicano. Y es que el nuestro es un sistema cuya maduración ha seguido una ruta *sui generis*. Alejado durante mucho tiempo de las democracias occidentales —las de largo arraigo en Europa y la de EEUU— en las que la competencia política y la alternancia en el poder apoyados por un sólido subsistema electoral y de partidos, es moneda de uso común. Y alejado también, por mérito de la administración del poder, no se puede negar, de las tentaciones dictatoriales —civiles y militares— que fustigaron la larga noche latinoamericana y que aún hoy se niegan a reconocer la suficiencia de sus pueblos para darse libremente los gobiernos que deseen.

En nuestro país, hemos transitado de un sistema político de partido hegemónico a uno de partido dominante, para posicionarse en un pluripartidismo que ha devenido en un tripartidismo. Sin embargo y aunque parezca un juego de palabras, se convierte en bipartidismo alternadamente en las regiones norte y sur del país. No obstante, huelga decir que no hay demasiadas alternativas entre ellos. La visión pragmática, el acceso al poder —en la irresponsable y lamentablemente célebre frase del presidente de la república: “*haiga sido como haiga sido*”— a cualquier costo, la subordinación de lo inmediato a lo trascendente, la preocupación electoral a costa de la planeación generacional y la manida pero cierta expresión de la primacía del interés personal o de grupos al general, desalientan la consolidación del sistema democrático que —aunque se califique por los

constitucionalistas de programática en algunas partes a nuestra Constitución— debe trascender por mucho el espectro electoral para permear en todas las estructuras del quehacer cotidiano de los mexicanos. Así estamos cuando el proceso electoral federal para renovar la Cámara de Diputados avanza inminentemente rumbo a las campañas proselitistas que habrán de alcanzar su punto más álgido el 5 de julio, cuando tenga lugar la jornada electoral. En el abanico de opciones se encuentran 8 partidos políticos nacionales con sus respectivas listas —en este momento— de precandidatos a ocupar un lugar de los 500 espacios que hay en la sede de la representación nacional, como le califica el artículo 51 constitucional. ¿Pero, cuál debe ser la opción —si acaso hay alguna— para nuestro país? Aquí radica la relevancia de nuestra afirmación inicial: un país se construye desde adentro pero mirando hacia fuera.

En la hora actual, en materia política, no existen —ni en la Ínsula Barataria que hizo gobernar el genio universal de Cervantes a Sancho Panza— islas y ni siquiera promontorios. Los Estados-nación se vinculan en muchos sentidos. Los países y sus gobiernos enfrentan problemas comunes en cada uno de los hemisferios de los que forman parte. La idea de la globalización, de la aldea global acuñada por Marshall McLuhan potenciada por la socialización de los medios electrónicos de comunicación, es una realidad rampante. Sus venas son políticas, tecnológicas, culturales además de económicas, como sostiene Anthony Giddens en *Un mundo desbocado*. La crisis financiera global originada y azuzada por la voracidad especulativa de unos cuantos, ha puesto en el centro del debate la viabilidad del sistema económico del imperio, apuntalado por la derecha fundamentalista. Y aunque su líder ya se ha ido, perduran las superestructuras sociales, políticas y económicas que habrán de derrumbarse para reconstruir un nuevo orden político y financiero global, del que no podemos, ni debemos, mantenernos ajenos. Es hora de volver la vista y poner oídos a la otrora voz que se consideraba clamaba en el desierto. Hoy día, para decirlo con Protágoras, el hombre tiene que ser la medida de todas las cosas. Y para eso está el Estado. Un Estado que sea factor de equilibrio: ni benefactor ni policía. Y un mercado que deje de ser esa bestia mitológica que se engulle a quienes le alimentan.

La realidad —obtusa *per se*— termina siempre por imponerse. No es posible seguir considerando como hacía George Soros al decir que “son los mercados quienes tienen sentido de Estado”¹. No. Si los mercados, o mejor dicho, el mercado financiero no pudo ni siquiera salvarse a sí mismo, menos lo hará —ni soñarlo— con las amplísimas franjas de desprotegidos que abarrotan las zonas rurales y periféricas de las grandes ciudades. Esa es una tarea que a nadie más que al Estado corresponde atender. El Estado es un producto histórico eminentemente social. El mercado, en cambio, es un producto económico-financiero de claro corte individualista, descendiente del librecambismo, hijo a su vez de la mercadería fenicia. Son las mismas turbulentas aguas las que tienen que sortear los mercaderes de ayer —aguas en sentido literal— con los de hoy —figuradamente me refiero a los grandes centros bursátiles del mundo en que los remos se han sustituido por los ordenadores y el oro y la plata por el dinero electrónico.

Otra vez la realidad: de 1989 a 1991 Europa sufrió una de sus más grandes convulsiones políticas de los últimos tiempos, con repercusiones en todo el orbe. Durante la noche del día 9 al día 10 de noviembre de 1989, Berlín veía derrumbarse el ícono de la Guerra Fría: el muro. Y de 1990 a 1991, la URSS se disgregó en una veintena de repúblicas independientes y Rusia sustituyó a la antigua Unión Soviética en el concierto internacional de las naciones. El entonces presidente George Bush anunciaba el nacimiento de un nuevo orden mundial. El *fin de la historia* vaticinado por Francis Fukuyama tocaba a las puertas del mundo. Sin embargo, la sismica sacudida financiera mundial ocurrida precisamente en el seno estadounidense, como ya hemos dicho, pone en la palestra de nueva cuenta la necesidad de adoptar nuevas vías para la gobernanza global. La alternativa, sin lugar a dudas, está dada en una tercera vía que a partir de una posición en la imaginaria geometría política, se sitúa en la centro-izquierda del espectro, para que la unidad que emana de la diversidad y del reconocimiento honesto de las diferencias de todos, precondition de la igualdad material, los derechos

1 Joaquín Estefanía, *El poder en el mundo*, 2000.

de “acceso a” sustituyan a los formales “derechos a”, la tolerancia, la inclusión, la pluralidad sean valores efectivos que nutran la convivencia cotidiana y no meras declaraciones por más que se las sitúe aún en el texto constitucional.

Éste es el contexto internacional. Bajo estas coordenadas asistiremos a renovar una de las cámaras que integran el Poder Legislativo del Estado mexicano. Lo menos que habría que esperar es que de verdad haya quien asuma posiciones de centro-izquierda para recobrar al menos algo de la dignidad nacional y de la presencia —ya no digamos el prestigio— internacional.

SIN MUJERES NO HAY DEMOCRACIA Y NO HAY DESARROLLO

Erika Cervantes Pérez

Cómo hablar de democracia cuando una nación ignora al 52 por ciento de su población, cuando la voz de estas personas no es escuchada por el hecho de nacer mujer, donde sus derechos humanos son cuestionados a cada momento, si de verdad tienen derechos o es una concesión para que dejen de manifestarse.

Me es grato pensar que hace 40 años la Fundación Friedrich Ebert inició su trabajo para apoyar la democracia y el desarrollo en México. Sin embargo, apenas 16 años atrás, las mujeres en México habíamos conseguido el derecho al voto y con ello el reconocimiento de nuestro ser como ciudadanas. Hoy con una ciudadanía de un poco más de un siglo, seguimos esperando y trabajando porque nuestros derechos humanos y ciudadanos sean respetados y no tengamos que experimentar el ser tratadas como ciudadanas de segunda clase.

Y de ahí parte mi reflexión de hacia dónde me gustaría que transitáramos como nación. A lo largo de la historia de nuestro país las mujeres han trabajado y luchado a la par de los varones para construir una sociedad democrática, respetuosa y con derechos ciudadanos y humanos. En más de una ocasión las mujeres han luchado por ejercer su derecho a la educación y hoy en pleno siglo XXI es una demanda no resuelta. Si bien no es el periodo novohispano, donde la décima musa Sor Juana Inés de la Cruz decidió vestirse de varón para acceder a la educación superior, existe un número considerable de mujeres jóvenes que viven en poblaciones rurales o indígenas que no asisten al sistema educativo escolarizado, lo que limita su desarrollo personal.

Límites que afectarán la vida de estas jóvenes que las políticas públicas han olvidado en los programas y acciones. Imaginen que existe un programa que apoya la permanencia de las niñas y jóvenes que viven en situación de pobreza y que para que ellas accedan a este programa, su madre tiene que hacerse responsable de recibir y administrar la beca, pero su madre ha muerto de una muerte que pudo ser prevenible al ejercer su derecho a la maternidad. Y estos cuadros se repiten una y otra vez. Basta preguntar

a las mujeres indígenas si conocen a alguien que muriera de esta forma; ellas hablarán de sus hermanas, primas, madres, comadres, amigas, donde los programas no toman en cuenta su cultura, donde les ofende de manera profunda la forma en que son tratados sus cuerpos para acceder a la salud.

Si pensamos en el acceso de las mujeres a los sistemas de procuración de justicia, la panorámica mantiene la constante de poner en entredicho la palabra de las mujeres: si de verdad viven violencia, si es verdad que sus hijas están desaparecidas, si es real que han sido despojadas de sus bienes, si es cierto que su ex marido ha sustraído a sus hijas e hijos de su domicilio. Las mujeres adolecen de sospecha previa a su denuncia y esta sospecha no se disipa en ningún momento del procedimiento legal. No importa lo que digan los peritajes, lo que marquen los hechos o lo que diga la ley, pocas mujeres pueden comentar que su denuncia fue atendida, sus derechos respetados o bien que se les hizo justicia.

Y no es que las mujeres sean víctimas, las mujeres como cualquier persona de este país tienen los mismos derechos, pero sí existe una diferencia entre ser mujer o ser hombre al tratar de ejercerlos. Un sistema sociocultural que margina y limita a las personas a partir de su sexo, devaluando y subordinando lo femenino y sobrevalorando lo masculino.

Si bien el pensamiento de izquierda se caracteriza por proponer nuevas formas de ejercer los derechos políticos y ciudadanos, en el caso de los derechos ciudadanos y políticos de las mujeres aún tiene una deuda pendiente. En algunas ocasiones, la izquierda institucionalizada en los partidos políticos ha retomado la demanda del movimiento feminista y del movimiento popular de mujeres para crear plataformas políticas incluyentes. En la práctica, su llegada al poder no se ha materializado en mejora en las condiciones de vida y ejercicio de la ciudadanía de las mujeres.

Para las mujeres en México, tomar un papel protagónico dentro del campo político ha costado mucho. No basta la militancia y el desarrollo profesional, tienen que demostrar sobre los hechos que son mejores que como cualquiera de sus colegas varones, que no se amedrentan ante ninguna circunstancia y que son capaces de aguantar ser juzgadas desde el campo privado dentro de su función pública y política.

Esta participación en circunstancias desiguales entre mujeres y hombres se refleja en la creación y propuesta de políticas públicas que no

se encaminan a desarrollar la igualdad entre la población mexicana. En umbrales del siglo XXI, existen seres humanos que no tendrán acceso a resolver sus necesidades básicas, a desarrollarse como personas y que su lugar de nacimiento y su sexo le hará vivir en marginalidad. Me refiero a las mujeres que nacen en zonas rurales o indígenas que verán mermada su libertad y derechos, al carecer de opciones para decidir.

La izquierda, por lo tanto, no ha sido la respuesta a estas demandas. Si vemos el patrón actual de candidatos y candidatas, las mujeres no rebasan el 30 por ciento de Diputadas y Senadoras que la ley señala. En la práctica, sólo un 21.4 por ciento son mujeres, contra un 78.6 por ciento de legisladores en las próximas elecciones para renovar el Poder Legislativo. Esta reproducción de la marginación política y social de las mujeres se encuentra apoyada sobre sólidos pilares culturales que hasta hoy, pese a las discusiones y avances sociales, no se han logrado romper. Uno de los elementos que abona a que el estado de las cosas permanezca, es el uso y producción de los medios de comunicación masiva.

Pese a los esfuerzos por democratizarlos, regularlos y convertirlos en un bien común, donde la ciudadanía pueda ejercer su libertad de expresión e información, los medios de comunicación, convertidos en empresas privadas y monopolios, contribuyen a seguir reproduciendo la cultura de discriminación, desigualdad y subvaloración hacia las mujeres que son utilizadas y cosificadas en los mensajes que se vierten.

No son nuevas las diversas propuestas sobre un orden mundial más justo, sostenible y centrado en las personas, en el que los medios respondan a esta propuesta con la creación de medios de comunicación de carácter público que alienten el diálogo, el debate y la participación. Medios de comunicación que contribuyan a revalorar a las personas y no marginarlas por su condición de género, que no justifiquen la violencia ejercida en contra de las mujeres, que trabajen a favor de la equidad, el respeto y las nuevas formas de relaciones humanas donde la subordinación no sea uno de los valores que impere entre las mujeres y los hombres. Que se respete la creación legal de los medios comunitarios y alternativos que para muchos grupos han sido la única posibilidad de reconocerse y reconocer su voz como ciudadanía.

Esfuerzos por democratizar los medios e irlos trasformando existen muchos. Yo me referiré a la Red Nacional de Periodistas que comparte la misión de hacer realidad la democracia en los medios. Esta propuesta parte de poner al centro de la noticia el quehacer social de las mujeres y con ello diversificar y sumar más voces en los medios de comunicación. Con 14 años de creación ha permitido ir rompiendo el llamado cerco informativo, dibujando el rostro de las mujeres como protagonistas de las noticias y constructoras de la sociedad y la historia. Se coloca, desde el campo de los derechos y la ciudadanía, el actuar de las mujeres en equidad con los varones. La lucha que esta red ha dado se materializa en la publicación de información en los medios masivos comerciales desde una cultura de la equidad, con la creación de la fuente de organizaciones o mujeres para los *mass media*.

Los avances no son por grandes trechos; se han dado paso a paso, pero esta tarea emprendida por 32 mujeres y un varón hoy es una tarea compartida por 2,050 profesionales de los medios que día a día tratan de mirar en las noticias dónde están las mujeres. Y con ello a construir democracia donde las mujeres y los hombres somos iguales.

Ejercemos la ciudadanía y abonamos a una sociedad más libre, informada, con derechos en el marco del ejercicio efectivo de nuestros derechos humanos.

NUEVO FUTURO

Efraín Delgadillo Mejía

Lo mejor está por venir. Cuando miles tiraron el muro de Berlín y huyeron del llamado comunismo real, nosotros, la izquierda, sufrimos cierto abandono; algunos proclamaron el reinado del pensamiento único, otros, simplemente, se alejaron. Hoy, la crisis económica mundial nos obliga a revalorar la participación del Estado en la economía y cuestiona a quienes se proclamaron vencedores de aquella batalla, los deja huérfanos. Presenciamos el fin del Estado como lo conocíamos. Por nuestra parte, en México vivimos durante el año 2000 lo que llamamos “la transición democrática”. El Partido Revolucionario Institucional fue arrojado de Los Pinos después de 70 años para darle paso al Partido Acción Nacional, egregio representante de la derecha, quienes mantuvieron la oligarquía económica por la vía de las elecciones, cuando antes, en nuestro propio país y en otras realidades latinoamericanas, lo hicieron por las botas militares.

México había recorrido un camino de aplicación de las políticas económicas de corte neoliberal que le mandaba el Consenso de Washington. La elite gobernante cumplió con el decálogo que se convirtió en un programa general. Así, aplicaron disciplina fiscal, reorientaron el gasto, crearon nuevos impuestos, liberaron las tasas de interés, se creó a través del Banco de México una tasa de cambio competitiva, firmaron el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, se permitió la entrada de inversiones extranjeras directas, privatizaron los bienes públicos, desregularon el comercio y modificaron los derechos de propiedad, particularmente los de la tierra, con el claro beneplácito de los organismos financieros internacionales (FMI, BM), el Congreso de los EEUU, la Reserva Federal, los altos cargos de la Administración y los institutos de expertos económicos.

México cumplió con creces con su mandato, nuestros gobernantes no entendieron que el bien común de las naciones no implicaba la sumisión de un país a otro. Sin embargo, provenientes de un régimen que se fincaba en la corrupción, no desperdiciaron la oportunidad de hacer negocios así con el adelgazamiento del Estado y la venta de bienes públicos: en nuestro país, liberalización significó lo contrario, privatización y creación

de oligopolios, que dio por resultado la polarización económica de nuestra población. Tenemos a 45 millones de personas en pobreza y 15 millones en pobreza extrema y al hombre más rico del mundo. México renunció a la capacidad rectora del Estado en materia económica y entre otras consecuencias, puso en riesgo el acceso a los alimentos esenciales y de mínimos de nutrientes, abdicando a su obligación de establecer condiciones de vida digna, contenidas en el pacto fundamental del Estado mexicano.

Se han modificado los patrones de lluvia: sequías en algunas regiones y en otras precipitaciones excesivas. En nuestro país, más de dos millones de pequeños productores agrícolas dependen de la lluvia de temporal, su producción es tres veces menor a los que cultivan en riego, así que los que dependen del temporal son los más afectados por el cambio climático. Esto trae como consecuencia la ampliación de las condiciones de desigualdad, además de que socavará la producción de subsistencia y se incrementarán las condiciones de la migración forzada, con el consecuente abandono del campo. Tenemos menor disponibilidad de alimentos y menores oportunidades de combatir la pobreza.

Adicionalmente, vivimos una fuerte crisis de seguridad en el año 2008, que arrojó diez mil muertos a causa del crimen organizado. Crisis económica y crisis social: el síntoma de un fracaso de un sistema de seguridad pública, de justicia social y de instituciones estatales, entre ellas, del sistema financiero. En estas circunstancias, no entendemos que los recursos en la Secretaría de Seguridad Pública se destinen al programa prevención del delito con perspectiva 56.62% del monto total asignado a esta Secretaría. De esta cantidad, el 77% se dedica al Programa Presupuestario Implementación de Operativos para la prevención y disuasión del delito, asignados a la Policía Federal Preventiva. Esto es, la respuesta del Gobierno federal es concebir a la prevención del delito como el incremento de los efectivos policíacos en las calles. Esto constituye un problema histórico, las oligarquías en el gobierno construyen sistemas de seguridad débiles, para comprar lealtad a cambio de impunidad. Nosotros que sostenemos que “aumentar los presupuestos, incluso con grandes sumas para pagar a más policías, [no repercutirá] en una diferencia sustancial en los niveles de criminalidad”, lo cual no significa que no deban destinarse recursos públicos al efecto, sino que éstos sean utilizados de manera eficiente en el

combate de los factores de riesgo y no únicamente para la implementación de medidas de coerción.

Mi generación, la nacida en los años setenta, participó y presenció acontecimientos históricos que cambiarían definitivamente la realidad nacional (o eso era lo que esperábamos) porque teníamos el firme convencimiento de que, desde la crisis de 1984, llegamos a un punto de no retorno, en el que ya no funcionaba el régimen político, social y económico. En resumen: el país requería de una nueva institucionalidad. Esto se reflejó en un proceso electoral, en el que irrumpió la sociedad encabezada por el Ing. Cuauhtémoc Cárdenas, quien ganó la elección del 6 de julio de 1988, triunfo que le fue arrebatado por medio de un descomunal fraude. Esto fue reconocido por Miguel de la Madrid en septiembre de 2006. ¡18 años después!, sin embargo, el sistema político del PRI se había quebrado y además surgió el Partido de la Revolución Democrática, al que pertenezco.

La profundización del modelo neoliberal que incluía la privatización de los bienes nacionales fue el signo del gobierno de Carlos Salinas, cuyo sexenio terminó con una grave crisis social, una rebelión armada, asesinatos políticos y un clima de incertidumbre. Otra vez era indispensable reformar el Estado pero de manera profunda. Lentamente la oposición en México ganó presidencias municipales, diputaciones locales y gubernaturas. Poco a poco avanzaba la lucha democrática del país; era posible una alternancia sin ruptura, sin riesgo de violencia. Cuando Vicente Fox ganó la Presidencia de la República, llegamos a la alternancia en el ejercicio del poder. Los más optimistas esperaban cambios, pero el resultado fue otro: el PAN suplió al PRI en el mando, las estructuras del poder caduco y corrompido siguieron intactas. El modelo económico era el mismo y la relación con la sociedad no sufría cambios. La implementación de un plan orquestado para retirar de la contienda electoral a Andrés Manuel López Obrador con un proceso de desafuero, revivía las prácticas más oscuras del priismo: el encarcelamiento de los opositores.

Nada había cambiado. La participación descarada del Ejecutivo y sus aliados -el gran capital haciendo campañas negras contra Andrés Manuel-, un órgano electoral parcial y corrupto, evitaron por la vía del fraude que una opción distinta llegara a la Presidencia nuevamente. Aquí no esperamos tanto: seis meses más tarde Vicente Fox reconoció que

cometió fraude. Así, tenemos que ante la incapacidad de modificar las estructuras de poder y sociales, el Estado mexicano opta por las reformas coyunturales, que son usadas con fines políticos y, en términos reales, sirven como válvulas de escape. Pero no debemos olvidar que, finalmente, el ejercicio de la soberanía popular, que dio origen al Estado mexicano, es y debe instituirse en beneficio del pueblo y que éste tiene en todo tiempo el derecho inalienable de cambiar a sus autoridades cuando no respetan el Pacto Constitucional.

Para completar el cuadro trataremos el problema de derechos sociales y sus diferentes acepciones: ciertos bienes o valores (justicia, igualdad, salud, educación, etcétera), y más específicamente, una serie de pretensiones o demandas para obtener o garantizar dichos bienes o valores que se consideran un medio para obtener aquello que se llama justicia social. Yo prefiero su definición como derechos prestacionales, que requieren, por su parte, de una acción positiva, traducida normalmente en la prestación de algún bien o servicio. Es decir, que cuando hablamos de ellos hacemos referencia a bienes o servicios económicamente valiables; subsidios por desempleo, enfermedad o vejez, sanidad, educación, vivienda, etcétera.

Sin rodeos son los derechos del individuo o colectivos frente al Estado cuya satisfacción exige una transferencia de recursos de los sectores más ricos a los más pobres, lo que genera fuertes reticencias de aquéllos cuando se pretende garantizarlos jurídicamente. Se trata pues, de un problema de redistribución. Para nosotros el problema número uno en nuestro país es la pobreza y su hermana la desigualdad; lamentablemente nos quedan pocas opciones; yo voto por dos de ellas: la renta mensual garantizada y el ingreso mínimo universal de ciudadanía. Otra opción es la de instaurar un impuesto negativo sobre la renta en este país. Sólo pagan impuesto el 5% de las personas con actividad económica; que todos paguen impuestos de acuerdo a los que perciban, pero cuando los ingresos de la persona sean mínimos que ésta cobre en lugar de pagar.

HACIA UNA NUEVA IDENTIDAD

Juan Carlos Flores Aquino

En una aportación como la que significan los 40 años de la Fundación Friedrich Ebert en México, pensé en un principio escribir algo que fuera lo suficientemente atractivo como para quedar en la historia de un libro. Entonces, la primera idea que se me vino a la mente fueron los 40 imposibles del México actual: uno sería que en México esté el hombre más rico del mundo, mientras que nuestro país vive una de las más grandes desigualdades mundiales; o cómo es posible que haya extorsiones telefónicas que se realizan ¡desde los centros de readaptación social!; o por ejemplo, un ex presidente que reconozca que influyó de manera directa en elecciones presidenciales y siga tranquilamente en su rancho presumiendo sus riquezas; o finalmente cómo es posible que la izquierda política del país no haya madurado lo suficiente como para lograr llegar a la Presidencia de la República, después de haber ganado las elecciones presidenciales en 1988 y en el 2006.

Sin embargo, pensé en mejor aprovechar esta oportunidad para reflexionar lo que ha sido México hasta este 2009, y por qué siendo la Nación que somos, no hemos logrado darle una mejor vida a las familias de este país. Y aquí es donde me encuentro, así que comenzaremos por lo que considero el origen.

Siempre quedará la gran duda sobre qué sería de México de no haber llegado la invasión española hace más de 500 años; desde aquel entonces, los mexicanos hemos estado sometidos cultural y socialmente. La discriminación y desigualdad son características permanentes que nos han acompañado siempre, y que en mucho podrían explicarnos por qué los mexicanos somos acomplexados. Y aquí una pausa. No quiero afirmar que este complejo sea por gusto propio, o seguramente habrá quien piense en qué me baso para tan dura afirmación. Pero si observamos a nuestro alrededor, en cada ámbito de nuestra sociedad, hay interrogantes que siempre concluyen en lo mismo: por qué México con el gran potencial de riquezas naturales, con la gran extensión territorial, con la variedad y diversidad de flora y fauna, con su amabilidad, generosidad, con sus sabores, con sus texturas, con su gran diversidad cultural, por qué con todo esto y más no hemos logrado ser la Nación que los mexicanos nos merecemos.

Con todas estas potencialidades que hay en México, no escribí premeditadamente la palabra *su gente*. Y es por una razón muy sencilla: siempre lo que los mexicanos presumimos cuando hablamos con alguien de otro país, destacamos que lo más valioso que México tiene es *su gente*. Pero ¿nos hemos preguntado que piensan cuando les decimos eso?; pues primero que es una gran mentira, y por tanto, que somos mentirosos. *Su gente*... cuando lo primero con lo que se topan es la advertencia de que en México no se puede confiar en su policía; cuando el sinónimo de sus políticos es la palabra corrupción; cuando al llegar al aeropuerto o cruzar la frontera se encuentran con la extorsión; cuando se enteran de las muertas de Juárez; cuando los salarios que reciben su Presidente, sus Ministros, Magistrados, y gobernantes son más altos que en cualquier país desarrollado; ¿esta gente es la que podemos presumir que tenemos en nuestro país?. Por supuesto que no todos los mexicanos son los descritos anteriormente, pero el haber permitido que esto sea el sinónimo actual de la gente de México, ¿no implica una responsabilidad para la otra parte de la gente que hemos sido testigos?; es a esto a lo que me refiero cuando escribo sobre el complejo del mexicano. Un complejo que nos ha imposibilitado tener mejores políticos, mejores deportistas, mejores maestros, mejores policías, pero sobre todo mejores ciudadanos.

El gran complejo de los futbolistas mexicanos que percibiendo ingresos más altos que los de cualquier jugador del mundo son incapaces de llegar a una semifinal mundial. El gran complejo de no exigir y estar acostumbrados al también famoso “ni modo”, a la resignación y al dejar pasar. El complejo de para qué hacerlo hoy si mañana lo podemos hacer. El gran complejo de permitirles a nuestros gobernantes conformismo y mediocridad. ¿Es ésta la gente que presumimos cuando hablamos de México?

Ahora, buscar una razón histórica, una explicación que venga de nuestra conformación como Nación, o quizás una razón antropológica para la respuesta hasta lo aquí planteado nos llevaría unos cuantos libros más, por lo que mejor saltaré esta parte para también afirmar que aún con toda esa inercia histórica y cultural, estamos con las posibilidades y gran oportunidad de cambiar *el complejo*. Sí, desafortunadamente en este momento, 2009, me atrevo a afirmar que lo que menos podemos presumir de México es nuestra gente. Pero también estoy seguro que es ahora cuando podemos hacer que esto cambie. Y me parece que para lograr destacar a nuestra gente, lo primero

es buscar una identidad, la identidad del mexicano, y aquí también puedo afirmar, que son las mujeres mexicanas las que han comenzado con esta ansiada y buscada identidad.

Resulta muy relevante e importante que en los últimos años, hayan sido las mujeres mexicanas las que han destacado y aportado más a la Nación. En la cultura, en la política, en la ciencia, pero sobre todo en el deporte es donde las mexicanas me han hecho creer que este gran complejo con el que vivimos los mexicanos pueda desaparecer. Qué gran lección para los burócratas y la clase política del país, el desnudo que han hecho de ellos mujeres como Soraya Jiménez, Ana Gabriela Guevara, Belem Guerrero, Paola Espinoza y Paola Ortiz, o Rosario Espinoza, todas ellas medallistas olímpicas de este siglo; la pena que nos da que con esfuerzos propios e individuales, hayan logrado sus medallas olímpicas, y la vergüenza que nos puede dar cuando nos enteramos de todos los obstáculos y falta de apoyo de las autoridades, pero al mismo tiempo qué ganas de ser como ellas.

Una identidad para el mexicano podría componerse con lo revolucionaria de Tina Modotti o Benita Galeana; la fuerza de Denise Dresser o Lydia Cacho; la irreverencia de Frida Kahlo o Carmen Aristegui; la inteligencia de Amalia García o Julieta Fierro; la dedicación de Lorena Ochoa o Ana de la Reguera; la tenacidad y carácter de la futbolista Maribel Domínguez o de Denise Maerker; la congruencia de Lila Downs o de Cristina Pacheco; la convicción de Marta Lamas o de la comandanta Ramona; que decir de todas las amas de casa mexicanas que conozco, que hacen maravillas haciendo sobrevivir a toda una familia con lo apenas mínimo indispensable, ellas sí que son todas unas heroínas y dignas de todo reconocimiento.

Bien se ha escuchado que este nuevo siglo será de las mujeres, y yo no estoy nada peleado con esa idea, porque estoy seguro que tienen con qué y lograrán el desarrollo de nuestro país. Ahora, en México, conjuntamente con esta fuerza de las mujeres, se requiere también de una verdadera ciudadanía: desarrollar y consolidar al ciudadano.

Para ello, lo inmediato es ejercer la ciudadanía. Cuando empecemos a respetar nuestras leyes, cuando empecemos hacer más conciencia con el medio ambiente, cuando dejemos de lado el interés individual por el bien colectivo, cuando nuestra prioridad sea el ser humano y los seres vivos, es cuando los mexicanos comenzaremos a construir la Nación que se merecen

las siguientes generaciones. Cuando logremos una identidad propia y no sigamos deambulando sin saber quiénes somos los mexicanos, es cuando tendremos la capacidad de ser un mejor país, de elegir mejores gobernantes y lograr un desarrollo y crecimiento óptimo para todos.

La nueva generación política, los liderazgos emergentes, necesitaremos dejar en el pasado -en un relleno sanitario con bolsas de plástico biodegradables- la mediocridad política. En todos los partidos políticos -los que estamos en la política- y cada liderazgo desde su respectivo ámbito necesitamos empezar a exigir una mejor educación en nuestro país y trabajar en el capital humano. Los maestros de México tienen una gran responsabilidad que no es para ellos mismos ni para su sindicalismo ni para sus "líderes" corruptos. Las Universidades y las instituciones públicas del país necesitan ser otras, necesitan ir de la mano del desarrollo del país, estando al nivel de la competencia internacional y adaptados e inmersos en esta nueva era digital.

Los poderes fácticos no pueden seguir dominando la vida de los mexicanos. Es con una nueva generación política, con líderes emergentes como se sentarán las bases del desarrollo y crecimiento económico, político, social y cultural de México. Es la fe y también el amor por nuestra Nación lo que nos permitirá dejar ese gran complejo con el que hemos convivido todos estos años y estar por fin como una potencia en el mundo.

Estamos sin duda en un momento sumamente privilegiado: tenemos la capacidad de influir en los acontecimientos y hemos sido testigos de hechos que apenas hace un par de décadas parecerían de una película de ciencia ficción. Sin duda necesitamos pasar de ser los herederos de la década pérdida a los realizadores del gran siglo de México. Este mismo espacio en el que estamos escribiendo cuarenta personas sobre nuestro presente, es también sin duda un privilegio que aporta para dejar atrás el gran complejo, y darle paso al carácter y fuerza del mexicano. Tenemos todo para ir por una nueva identidad que nos permita salir muy adelante como la gran Nación que somos.

No quiero dejar de escribir mi mayor reconocimiento para Svenja Blanke por su enorme contribución para la visión de la izquierda en México durante sus años aquí: su inteligencia, sencillez, convicción, institucionalidad y visión progresista nos ha dado el ejemplo a varios y ha puesto en el lugar que se merece a la Fundación Friedrich Ebert, ¡muchas felicidades!

LA POLÍTICA SOCIAL COMO FACTOR DE CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA EN MÉXICO

Benito Mirón López

Como se observa en el caso mexicano, la democracia no es un elemento suficiente para una política social eficaz. A fin de alcanzar una política social que verdaderamente promueva la capilaridad social¹ es necesario cierto nivel de desarrollo económico, competitividad electoral, la organización de movimientos sociales, especialmente sindicatos que verdaderamente representen los intereses de sus agremiados, y partidos políticos con un interés genuino en el fortalecimiento del Estado de bienestar. Sin embargo, la democracia y la política social son fenómenos que se refuerzan mutuamente. Por un lado, se sabe que la democracia promueve derechos, facilita la participación ciudadana en la creación de políticas públicas, posibilita a los ciudadanos, a través del voto, la evaluación de sus gobernantes en relación a su desempeño en materia de protección social. Por otro lado, la política social afecta el avance democrático, ya que contribuye a su consolidación y a mejorar su calidad.

Es evidente que los últimos gobiernos mexicanos han privilegiado el crecimiento económico y la política neo-liberal sin cortapisa, sin favorecer una política social que amplíe la prosperidad a la gran mayoría de mexicanos. Coincidimos en que el desarrollo económico es un requisito *sine qua non* para alcanzar una verdadera protección social. Sin embargo, al gobierno mexicano se le ha “olvidado” el elemento redistributivo. La experiencia internacional muestra que algunos países han alcanzado índices positivos de salud y educación sin necesariamente tener ingresos per cápita muy altos, mientras que otros países, como México, han fracasado en sus intentos por mejorar los niveles de desarrollo humano, lo que sugiere que el crecimiento económico es una condición necesaria pero no suficiente para una política social eficaz.

¹ Se denomina capilaridad social al grado de posibilidad que existe en una sociedad para que un individuo de las capas bajas pueda acceder a capas superiores. Se utilizarán indistintamente los términos capilaridad social y movilidad social para hacer referencia a este fenómeno.

El primer acontecimiento por el que se verifica la contribución de la democracia a la disminución de las desigualdades tiene lugar durante el siglo XIX y principios del siglo XX, cuando la democratización y la extensión del derecho al voto a aquellos que no poseían propiedades fueron fuertemente asociado con la redistribución. Los representantes de los propietarios y las clases económicamente favorecidas temían que la extensión del sufragio a la creciente clase trabajadora lesionara a la propiedad privada. Los sindicatos independientes, o en coalición con los partidos progresistas, se constituyeron en grupos de presión y lograron conquistas sociales que mejoraron sustancialmente las condiciones laborales. La democratización logró que el Estado legislara sobre los accidentes de trabajo, el desempleo, las largas jornadas de trabajo, el trabajo de los menores, las remuneraciones económicas y las pensiones. Resulta entonces sorprendente que en la actualidad, las nuevas democracias, como la mexicana, revelen una fuerte erosión del elemento redistributivo, razón por la cual los politólogos han decidido considerar a estos regímenes políticos como democracias electorales, por su incapacidad de responder a las necesidades de la población.

El caso mexicano muestra claramente que el incremento en los niveles de competitividad electoral y la alternancia en el poder no son suficientes para la consolidación democrática. Evidentemente, la política social en México durante los últimos 30 años ha fracasado en su “intento” por reducir la inequidad y la polarización social, produciendo un déficit de representación a 44.7 millones de mexicanos que viven actualmente en la pobreza.

No son nuevos los argumentos que sostienen que la falta de políticas sociales que contribuyan a disminuir la inequidad afecta profundamente la representación y la democracia política. Los teóricos de la política, desde Aristóteles, han sostenido que la inequidad ayuda a producir regímenes hegemónicos. Las profundas desigualdades económicas que existen en nuestro país estimulan la mala distribución de los recursos políticos. Al distribuir el ingreso, el conocimiento, el estatus y otros valores, cada sociedad distribuye recursos con los que los actores pueden influir o resistir la influencia de otros.

La inequidad en una sociedad también lacera la democracia porque produce apatía hacia el sistema político, toda vez que aquellos

que se encuentran en las capas sociales más favorecidas habitualmente tratan de asegurar que la política no se enfoque en las divisiones que genera la desigualdad, sino que se organice a través de ciertos temas que son poco relevantes para aquellas mayorías que se encuentran en las capas sociales más marginadas. Por tanto, existe el riesgo de que los ciudadanos desfavorecidos consideren como una pérdida de tiempo la participación política bajo un régimen democrático que no los ayuda a mejorar sus condiciones de vida.

La falta de políticas sociales adecuadas que permitan la movilidad social genera un círculo vicioso que pone en riesgo los avances democráticos en México. El abandono de la participación política por parte de aquellos desfavorecidos no sólo afecta la representación política que obtendrá este sector de la sociedad, que constituye casi el 50 por ciento de la población, sino que evita constreñir a los partidos y a la clase política gobernante a luchar por reducir estas inequidades y perpetúan el sistema de estratificación social existente, reforzando la apatía, la falta de esperanza y la desintegración social, que a su vez conduce de nueva cuenta a que los sectores más marginados se abstengan de participar en la política. Una política que mejore la seguridad social de la mayoría de los mexicanos mejorará la solidaridad y la cohesión social y asegurará que los grupos más marginados se comprometan con los valores democráticos, reduciendo los riesgos de una revolución o de alternativas violentas, debilitando el clientelismo y propiciando la participación.

Como se ha explicado, la democracia no es una condición suficiente para alcanzar mayor equidad. Lo importante es lo que el electorado hace con el voto y otros instrumentos democráticos a su disposición. Estimamos que la elección de partidos socialistas en México tendrá un importante efecto positivo, tanto en la implementación de una política social que realmente abata la pobreza y que genere movilidad social, como en el fortalecimiento de la democracia. Necesitamos partidos comprometidos con el Estado de bienestar, partidos que enarboleden ideales socialistas, que actúen en el interés de los sectores marginados. Estos partidos han decidido intercambiar la lucha por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción por aquella que desea un sistema económico con rostro humano, en el

que se incremente la productividad, se distribuyan las ganancias y se amplíe la prosperidad.

Finalmente, estimamos que la actual crisis económica global otorga a los líderes emergentes en México el escenario ideal para reflexionar sobre la política social que México ha implementado durante las últimas décadas con la única finalidad de reducir las cifras de pobreza, pero sin abatir el problema de forma estructural. Habrá que preguntarnos si debemos continuar con la tendencia de deterioro del Estado de bienestar mexicano y con la obsesión de implementar políticas sociales que ante todo permitan mantener la disciplina fiscal, la desregularización del mercado laboral y la expansión de políticas neo-liberales. Todo esto en detrimento de aquellas políticas sociales que realmente permitan que le heredemos a nuestros hijos una sociedad con una verdadera posibilidad de movilidad social, mayores oportunidades educativas y un país más equitativo y más democrático.

La sociedad mundial vive hoy la más profunda y decisiva crisis de su historia. En México incluso los valores sustantivos como la democracia y el sistema político en el que se sustenta su institucionalidad también lo sufren. La política misma y los partidos viven una intensa crisis de credibilidad. La ciudadanía cree cada vez menos en la democracia y en su principal recurso. Los procesos electorales como mecanismos de cambio, transformación y rectificación de camino. Es tiempo de volver la mirada a nuestra historia y a los principios que en tiempos mejores nos dieron una patria libre, próspera, soberana y solidaria. De retomar el rumbo trazado para México por sus fundadores e ilustres pensadores y caudillos, de Morelos a Juárez, Flores Magón, Emiliano Zapata y Lázaro Cárdenas del Río. Es un rumbo relacionado con lo que convencionalmente se llama “izquierda” y no con la retardataria, confesional y conservadora “derecha”.

Ideológicamente, los jóvenes priístas somos liberales en un sentido clásico del término. Como la corriente mexicana que hizo las leyes de Reforma, que sentó las bases del Estado democrático, que reivindicó la justicia social como tarea sustantiva del Estado y rescató la patria del dominio extranjero. Por eso somos profundamente nacionalistas, reafirmamos nuestro compromiso irrenunciable con los pobres y los excluidos de nuestra sociedad. Creemos firmemente en la laicidad y hegemonía del Estado como conductor y responsable principal de los destinos nacionales. Rechazando el neoliberalismo y viendo la globalización como una oportunidad para modernizar y reafirmar convicciones ideológicas primigenias. Crear las nuevas alternativas políticas que demandan los tiempos que vivimos.

La hegemonía neoliberal y el abandono de nuestras genuinas bases ideológicas nos hicieron dependientes de quienes desde siempre desprecian, agreden y expolian a nuestra nación. Al hacerlo, nos apartó de nuestra matriz latinoamericana ubicándonos en un limbo ideológico y estratégico que echó por tierra muchas de las principales conquistas de

nuestro pueblo. Entre ellas, la dignidad admirable de nuestra política exterior regida por el vertical pensamiento juarista. Por esto, no cabe duda de la dirección que el país debe tomar. Debe encontrar sus valores más profundos, recuperar la soberanía perdida, volver la mirada con humildad y total convicción y lealtad. Dirigirse hacia la Latinoamérica que surge vigorosamente en el sur, recuperando el espacio ideológico, político y económico perdido durante el Consenso de Washington. Ser el México autónomo, combativo, creativo, iluminador y solidario con los pobres que alguna vez fuimos. Presente con los que sufren opresión, injusticias y olvido y con las causas más nobles y justas de la humanidad.

Así, percibimos la gran oportunidad de la centro-izquierda de contribuir al progreso del país. La conformación de un frente político que, tomando como eje las posiciones avanzadas de lo que hoy se conoce como “la izquierda latinoamericana”, incluya las opciones hoy ubicadas en el centro del espectro político nacional. Una izquierda que enfrenta abierta y valientemente la dominación imperial y de las grandes corporaciones transnacionales. Aunque ardua e inédita, ésta es la opción viable para una “centro-izquierda” moderna, troncada firmemente en la historia, la realidad mexicana y del mundo, y capaz de contribuir al progreso irrestricto. Por una modernización no alienante que proteja en México la independencia soberana y el desarrollo integral, sustentable y sostenido.

Para lograr estos objetivos, el pensamiento progresista debe influir en la toma de decisiones. La única vía es la misma que viene abriéndose paso en el resto de Latinoamérica: la vía de la acción política. En el marco de una democracia genuina y honesta que más allá del rito electoral, recupere para el ideal democrático de una participación convencida e informada de las grandes masas populares. Esto especialmente de los sectores que sufren con mayor fuerza las injusticias y la implacable voracidad del sistema capitalista en su versión neoliberal. Así lo demuestra hasta la saciedad nuestra historia reciente, un sistema sólo generador de pobreza, desigualdad extrema y humillante subordinación a poderes externos. En esa acción, los medios masivos de comunicación juegan un papel de primordial importancia. Por eso hay que crear con urgencia y con la más alta prioridad posible un aparato

comunicacional moderno y masivo, ideológica y técnicamente maduro. Uno que antes de ventilar divergencias y conflictos internos de las fuerzas de centro y de izquierda, combata y neutralice la permanente y cotidiana ofensiva ideológica de los poderes reinantes. Que entregue al pueblo las verdades económicas, políticas y sociales que se ocultan tras el entramado de medias verdades, medias mentiras y frivolidades que crean y arrojan a raudales sobre la conciencia popular, los medios masivos de comunicación controlados por el sistema vigente.

Ante esta realidad, los líderes emergentes tienen la tarea más importante hoy. Recuperar para la política el liderazgo y la confianza de la sociedad. Unirnos alrededor de principios, objetivos y metas profundas pero sencillas, generando consenso y adhesión en proyectos de desarrollo claro y viable. Tomar los más amplios sectores sociales como base los sectores populares -campesinos, trabajadores asalariados, indígenas, desempleados y subempleados- e incluir también a la clase media y a los sectores empresariales nacionalistas. Después, arrojar del escenario político en el que se mueven las fuerzas centro-izquierdistas las divergencias aleatorias e intrascendentes, corruptelas y seducciones con las que el sistema pretende corromperlos y ganarlos para el servicio de las causas más abyectas e indignas.

Aún con el riesgo de ser acusados de populistas o demagogos, los nuevos liderazgos emergentes deben apuntar siempre a lo sustantivo del debate político y decantar la esencia de una plataforma programática común capaz de unir a todos en el esfuerzo de recuperar México para los mexicanos. Abrir para nuestra patria un futuro diferente, justo, equitativo, próspero, independiente y solidario con el desarrollo más humano de todos los hombres y las mujeres de la tierra. Hay que dejar de lado también los intereses mezquinos y de grupo a favor de los altos valores e intereses sociales y nacionales. Es decir, el esfuerzo mayor que se debe exigir a los liderazgos emergentes es que sean genuinos, que vean más allá de sus naturales ambiciones personales y que cultiven y difundan con la verdad de sus vidas una nueva ética que dignifique la política y las luchas sociales de nuestro pueblo.

HORIZONTES DE UNA DEMOCRACIA SOCIAL A LA MEXICANA. REFLEXIONES EN CLAVE PROGRESISTA

Federico Vázquez Calero

“Los asuntos públicos de mayor gravedad que deberá enfrentar la izquierda socialdemócrata en México son la evaporación de la dimensión pública del Estado, la desintegración de la sociedad y las brechas de la desigualdad.”

México ingresa al siglo XXI con diversas transformaciones y momentos de confusión. Para nadie resulta extraño que el proceso de democratización requiere de nuevas miradas, sobre todo si admitimos que el estilo predominante de hacer política y de gobernar, así como el modelo de desarrollo de los últimos años ha despertado signos de agotamiento y múltiples climas de desencanto y desafección. En algunas ocasiones la democracia parece irrelevante y la política pierde sentido para la vida cotidiana de los ciudadanos. Un Estado débil que no logra reformarse para conducir los nuevos retos de una gobernabilidad democrática y hacer frente a los poderes fácticos y a los desafíos de la globalización, una sociedad con relativa fragilidad en sus capacidades políticas y cívicas, un modelo de desarrollo socio-económico con escasos logros en términos de crecimiento y generación de empleos de calidad, sin consensos mínimos para producir políticas estructurales en pro de la igualdad y la inclusión, dejan al descubierto un país donde la “ciudadanía” como referente central de la vida pública, continúa como tarea pendiente de la democracia social. El cambio socio-político en México parece implicar situaciones parecidas a las descritas por Italo Calvino ¹ en su clásica metáfora de las “Ciudades Invisibles”, con la cual expresaba una pérdida de sentido y rumbo de sus habitantes. En este contexto, podemos preguntarnos: ¿Continúa México siendo un caso de “excepcionalidad” y de estabilidad institucional? ¿O por el contrario, los acontecimientos electorales de 2006 narran la precariedad de nuestra conquista democrática?

En este horizonte, el problema central que enfrentará la sociedad mexicana en las próximas décadas será la reconstrucción de una comunidad

¹ Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, España, Ediciones Suruela, 2003.

política nacional que pueda insertarse de manera autónoma en la globalización. Uno de los riesgos que enfrentamos como país es la fragmentación de la sociedad como hogar público. Los desafíos que tendremos que abordar como nación serán el fortalecimiento de la capacidad conductora, reguladora e integradora del Estado, la modernización y democratización del sistema de representación y de los partidos políticos, el aumento de las capacidades políticas de los actores sociales y, la calidad y relevancia de la política y el régimen democrático. Sin duda México vive un momento histórico, la magnitud de nuestro incierto orden político nos permite pensar que estamos ante la mayor encrucijada posrevolucionaria. Nuestro dilema como sociedad será encontrar respuestas colectivas para superar la descomposición extendida del antiguo régimen y diseñar fórmulas creativas para transitar de una era político-cultural post-priista a una época democrática como cimiento cultural de otra forma de hacer política y de otro estilo de gobernar, sin lo cual nuestra convivencia social estará en entredicho.

Ante tales problemáticas, el mayor desafío de la política mexicana será encontrar rutas de recomposición de la convivencia social en un contexto de creciente pluralidad. Su mayor reto, reconstruir la dimensión pública de la política. Desde una mirada socialdemócrata, el devenir de la frágil democracia mexicana radica en la debilidad del tejido social y estatal, en un malestar difuso que refleja la preocupación por el rumbo y la relevancia que otorga la ciudadanía a los valores democráticos como horizonte normativo de sus relaciones sociales, lo que conforma un imaginario colectivo donde la sociedad no se reconoce y, menos aún, se apropia de un proceso que vive como ajeno a su experiencia cotidiana. Todo indicaría que la fragilidad de nuestro relato democrático atraviesa por un desarraigo afectivo. Por ello una de las grandes tareas de la política democrática en escenarios de gobiernos divididos y de creciente pluralidad como es el caso mexicano, se refiere a la construcción de mayorías y a la capacidad de transformar el diálogo en acuerdos legítimos y en agendas transversales de gobierno.

La construcción de un proyecto progresista de sociedad deberá abordar varios dilemas: ¿Por qué si varios partidos políticos se identifican con el ideario de la centro-izquierda, estamos gobernados por un partido y un proyecto conservador? La respuesta admite diferentes matices, pero puede ser un buen punto de partida para animar el debate crítico en el campo progresista. En nuestro país al menos 4 partidos políticos tienen alguna conexión

con la socialdemocracia, algunos se definen abiertamente como tales, otros lo mencionan en sus estatutos; alguien que viene del extranjero debe pensar que vivimos en el país de la socialdemocracia, es una paradoja.

Si en realidad queremos construir una democracia social capaz de convocar mayorías, habrá que impulsar un debate entre todos los que identifican con dicha corriente ideológica. Es importante crear un espacio de diálogo transversal, abrir una agenda común de contenidos socialdemócrata. Si hablamos de democracia social hay que ponernos de acuerdo en un piso básico, por ejemplo: si buscamos impulsar un proyecto orientado a la democracia social tenemos que proponer una mejor distribución de la riqueza y un combate frontal a las brechas de la desigualdad. Otro eje es la creación de liderazgos, ningún esquema de cambio social puede sobrevivir sin una renovación de su personal político. Es una tarea pendiente de la izquierda mexicana.

Respecto a los desafíos programáticos, la brecha de la desigualdad y la debilidad del Estado son dos componentes centrales de la agenda progresista. No podemos decir que el proceso de democratización culminó en la construcción de una auténtica república, cuando internamente unos sectores están a 100 kilómetros de distancia unos de otros en salario, salud, educación, acceso al espacio público. De manera que la organización social que requiere una república democrática aún está lejos del horizonte deseable. Otro tema es la debilidad del Estado, me refiero a su incapacidad para producir bienes públicos y distribuirlos de manera equitativa. Hasta hoy se siente poco la valoración de lo público en nuestras prácticas sociales. Esta pérdida de valoración de lo público reproduce un estatus quo que reproduce la desigualdad y la concentración del poder. La agenda progresista debería proponer un concepto más proactivo de lo público como componente de las políticas públicas sociales.

La izquierda en México atraviesa por un proceso de inflexión histórica, se dice que en crisis, pero eso no es novedad, siempre parece haber estado en una condición de alta complejidad, no veo caos total, los procesos de recomposición suelen ser turbulentos, pero si se quiere otro orden sociopolítico alternativo, orientado a transformar y construir mayorías para revertir la descomposición producida por una transición fallida que no ha logrado transformar el estilo predominante de hacer política, entonces deberá cambiar ella misma su modo de proceder, dialogar y confluir hacia un frente amplio, se tiene que ir hacia allá ¿Cómo? no lo sé, no es fácil. Otra responsabilidad de las fuerzas progresistas

será mostrar el agotamiento del modelo de desarrollo impulsado en las últimas décadas y señalar sus efectos negativos para la seguridad humana.

Un desafío más es lograr ampliar la adhesión ciudadana. Si se quiere fortalecer la sintonía con los ciudadanos y los diversos sectores sociales, hay que debatir con seriedad la importancia del papel de la izquierda democrática como una oposición responsable y sobre todo demostrar que la izquierda hace la diferencia cuando asume tareas de gobierno. Las dificultades de la izquierda son perfectamente remontables. En política no hay nada escrito ni seguro, la única certeza relativa es que una izquierda fragmentada tendrá enormes dificultades para transformar su ideario en un programa que revierta las distintas brechas estructurales del país. El gran reto de los próximos años será convertir a la izquierda mexicana en un bien público de la democracia, lo cual requiere un diálogo entre la memoria histórica y la emergencia de una nueva generación de líderes progresistas.

No hay duda que la combinación entre el agotamiento del esquema inicial de la transición cargado fuertemente hacia el componente electoral y el agotamiento del modelo económico-social, han provocado un panorama de desencanto. En la manera en que la sociedad y sus actores políticos procesen la frustración colectiva estará buena parte de la respuesta al tipo de orden que se podrá construir en los próximos años. En este contexto, tengo la impresión que la sociedad mexicana no tiene del todo claro el proyecto de sociedad de la centro-izquierda, ese aspecto hay que trabajarlo más. Si realmente se quiere demostrar que la perspectiva progresista hace la diferencia y que es posible configurar un orden alternativo al actual, las prácticas políticas son muy importantes para la legitimidad de un proyecto alternativo de nación que reconstruya la *polis* y abra las alamedas para la realización efectiva de los sueños individuales y colectivos.

Finalmente, quisiera expresar mi profundo agradecimiento y reconocimiento al trabajo que ha desempeñado la Fundación Friedrich Ebert en México. Este tipo de publicaciones son las que permiten ampliar el espacio público, a través de estas conversaciones podemos transformar nuestro desencanto en un proyecto de futuro donde la política retome su grandeza y su responsabilidad en la construcción democrática de la vida pública mexicana.

¡FELICIDADES POR SUS 40 AÑOS!

EL FUTURO DE LA IZQUIERDA ES EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA

Mariana Velarde Aguirre

Durante los últimos años se han pensado cambios políticos en México desde el eje de la transición del autoritarismo a la democracia. Bajo ese enfoque, buena parte del debate se ha orientado en argumentar en qué medida México es hoy un país democrático. En mi opinión, la democracia en México tiene una analogía sencilla y común: un vaso con agua a la mitad. A veces se le observa medio vacío, a veces medio lleno. Pero en esta disyuntiva, vale más llenar el vaso.

La evolución política de México forma parte de los cambios institucionales más importantes de la época actual. Dichos cambios encuentran pocos referentes comparativos con otros países debido al tipo de régimen político existente durante muchas décadas, caracterizado por un sistema de partido único. Nuestra democracia es muchas veces cuestionada, pero es hoy una realidad que avanza a paso lento.

En el ámbito económico, el país pasó de un modelo de desarrollo económico basado en una mayor participación del Estado y protección frente a la competencia, a una estrategia de libre mercado sin regulación estatal. En lo político, México dejó atrás un régimen autoritario de partido hegemónico y se convirtió en un sistema de partidos con diversidad de posturas ideológicas que han llegando a los órganos de representación popular en todos los niveles de gobierno.

En la lucha por la democratización de México, la izquierda juega un papel fundamental a través de sus diferentes expresiones. Durante la década de los años setenta y ochenta, el surgimiento de un número importante de movimientos sociales tuvo origen desde las bases de la sociedad. Se crearon auténticos movimientos en los que convergían diversas demandas que en términos generales exigían: apertura política, mayor participación, democracia en ámbitos públicos no estatales como los sindicatos, demandas asociadas a temas de educación, medio ambiente, vivienda, y muchas más que reivindicaban los derechos de los grupos históricamente marginados.

Durante este periodo, los grupos sociales de maestros y estudiantes, trabajadores, comunidades indígenas, campesinos, asociaciones de barrio y

colonos urbanos, defensores del medio ambiente y defensores de los derechos humanos vieron gran actividad. Se trataba en estricto sentido del nacimiento de una sociedad civil autónoma, separada del aparato del Estado y alejada de los canales de cooptación de los gobiernos priístas.

Los partidos políticos liberales también jugaron un papel importante. Desde el inicio del movimiento del Frente Democrático Nacional hasta la constitución formal del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en 1989. Los partidos y liderazgos que conformaron a este último fueron pieza fundamental de la democratización en México. Todo gracias a la permanente disputa contra el autoritarismo y el modelo neoliberal que comenzaba a tomar fuerza en esos años bajo el gobierno del presidente Miguel de la Madrid. En otras palabras, si México es hoy un país que ha transitado a la democracia, es en buena medida gracias al activismo y al posicionamiento político de la izquierda.

Sin embargo, nuestra democracia es aún endeble. México se enfrenta a la necesidad de consolidar una democracia social que, además de garantizar las reglas del juego de la competencia política, permita el desarrollo de la vida democrática en todos los ámbitos de la vida pública. Una forma de gobierno que logre construir niveles de bienestar social ausentes gracias al crecimiento devastador de una economía de mercado sin rectoría del Estado. El reto no es fácil. Hay que articular un movimiento político capaz de convencer a un electorado volátil sobre una opción que sea capaz de hacer lo que los gobiernos del PRI y PAN no han podido hacer a lo largo de muchos años: desvanecer la inequidad social.

Ahora bien, ¿cuál debe ser el perfil de la izquierda capaz de generar los cambios que nuestro país necesita? Es una pregunta difícil al reconocer la existencia de una dicotomía muchas veces contradictoria al interior de la izquierda. Al ser incapaz de conciliar una postura que opta por un activismo social como mecanismo de transformación social contra otra que busca la conquista del poder a través de la vía electoral. ¿Cómo hacer para que esa contradicción que cohabita en la corriente liberal no aleje a la izquierda de una ciudadanía situada en el centro del espectro político?

Desde mi punto de vista, no hay una posibilidad que dirima esa contradicción inherente a la izquierda. Es más factible pensar en la posibilidad de una izquierda que logre articular la disputa electoral con la lucha

de la movilización social. Existen opciones para hacer de la izquierda una fuerza política más viable frente a los competidores conservadores. Éstas tienen que ver con la imagen y la idea de una izquierda progresista capaz de proyectar una plataforma política que tenga como bases la equidad y la democracia social. Una izquierda renovada en sus liderazgos y cuadros políticos. Una izquierda con vocación negociadora y apta para insertarse en los procesos de apertura global y cooperación regional e internacional. Una izquierda dinámica y propositiva vinculada a las fuerzas internacionales ad hoc. Una izquierda ética.

En términos generales, la izquierda y los partidos políticos liberales deben replantear sus formas, métodos y estrategias de operación. Rediseñar sus contenidos ideológicos de tal manera que logren distinguirse ante la ciudadanía como una opción claramente diferenciada de las conservadoras. Es imprescindible garantizar la democracia interna en cada uno de los espacios de la izquierda y sólo al ser transparentes y responsables se podrá configurar una estrategia efectiva de lucha por el poder.

SOBRE LOS AUTORES

PRESENTACIÓN

SVENJA BLANKE

Representante de la Fundación Friedrich Ebert (FES) en México. Doctora en Historia por la Universidad Libre de Berlín.

I. RELACIONES INTERNACIONALES Y GOBERNANZA GLOBAL

MARIO ÁLVAREZ BASILIO

Militante del Partido Revolucionario Institucional (PRI) e integrante del Consejo Político del Distrito Federal. Licenciado en Economía por el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM). Cursa la Maestría en Administración Pública en el Instituto Nacional de Administración Pública (INAP).

JESSICA CASCANTE PÉREZ

Subdirectora para Desarme de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE). Internacionalista por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

MARIO ALBERTO DOMÍNGUEZ CHÁVEZ

Coordinador del Centro de Documentación e Información del Partido Convergencia. Ingeniero en RI por el Instituto Politécnico Nacional (IPN). Maestro en Dirección Estratégica por la Universidad Carlos III de Madrid.

ENRIQUE DUSSEL PETERS

Profesor de tiempo completo en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y Coordinador del Centro de Estudios China-México de la misma institución. Doctor en Economía por la Universidad de Notre Dame.

ELISA GÓMEZ SÁNCHEZ

Directora de Diálogo Político e Internacional de la Fundación Friedrich Ebert (FES) en México. Licenciada en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) con estudios de maestría en Estudios Latinoamericanos por la misma universidad.

IÑIGO G. MARTÍNEZ PENICHE

Asesor de la Coordinación de Política Internacional del Grupo Parlamentario del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en la Cámara de Diputados. Maestro en Relaciones Internacionales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

PÁVEL MELÉNDEZ CRUZ

Vice-Presidente Mundial de la Internacional Socialista de Jóvenes (IUSY). Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

ÉRIKA RUIZ SANDOVAL

Profesora-investigadora de tiempo completo del Departamento Académico de Estudios Internacionales del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) y ex Directora de Foreign Affairs Latinoamérica.

II. ECONOMÍA Y SEGURIDAD SOCIAL

BRENDA ARENAS OCAMPO

Asesora del Gobierno del Distrito Federal.

PENÉLOPE CAMPOS GONZÁLEZ

Militante activa del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Economista por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

ENRIQUE DAVIS MAZLUM

Coordinador de Asesores del ICADEP Nacional del CEN del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Maestro en Administración Pública y Política Pública por la EGAP del ITESM. Licenciaturas en Ciencia Política, Estudios México-Estadounidenses y Estudios Internacionales en Desarrollo por la Universidad de Arizona.

JESÚS GALLEGOS OLVERA

Especialista en Política Internacional y Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México

(UNAM). Maestro en Estudios en Relaciones Internacionales y Doctorante en Ciencia Política.

CLAUDIA MALDONADO TRUJILLO

Directora de la Maestría en Administración y Políticas Públicas del Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C. (CIDE). Licenciada en Administración Pública por El Colegio de México, Maestra en Asuntos Públicos (Economía y Políticas Públicas) por la Universidad de Princeton y candidata a Doctora en Ciencia Política por la Universidad de Notre Dame.

JORGE A. PÉREZ PINEDA

Investigador del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Estudios de postgrado en la Universidad de Essex y Doctor en Economía Internacional y Desarrollo por la Universidad Complutense de Madrid.

RITA MARCELA ROBLES BENÍTEZ

Asesora en la Secretaría de Democracia Sindical y Derechos Laborales del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Abogada por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

FLUVIO CÉSAR RUIZ ALARCÓN

Consejero de Petróleos Mexicanos (PEMEX). Físico por la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), cuenta con una maestría en Ingeniería de Exploración Petrolera de la Facultad de Ingeniería de la misma institución. Estudió la maestría en Economía en Energía en la Universidad Pierre Mendès-France de Grenoble, Francia. Doctor en Economía del Petróleo por la Universidad de La Sorbona, en Francia.

III. MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO SUSTENTABLE

SAMUEL I. BRUGGER JAKOB

Catedrático de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Licenciado y Maestro en Finance por la Universidad de Zürich.

MARIOLIVA GONZÁLEZ LANDA

*Coordinadora Nacional de la Red Global de Acción Juvenil (GYAN).
Licenciada en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional
Autónoma de México (UNAM).*

LAURA JANKA ZIRES

*Coordinadora de Movilidad y Desarrollo Urbano del Centro de Transporte
Sustentable de México (CTS). Arquitecta por la Universidad Nacional
Autónoma de México (UNAM).*

OCTAVIO KLIMEK ALCARAZ

*Asesor en medio ambiente del Grupo Parlamentario del Partido de la Revolución
Democrática (PRD) en la Cámara de Diputados. Maestro y Doctor en Ciencias
Forestales por la Universidad Técnica de Dresden, Alemania.*

LILIANA LÓPEZ ORTIZ

*Directora de Cooperación Internacional contra el Terrorismo y Seguridad Humana
de la Dirección General para Temas Globales de la Secretaría de Relaciones
Exteriores (SRE). Licenciada en Derecho por la Universidad Iberoamericana.*

ADRIANA PUENTE MONTES

*Militante del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Licenciada en Cien-
cias de la Comunicación por el Tecnológico de Monterrey. Maestra en Biología
de la Conservación por la Universidad de Kent, Inglaterra.*

FAUSTO QUINTANA SOLÓRZANO

*Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad
Nacional Autónoma de México (UNAM). Maestro en Estudios en Relaciones
Internacionales por la UNAM y Doctorante por la misma universidad.*

ANA L. ROMERO SALCEDO

*Directora Ejecutiva de Presencia Ciudadana Mexicana A.C. Licenciada en
Relaciones Internacionales por la Universidad de Guadalajara y Maestra en
Ciencias Ambientales por la Universidad de Lund, Suecia.*

IV. SOCIEDAD Y CULTURA DEMOCRÁTICA

CLAUDIA EDITH ANAYA MOTA

Directora de la Comisión Estatal para la Integración Social de las Personas con Discapacidad en el Gobierno del Estado de Zacatecas (de julio 2003 a enero 2009) y Secretaria Técnica del Consejo Estatal para Prevenir y Erradicar la Discriminación en el mismo Estado (de septiembre 2006 a enero 2009). Maestra en Población, Desarrollo y Políticas Públicas por la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ).

ARAM BARRA RAMÍREZ

Director de Proyectos en Espolea A. C. y Coordinador de Eventos en la Fundación Friedrich Ebert (FES) en México. Licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad de las Américas México (UDLA).

VANESA GONZÁLEZ-RIZZO KRASNIANSKY

Psicoanalista y activista social. Durante 10 años trabajó en el Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir (ILSB), coordinando el eje de subjetividad y el programa de jóvenes.

DEYANIRA MORÁN GARDUÑO

Conductora de Noticias en Radio Trece. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

INTI MUÑOZ SANTINI

Desde 2008 es director general del Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad México. Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

YADIRA OROZCO HEREDIA

Cofundadora de Filmversión S.A. de C.V. Actriz de teatro y cine y conductora de televisión. Licenciada en Relaciones Internacionales por el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM). Estudió la carrera de actuación en la Casa del Teatro.

LILIA SAÚL RODRÍGUEZ

Reportada de la revista Emeequis y egresada de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en la Licenciatura en Periodismo y Comunicación Colectiva.

OLIVIA ZERÓN TENA

Reportera del programa Punto de Partida, Televisa.

V. POLÍTICA Y DEMOCRACIA SOCIAL

JOSÉ CARLOS CAÑAS FERNÁNDEZ

Oficial Mayor del H. Ayuntamiento de Culiacán, Sinaloa. Licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Sinaloa.

ERIKA CERVANTES PÉREZ

Coordinadora de Redes de Periodistas de Comunicación e Información de la Mujer A. C. (CIMAC). Egresada de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

EFRAÍN DELGADILLO MEJÍA

Militante del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Cuenta con estudios de licenciatura en Ciencia Política y Administración Pública en la Universidad Iberoamericana y estudios en Derecho en la Universidad del Valle de México (UVM).

JUAN CARLOS FLORES AQUINO

Representante del Gobierno de Zacatecas en el Distrito Federal. Militante del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Licenciado en Economía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

BENITO MIRÓN LÓPEZ

Profesor Auxiliar de Política Latinoamericana y Relaciones Internacionales. Maestro en Ciencias Políticas por la Universidad Essex. Candidato a Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Oxford.

HELADIO RAMÍREZ PINEDA

Ex-Presidente de la Agrupación Política Nacional Movimiento Causa Nueva (2006-2008). Licenciado en Relaciones Internacionales, Licenciado en Derecho y Licenciado en C. Políticas y de la Administración. Maestro en C. Políticas. Candidato a Doctor en Gobierno y Administración Pública.

FEDERICO VÁZQUEZ CALERO

Director del Programa Latinoamericano de Asuntos Públicos. Ex Director de Diálogo Político e Internacional de la Fundación Friedrich Ebert (FES) en México. Doctor en el Estudio de las Sociedades Latinoamericanas y Ciencia Política.

MARIANA VELARDE AGUIRRE

Jefa de Unidad Departamental de Diagnósticos de la Dirección General de Concertación Política y Atención Social y Ciudadana de la Secretaría de Gobierno del Distrito Federal. Es Licenciada en Ciencias Políticas y Administración Pública, con Maestría en Gobierno y Asuntos Públicos, FCPyS por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

*40 años, 40 voces. Imaginando
un futuro democrático, social y sustentable*
se terminó de imprimir en junio de 2009
en Gráficos eFe, Urólogos 55,
Col. El Triunfo, México, D.F.
La edición consta de
1,000 ejemplares

LA FES EN MÉXICO

La Fundación Friedrich Ebert (FES) es una institución privada sin fines de lucro, comprometida con las ideas y los valores de la democracia social. Su nacimiento data del año 1925 y debe su nombre a Friedrich Ebert, primer presidente alemán democráticamente electo. Hoy en día los ejes centrales del trabajo de la FES son: la promoción de la justicia social y la democracia activa; el fomento de la investigación y; el impulso de reformas sociales y estrategias políticas para la configuración de una globalización incluyente.

La oficina en México es una de las más antiguas en América Latina, iniciando sus actividades en 1969. Desde hace 40 años, esta representación ha buscado contribuir al fortalecimiento y consolidación de las instituciones democráticas mexicanas, apoyando a aquellos agentes comprometidos con el respeto al Estado de derecho y a la justicia social; actores que sean responsables de asumir una responsabilidad social y desarrollar el sentido de lo público.

Actualmente, el trabajo de la oficina en México se organiza en tres grandes programas: 1) Diálogo político e internacional; 2) Diálogo sindical y de género y; 3) Fortalecimiento de capacidades de actores sociopolíticos identificados con la centro-izquierda.

Ofrecemos plataformas de reflexión sobre la política exterior mexicana y el papel del país como actor regional y global; así como, diálogos para la modernización de los sindicatos, la democracia sindical y el fortalecimiento de capacidades para su acción internacional y herramientas para su inserción equitativa y competitiva en la globalización. La formación política de nuevos liderazgos democráticos y progresistas ocupa un lugar central de nuestros esfuerzos, al igual que la asesoría a nuestras contrapartes en conceptos políticos innovadores, tales como: participación política femenina, política social, seguridad ciudadana y espacios públicos, migración y desarrollo fronterizo, calidad de la política, ciudadanía y democracia comunicacional.

a
calidad del
internacional
generación demo
género i
liderazgo
sustentabilidad
cambio climático democracia social
feminismo biodiversidad
política exterior modernidad univers
Transversalidad igualdad iz
liberalismo económic
cultura demo

**FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG**

FUNDACIÓN
FRIEDRICH EBERT
1965-2009

40
AÑOS
EN MÉXICO

ISBN 978607783-00-0



9 786077 833000